

La reconquista en la frontera del Estrecho (1250-1462)

Manuel López Fernández



EDITORIAL SARRÍA

Ilustración de portada: Obra de Antonio Brugada
(Museo Naval, Madrid).

e la Villa

la frontera

Manuel.

7713 LR



**La reconquista en la frontera
del Estrecho (1250-1462)**

Manuel López Fernández



La reconquista en la frontera del Estrecho (1250-1462)

Manuel López Fernández



EDITORIAL SARRIÁ

Colección Al Sur

Coordinador: Ángel J. Sáez Rodríguez

© Manuel López Fernández

© EDITORIAL SARRIÁ, S.L.

Teléf: 952326864/Fax: 952326879

Web: www.editorialsarria.es

E-mail: editorialsarria@telefonica.net

ISBN: 978-84-96799-25-7

D.L: MA-3328/2009

Imprime: Imagraf Impresores

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. EL ESCENARIO TERRESTRE Y MARÍTIMO. MEDIOS BÉLICOS Y TÁCTICAS MILITARES DE LA EDAD MEDIA...	11
1. El escenario terrestre	11
2. El escenario marítimo inmediato	14
3. Medios bélicos	17
4. Tácticas militares	23
II. EL INICIO DE LA INTERVENCIÓN CASTELLANA EN EL ESTRECHO Y SU ENTORNO (1250-1286).....	28
1. Los comienzos de la Marina de Castilla	28
2. Las consecuencias del dominio benimerín en el Estrecho....	32
3. El fracaso castellano ante Algeciras.....	36
4. La situación posterior al desastre de Algeciras	40
III. LA CONQUISTA DE TARIFA Y SU CONSOLIDACIÓN PARA CASTILLA (1291-1303).....	45
1. La ruptura de treguas y la toma de Tarifa	45
2. Alfonso Pérez de Guzmán y el cerco a Tarifa en 1294	50
3. El fallido proyecto de conquistar Algeciras.....	53
4. Castilla consolida su dominio sobre Tarifa	55
IV. SEGUNDO CERCO DE ALGECIRAS Y LA CONQUISTA DE GIBRALTAR (1306-1310).....	58
1. Cambios políticos en la zona del Estrecho	58
2. El inicio del segundo cerco de Algeciras.....	61
3. Conquista de Gibraltar y muerte de Guzmán “el Bueno”	63
4. El fracaso del segundo cerco a Algeciras.....	66

V. LA PÉRDIDA DE GIBRALTAR Y EL INTENTO DE RECUPERARLO (1310-1333)	69
1. Una aproximación al Gibraltar castellano	69
2. Castilla pierde Gibraltar	72
3. El fallido intento de recuperar Gibraltar	75
VI. RESPUESTA CASTELLANA A LA ÚLTIMA OFENSIVA NORTEAFRICANA (1334-1340)	79
1. Desde la pérdida de Gibraltar a la muerte de Abu Malik	79
2. La ofensiva meriní de 1340	81
3. La batalla del Salado	86
VII. LAS VICTORIAS NAVALES CRISTIANAS Y SU REPERCUSIÓN (1340-1342)	93
1. El rearme naval en el Estrecho	93
2. Las victorias navales cristianas	96
3. Los últimos preparativos para cercar Algeciras	99
VIII. LA CONQUISTA DE ALGECIRAS (1342-1344)	101
1. El despliegue militar hasta el cierre del cerco	101
2. El cierre del cerco y su consolidación	103
3. Las dificultades posteriores al incendio del real	106
4. Un otoño decisivo	108
5. Fase final del cerco y entrega de la plaza	110
IX. CONSECUENCIAS DE LOS CAMBIOS POLÍTICOS (1344-1379)	113
1. El final del reinado de Alfonso XI	113
2. Los cambios políticos en Castilla y su influencia en el Estrecho	118
3. Pérdida y destrucción de Algeciras	121
X. EL ESTRECHO DESDE FINALES DEL SIGLO XIV A MEDIADOS DEL XV (1379-1462)	126
1. El Estrecho después de la pérdida de Algeciras	126
2. Las dos conquistas de Jimena y la de Castellar	130
3. Castilla conquista Gibraltar	134

INTRODUCCIÓN

El proceso histórico que se desarrolla en este libro abarca poco más de doscientos años centrándose en el estrecho de Gibraltar y en el territorio comprendido entre los ríos Barbate y Guadiaro, aunque también abordemos hechos ocurridos en tierras próximas al Guadalete, al Guadalquivir e incluso más lejanas. Ésta era una zona fronteriza disputada por los reinos de Castilla y Granada, así como por los benimerines o meriníes, que ocuparon el sultanato de Fez en esa época. Por tanto, las tierras inmediatas al Estrecho constituían un territorio sometido a constante fricción militar, donde las correrías de los ejércitos musulmanes y cristianos dejarán sentir sus efectos para alcanzar objetivos rivales.

El concepto de “frontera” no es el mismo en tiempos de paz que en situaciones bélicas, cuando la frontera se dilata y pasa de una línea a constituir una franja de terreno bastante amplia. La Andalucía castellana de entonces puede ser un ejemplo al conocerse en Castilla como “la Frontera”, por interponerse entre el núcleo principal de este reino y las tierras dominadas por los musulmanes. La vida en esta zona fronteriza era difícil, y no resultaba sencillo atraer y asentar repobladores cristianos porque éstos deberían estar preparados para trabajar y combatir. Por ello, la Corona estaba dispuesta a conceder ciertos derechos a los vasallos que acudiesen a la llamada repobladora. A esta frontera con los musulmanes, donde los derechos se ganaban con tanto

esfuerzo, se la conocía como “frontera de libertades” frente a otras tipologías fronterizas donde los vasallos pierden derechos frente al señor.

Pero aquí abarcamos también la frontera marítima, porque no otra cosa fue para Castilla el estrecho de Gibraltar. Resulta difícil asumir que una vía de comunicación como ésta pueda ser considerada una frontera, pero así lo era para los castellanos, para quienes era más un foso que les podía defender de las invasiones norteafricanas que una vía de comunicación entre sus dominios. Para ellos, lo prioritario era apoderarse de las plazas fuertes situadas en la orilla norte del Estrecho, privando a los norteafricanos de lugares seguros para sus desembarcos. De aquí la insistente pugna de unos y otros por el dominio de esos puntos fuertes.

Esa lucha se llevó a cabo tanto por mar como por tierra. No se pueden descontextualizar las acciones terrestres de las marítimas y por eso hemos tratado de mostrar aquí un trabajo de conjunto, a diferencia de la mayor parte de otros estudios donde se trata el tema por separado. La conocida como “batalla del Estrecho” no fue sólo de carácter naval —como pudiera parecer de su propia denominación—, ya que las acciones en el mar se desarrollaron como parte de una estrategia conjunta encaminada a la conquista de las villas y fortalezas que defendían los puertos situados en la orilla norte del Estrecho, objetivo fundamental en la estrategia castellana.

Dado que los hechos militares ocupan la mayor parte de este trabajo, anticipamos un capítulo dedicado a determinados aspectos relacionados con el teatro de operaciones y con las tácticas militares de la época a fin de comprender mejor el desarrollo de esas acciones que supusieron el afianzamiento de Castilla en la zona.

I. EL ESCENARIO TERRESTRE Y MARÍTIMO. MEDIOS BÉLICOS Y TÁCTICAS MILITARES DE LA EDAD MEDIA

1. El escenario terrestre

A la muerte de Fernando III (1252), Castilla extendía sus dominios hasta el curso del río Barbate. Jerez y los territorios al sureste de este importante enclave, estaban en régimen vasallático, puesto que la población musulmana residía allí pagando sus parias al rey castellano. Los musulmanes siguieron viviendo en la zona hasta que Alfonso X controló la revuelta mudéjar de 1264 y consolidó su dominio, lo que forzaría la emigración de muchos de ellos a otros lugares de Granada, aunque el límite fronterizo entre los dos reinos seguía el curso del Barbate-Alberite hasta enlazar en la Sierra de las Cabras con la Serranía de Ronda.

Por tanto, los años que discurren entre el primer ataque de los benimerines sobre Vejer (1272) y la conquista definitiva de Gibraltar por Castilla (1462) es lo que tardaría este reino en llevar la frontera desde el curso del Barbate hasta el río Guadiaro, lo que demuestra el acentuado interés de los granadinos y benimerines por mantenerse en estas tierras, así como el de los castellanos por incorporarlas a sus dominios. Este territorio adopta la forma de un cuadrilátero irregular con vértices en el puerto de Galis, desembocadura del Barbate, Tarifa y desembocadura del río Guadiaro, con una superficie que supera ligeramente los 1.500

Km² y que coincide en gran parte con el Campo de Gibraltar. El Estrecho —en la Edad Media más conocido como estrecho de Tarifa— viene a rodear la mayor parte del litoral de la Comarca, convirtiéndose en una puerta de entrada y salida con respecto al continente africano. Aparte de su importancia estratégica militar, el Estrecho se convertiría también por aquellos años en una vía de comunicación de primer orden para las potencias comerciales de Occidente.

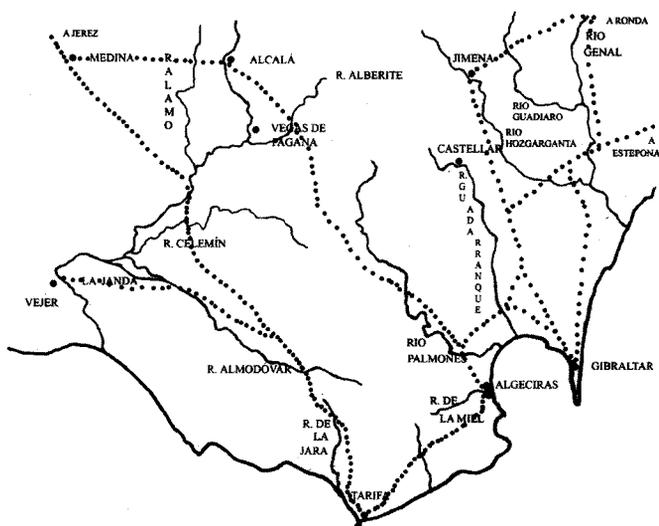
En la Edad Media, y especialmente en los tiempos que aquí tratamos, la guerra se centró en la conquista y dominio de los puntos fuertes, porque controlando éstos se obtenía el dominio sobre todo el territorio circundante. Estas tierras, y en especial las aldeas carentes de fortificación, eran las primeras en sufrir las consecuencias de las guerras por ser los elementos más débiles del sistema defensivo y porque desde ellas se contribuía a suministrar los alimentos que luego se almacenaban en las fortalezas más señeras, adonde en última instancia podían acudir los aldeanos cuando la situación se hacía insostenible para ellos en sus lugares de residencia.

Así que el ataque a estos puntos fuertes venía precedido generalmente de unas acciones de desgaste —cabalgadas, algaradas o razias— consistentes en destruir o apoderarse de todo aquello que pudiera ser útil al adversario, disminuyendo así su capacidad de resistencia. En este tipo de acciones depredadoras, muy frecuentes en las zonas fronterizas, y de aquí lo difícil de la vida en ella, los cabalgadores de uno y otro bando hacían prisioneros que luego vendían como esclavos, se adueñaban del ganado y destruían las cosechas de sus rivales. Estas cabalgadas se incrementaban a finales de primavera y en verano, el llamado tiempo de “panes” en la Edad Media.

Los puntos fuertes a considerar aquí eran Tarifa, Algeciras, Castellar, Jimena y Gibraltar, citados en el orden en que fueron

definitivamente incorporados a Castilla. Eran las posiciones mejor fortificadas, defendidas y disputadas por musulmanes y cristianos en la zona y entre mediados del siglo XIII y mediados del XV. Tres de estos puntos fuertes eran puertos de mar, por lo que su conquista tenía una dificultad añadida al ser necesario el empleo de efectivos navales. Estas fortificaciones estaban comunicadas por tierra a través de una red viaria y el control de las vías de comunicación, tanto por mar como por tierra, ha tenido siempre gran importancia militar por facilitar la maniobra propia y dificultar la del contrario.

Entre las diferentes vías de comunicación que encontramos en este escenario terrestre destaca el camino que unía Tarifa con Medina Sidonia y Jerez. Por esta razón eligieron los almorávides, almohades y benimerines, las playas de Tarifa para sus desembarcos e incursiones por la Península. El camino carecía de obstáculos naturales importantes y contaba con pequeños y abundantes cursos de agua que permitían un cómodo tránsito para



En esta lámina podemos apreciar los caminos principales de la zona que nos ocupa. Entre ellos cabe destacar la importancia del que unía Tarifa con Jerez.

hombres y animales. Estas características facilitarían a norteafricanos y castellanos ir desde el Estrecho al valle del Guadalquivir y viceversa. Las comunicaciones desde la bahía de Algeciras hacia el interior de la Península siempre fueron más difíciles, lo que llevó a los castellanos a decantarse por el dominio de Tarifa en 1292 en vez de insistir sobre Algeciras. Castellar y Jimena tienen buen acceso desde el Campo de Gibraltar, pero no tan fácil desde Jerez o Alcalá, lo que influyó en que ambas fortalezas no fueran conquistadas por los castellanos hasta mediado el siglo XV.

2. El escenario marítimo inmediato

El estrecho de Gibraltar, o de Tarifa, tiene una longitud que ronda los 60 kilómetros. Su anchura es de unos 44 kilómetros en su embocadura occidental —entre los cabos de Trafalgar y Espartel—, mientras que la oriental alcanza los 23 kilómetros, entre Punta Almina y Punta Europa, coincidiendo su parte más estrecha entre Punta Cires y las proximidades de Tarifa, donde sólo existen unos 14 kilómetros de separación. En cuanto a su navegabilidad, diremos que existe una corriente predominante en superficie que se mueve en dirección Oeste-Este a una velocidad que, dependiendo del estado de las mareas en su embocadura atlántica, varía entre los 2 y los 6 Km/h, consecuencia del déficit hidrológico del Mediterráneo.

Los vientos que dominan en el Estrecho son de componente Este y Oeste, aunque abarquen rumbos más amplios. Los que soplan del Este, aquí llamados Levante, son muy constantes y persistentes, alcanzando una media de 50 km/h., pero con rachas que a veces superan los 110 km/h. Estos vientos se prolongan entre siete y diez días consecutivos, y a veces incluso más, llegando a soplar durante 165 días al año, especialmente en primavera

y verano. El Levante señorea la zona del Estrecho provocando marejadilla o mar gruesa, dependiendo siempre de su velocidad. Por el contrario, los vientos del Oeste, el Poniente, pueden soplar en cualquier fecha del año, pero son más frecuentes e intensos en otoño e invierno, viniendo acompañados en superficie por el paso de borrascas que se desplazan desde el Atlántico al Mediterráneo. El Poniente es un viento fuerte y racheado, pero poco persistente. Su presencia se deja sentir en la zona un promedio anual de unos 60 días.

Se observa, pues, en el Estrecho un esquema reversible de vientos y corrientes, viéndose acentuada la irregularidad de éstas por la atormentada batimetría del fondo, que provoca remolinos y peligrosas corrientes cambiantes. Navegar a vela no siempre es fácil y dependerá de un amplio abanico de factores que a veces dejarán sentir su influencia sobre las naves medievales hasta el punto de impedirles la navegación —caso del cerco castellano a Gibraltar en 1333—, o por el contrario verse impulsadas sin remedio hasta el interior del Mediterráneo con vientos fuertes de Poniente, como ocurrió con la flota castellano-portuguesa en 1340 durante el cerco meriní a Tarifa.

La importancia estratégica y comercial del Estrecho incrementa el interés de los reinos ribereños, y el de otros más alejados, por el dominio de sus aguas. Desde mediados del siglo XIII, para los musulmanes del sector occidental del reino de Granada, representaba la vía de comunicación que les unía a sus correligionarios norteafricanos, de donde podía llegarles la única ayuda frente a la presión que ejercía Castilla en sus fronteras. Tal era la importancia de este brazo de mar para el mantenimiento del Islam en la Península que los granadinos, conscientes del poderío militar de los benimerines, dejan ocasionalmente en sus manos las fortalezas de la orilla norte, y por tanto, el dominio marítimo del mismo.

Esta situación era muy perjudicial para Castilla. Lo había sido siempre, pero hasta después de la conquista de Sevilla en 1248 no se encontró en condiciones de disputar a los islamitas el dominio de las aguas del Estrecho con la pretensión de intervenir en África a consecuencia de la debilidad almohade. Sin embargo, aquellos sueños castellanos hubieron de esperar cuando los meriníes se hicieron con el control del Magreb. A partir de entonces Castilla se esforzó por llevar sus dominios terrestres hasta el Estrecho, pretendiendo hacer de éste la frontera del reino en su extremo meridional, a especie de foso que defendiera las tierras peninsulares. Más de dos siglos tardó en conseguirlo, llevando la frontera terrestre del curso del Barbate al del Guadiaro. Entonces los problemas provenientes de África disminuyeron de forma acentuada. Con antelación, granadinos y benimerines fueron muy conscientes de que podía producirse esta situación, y por ello ofrecieron tanta resistencia a perder sus posesiones en tan estratégico lugar.

También desde una perspectiva económica tenía su importancia el Estrecho. En la Edad Media se acrecentó esa importancia comercial por terminar aquí una de las rutas terrestres que unía Europa con la región del río Níger. Además, en el último cuarto del siglo XIII se abrió una ruta comercial que se dio en llamar “ruta de poniente”, que puso en contacto a través del mar los focos europeos del Mediterráneo y del Atlántico. Antes el comercio se hacía por tierra, pero a partir de entonces aquellos centros productores quedaron unidos por el Estrecho. Los genoveses fueron los primeros en llevar sus productos a Flandes, especialmente al puerto de Brujas, donde los intercambiaban por mercancías procedentes del Báltico. Este lucrativo comercio con el norte de África y con Flandes fue la razón por la cual Génova, y no solamente ella, estuvo dispuesta a ponerse de parte de aquellos que le facilitaran el tránsito por el Estrecho sin importarles la

religión que practicaran. Antes de la llegada de Castilla al Estrecho los genoveses ya comerciaban con los almohades, por eso no tuvieron inconveniente en alinearse con los meriníes en los años en que se abrió la ruta de poniente, adoptaron una postura ambigua luego y finalmente se decantaron por ayudar a los castellanos.

3. Medios bélicos

a) Medios terrestres

En tiempos medievales los ejércitos no eran una organización permanente e instruida, puesto que sólo se reunían cuando los gobernantes —generalmente un monarca— movilizaban a los hombres en edad de guerrear con el fin de emprender una acción ofensiva, o bien para detener un ataque enemigo sobre las tierras bajo su jurisdicción. Así que estas fuerzas se caracterizaron fundamentalmente por su reunión circunstancial, su heterogeneidad y poca disciplina, resultando muy difícil maniobrar con ellas ya que estaban faltas de toda instrucción como conjunto, aunque hubiese personas habituadas al uso de las armas.

Los ejércitos cristianos o musulmanes estuvieron siempre formados por una mezcolanza de mercenarios y aquellos otros que tenían obligaciones militares con su señor, sin descartar los que acudían voluntariamente impulsados por sus ideas religiosas. En la cúspide de aquella pirámide social estaba el rey, el sultán o el emir, secundados por una serie de magnates, que a su vez tenían bajo su amparo y protección a otra serie de señores de segunda fila. Todos y cada uno de los anteriores tenían gente de armas retribuidas y a su servicio personal en mayor o menor cuantía, pero a su vez tenían derecho a que los vasallos que vivían en sus dominios o señoríos le prestaran ayuda militar en determinadas

circunstancias. A la llamada del monarca podían acudir las huestes pagadas por el rey y los concejos de realengo así como los voluntarios extranjeros que quisieran acompañarle por razones afectivas o religiosas, pero también abundantes señores a los que el rey había concedido dominios territoriales viniendo éstos acompañados de sus propias fuerzas, siempre en proporción a los beneficios que disfrutaban. Entre estos grandes señores incluiremos a los maestros de las órdenes militares, quienes, además de hacerse acompañar por caballeros de estas instituciones, incorporaban a la gente procedente de los diferentes concejos de sus dominios.

El ejército granadino estaba compuesto por la gente a sueldo del rey, los voluntarios extranjeros, los miembros de las grandes y poderosas familias del reino acompañados de sus vasallos, así como los hombres en edad de combatir que mediante levadas forzosas habían de acompañar al emir circunstancialmente. El ejército benimerín tenía la misma estructura que el granadino, excepto que los hombres de las levadas eran sustituidos por la gente de las diferentes demarcaciones territoriales agrupadas en cabilas, a cuyo frente figuraba un gran señor.

Por tanto, en los ejércitos de la Edad Media podía encontrarse gente de muy distintas clases sociales, equipados de acuerdo con sus circunstancias personales y poder económico. Los más poderosos estaban mejor equipados para la guerra, empleando las mejores armas, y sobre todo disponiendo de caballos. Sólo la clase social más elevada disponía de este tipo de animales porque la posesión de un caballo de guerra y el equipamiento necesario para un guerrero montado era símbolo de riqueza y cierta categoría social. La adquisición y mantenimiento de un solo caballo, entero y de buena alzada, así como el equipo adecuado se consideraba en Castilla una carga fiscal. Por esta razón quedaban los caballeros exentos de pagar ciertos “pechos” a la Corona. Así que la posesión de un caballo era la línea divisoria entre los pecheros y los que no

pagaban impuestos. Asimismo, servía de referencia para ocupar puestos de responsabilidad política y gobierno en los concejos.

En la Edad Media la caballería constituía el núcleo fundamental de los ejércitos y llevaba el peso del combate porque sus cargas a todo galope generalmente no eran resistidas sino por otros contingentes montados. De esta eficacia militar y de su importancia social se infiere que un hombre a caballo armado con lanza o espada fuera el símbolo más representativo de la época, aunque fuesen mucho más numerosos los combatientes a pie, armados también con espadas, picas y ballestas.

En la evolución de la caballería resultó trascendental la aparición del estribo y el posterior desarrollo de la silla de montar con respaldo rígido y alto. Llevando las piernas extendidas, los pies apoyados en los estribos y encajado entre los altos arzones de la silla, el jinete podía llevar una larga lanza bajo la axila y “a sobre brazo” de manera que en la punta de este arma se tenía una potencia de choque proporcional a la masa del animal y jinete armado como multiplicado por la velocidad de la cabalgadura. De aquí que una carga de caballería deshiciera formaciones enteras de infantería si no se le detenía antes. A esta manera de montar o cabalgar se le llamaba “a la brida”, y era propia de la caballería pesada. Había otra forma de cabalgar y combatir a caballo conocida como monta “a la gineta”, más propia de la caballería ligera y muy utilizada por los ejércitos musulmanes, permitiendo más movilidad al jinete y sus acciones no exigían la rigidez de la caballería pesada.

Los hombres a caballo combatían también con la espada cuando perdían su lanza o no era práctico utilizarla. La espada, el escudo y el casco era común para los hombres de a caballo y de a pie, como lo eran las demás protecciones corporales.

Entre los hombres de a pie estaban los arqueros y ballesteros. El alcance eficaz de la mayoría de los arcos superaba ligera-

mente los 150 metros, excepción hecha de los arcos largos, que se aproximaba al alcance de las ballestas. De éstas las había de varios tipos, dependiendo de la forma de armarlas, y su alcance estaba en torno a los 300 metros. Por tanto, la ballesta tenía un alcance superior a la mayoría de los arcos, y los ballesteros no necesitaban aplicar tensión alguna mientras apuntaban. Sin embargo, dada la dificultad para armarlas, los arcos proporcionaban la ventaja de una mayor cadencia de tiro, lo que hacía a éstos más aptos para las batallas a campo abierto, mientras que las ballestas se empleaban preferentemente en los cercos.

Con respecto a los ingenios neurobalísticos y pirobalísticos de la época, diremos que los llamados ingenios, “engeños” por los castellanos y “almajaneques” por los musulmanes, eran máquinas de guerra pensadas para lanzar gruesas piedras contra las murallas con el fin de debilitar los muros, y si era posible abrir brechas para facilitar el asalto. Su alcance eficaz venía a ser ligeramente mayor que la de arcos y ballestas, pero si se incrementaba excesivamente el peso del proyectil su alcance disminuía y se corría el peligro de que los artefactos se rompieran.

La artillería pirobalística (aquella cuya fuerza de propulsión es la pólvora: la artillería tipo cañón) también fue empleada en el territorio y la época que tratamos aquí. El primer cañón del que se tienen noticias en un documentado árabe data de 1304, pero no fue hasta 1325 cuando los granadinos lo utilizaron en el asedio de Huéscar (Granada), según nos dice Ibn-al-Jatib. Su empleo creció con el paso del tiempo, pero fue en las últimas décadas del siglo XIV cuando ganó protagonismo en las guerras de asedio debido a su mayor eficacia contra las murallas. En el cerco de Algeciras, entre 1342 y 1344, fue empleada la artillería pirobalística por los defensores y sus efectos se dejaron sentir entre los sitiadores, que los denominaban “truenos”, más sorprendidos por la sonoridad y efecto mortífero de las “pellas” de hierro que por su alcance,

puesto que los defensores no llegaron a utilizarlos hasta que los sitiadores se acercaban peligrosamente a las murallas.

b) Medios navales

En la época que tratamos, el término usual para referirse a un conjunto de embarcaciones con fines bélicos era flota; escuadra y armada corresponden a tiempos posteriores. Aunque las galeras fueron los elementos más importantes de las flotas, otras embarcaciones de muy distinta tipología también participarían con funciones complementarias o auxiliares en beneficio de las galeras, como los leños armados, saetías, naves, uxeles y taridas, que se encargaban del transporte de efectivos, comunicaciones y exploraciones.

La *galera* medieval surge de la evolución de las ligeras liburnas romanas y del dromón bizantino. La galera se fue difundiendo en el Mediterráneo a lo largo del Alto Medievo al tiempo que se le adaptaba la vela latina y su espolón se situaba por encima de la línea de flotación. Este tipo de embarcación llegó a ser la nave de guerra por excelencia, utilizada por musulmanes y cristianos hasta el siglo XVIII, mientras hubo abordaje y lucha cuerpo a cuerpo sobre las cubiertas. La galera llegó a imponerse a otro tipo de embarcación por su facilidad de movimiento y por la velocidad que en corto recorrido podía alcanzar. Podía utilizar simultáneamente la impulsión del viento y la fuerza de sus remeros, aunque éstos sólo bogaban si el viento no era favorable, para atracar o salir de puerto o cuando entraban en combate de forma aislada. Esta última era la manera de sacar rendimiento a su espolón, arma típica de la galera, para destrozarse las bancadas de remeros contrarios e inmovilizar las naves rivales antes de iniciar el abordaje.

Existían distintos tipos de galeras, dependiendo de la relación entre la manga y la eslora. Había galeras ligeras, más em-

pleadas para la guerra, además de medias y pesadas, más utilizadas para fines comerciales. Los remeros eran profesionales, hombres libres, que cobraban un sueldo y actuaban también como combatientes en el momento que se producía el choque. El número de remeros de cada galera dependía de sus dimensiones, y fue creciendo desde finales del siglo XIII hasta superar los 200 hombres.

Una embarcación similar fueron los *leños*, que venían a desarrollar las mismas funciones que las galeras sutiles. Generalmente se utilizaban para el comercio, su aplicación y uso en la guerra se hacía mediante requisa. Las *galeotas* eran muy parecidas a las galeras ligeras, y su uso se extendió por el Mediterráneo hasta el siglo XVIII, empleando armamento pirobalístico. Otras embarcaciones que utilizaban simultáneamente las velas y los remos eran los *uxieres* y las *taridas*, barcos auxiliares en las flotas que sirvieron para el transporte de tropas, víveres y caballos, ya que disponían de un portalón por popa que facilitaba la descarga de sus bodegas y la salida a tierra de los animales. Este tipo de embarcación evolucionó poco a lo largo de la Edad Media.

Las *naves o naos* sí evolucionaron. El origen de esta embarcación, impulsada exclusivamente por el viento pero mucho más lentas, pesadas y panzudas que las del tipo galera, está en la típica embarcación de carga con un solo palo arbolado en el centro de su estructura y equipado con una gran verga que montaba una enorme vela latina. Al aumentar sus palos y subdividir el velamen para adaptarse a la intensidad de los vientos se hizo digna de la navegación de altura, mostrando capacidad suficiente para ceñir el viento y emprender la conquista del océano Atlántico. No obstante, las más antiguas de aquellas naves utilizadas en el Mediterráneo tenían las proas y popas casi simétricas, y en ambas llegó a montarse sendos castillos, sólo en caso de guerra, con dos cubiertas donde se colocaban los combatientes armados generalmente con ballestas.

Este tipo de naves mediterráneas, equipadas con un solo palo y vela latina, fueron absorbidas por las naves más redondas, de borda más alta y con dos palos, uno de los cuales llevaba una vela cuadrada para impulsión y otra latina para maniobrar. Estas naves redondas, de alta borda, con velas cuadradas y forradas a tingladillo, eran las típicas del Atlántico, y comenzaron a cruzar el Estrecho a principios del siglo XIV, siendo conocidas en el Mediterráneo con el nombre de *cocas*. Estas embarcaciones llegaron a influir sobre las *naves* típicas del Mediterráneo; forradas de cuero y equipadas con poderosos castillos, se adaptaron para su uso en los combates navales. Además, en ellas se transportaba el grueso de la tropa, el avituallamiento y las armas, acudiendo a rematar las acciones de las galeras propias y combatir las enemigas aprovechando su mayor altura. En definitiva, llegaron a convertirse en potentes máquinas de guerra.

4. Tácticas militares

La guerra en la Edad Media se caracterizó por un elevado número de asedios a puntos fuertes más que por las grandes batallas campales. Sin embargo, para ejecutar unos y otras, así como para la guerra de desgaste que normalmente precedía en ambos casos, se necesitaba movilizar efectivos terrestres o marítimos en mayor o menor cuantía. Tal movilización, y en especial el desplazamiento de las fuerzas hasta ponerlas frente a su objetivo, creaba una serie de problemas económicos y logísticos.

a) Marchas terrestres y desplazamientos marítimos

Cuando el enfrentamiento entre dos reinos o Estados era la situación dominante, la frontera entre ambos pasaba de una

sutil línea a una franja territorial más amplia, cuya extensión podía alcanzar una región entera, como fue la Andalucía cristiana. Es éste un caso extremo, pero no olvidemos que a menudo las invasiones en fuerza de los ejércitos alcanzaban objetivos bastante alejados de la frontera oficial.

Estos largos desplazamientos —de los que fueron protagonistas muchas veces lo ejércitos norteafricanos— implicaban una serie de problemas logísticos difíciles de superar. Por otro lado, una vez en terreno adversario había que tomar ciertas medidas de seguridad en las marchas mediante formaciones adecuadas, y también en los lugares de acampada si se querían evitar las sorpresas. En la constitución de los ejércitos medievales se contaba con un elevado número de animales para el transporte de la impedimenta (todo aquello que facilita la vida en el campamento durante el cerco, pero que dificulta el avance normal: las tiendas, las cocinas, las fraguas, etc.) y de parte de los combatientes, y que luego eran empleados en los combates, además de los que proporcionaban carne fresca. Estos animales tenían necesidad de agua y pastos en grandes cantidades, lo que obligaba a viajar preferentemente por rutas adecuadas. Por todo ello, los desplazamientos se hacían generalmente en jornadas de 20 kilómetros de promedio.

Pero también existían otras acciones mucho más rápidas dentro de la guerra de desgaste que antecedió a los cercos y batallas campales. Éstas se llevaban a cabo mediante las cabalgadas o algaradas, y su finalidad no era otra que causar daños económicos y desmoralizadores en los contrarios. Cuando se regresaba con ganado robado, la velocidad de desplazamiento quedaba sustancialmente disminuida y en ocasiones los componentes de este tipo de acción fueron alcanzados y derrotados por sus perseguidores.

En cuanto a las cuestiones navales, el barco venía a ser para los marinos como el caballo para los hombres de tierra, pero moviéndose en un medio mucho más hostil y peligroso. La

navegación se realizaba de marzo a noviembre, siendo peligrosa en los demás meses del año. Galeras y naves, los principales componentes de cualquier flota de guerra, tenían muy desigual autonomía y condiciones de navegabilidad. Las galeras podían navegar tres o cuatro días sin escala, en forma de cabotaje. Las naves tenían una autonomía mayor, no necesitaban descansar de noche y cuando el viento les era favorable tendían a navegar en altura. Por tanto, no resultaba fácil armonizar la marcha de una flota con distintos tipos de embarcaciones. Castellanos y aragoneses fijaron en 15 días la duración de los viajes de las galeras de este reino desde sus puertos de origen al Estrecho y viceversa, por lo que el desplazamiento diario de las galeras rondaría los 75/80 kilómetros diarios.

b) Batallas campales

Las grandes batallas campales fueron escasas en la Edad Media. Según *Las Partidas*, para considerar un enfrentamiento armado dentro de esta tipología era necesario que hubiera reyes de ambas partes en el momento del choque a campo abierto y que dispusieran sus formaciones con vanguardia, retaguardia y las dos alas correspondientes. Esta situación no era frecuente y se trataba de evitar por todos los medios, ya que era mucho lo que se ponía en juego, se resolvía en relativamente poco tiempo y las consecuencias para los participantes, especialmente para el rey derrotado, eran trascendentales en el aspecto humano y también en el económico.

En la época aquí estudiada se dieron tales circunstancias en los cercos a Tarifa en 1340 y a Algeciras en 1342-1344. En ambas ocasiones hubo reyes en el campo de batalla y las consecuencias repercutieron decisivamente en otros acontecimientos posteriores. Aquí la victoria fue para el rey de Castilla, a pesar de que en el Salado no siguió la norma de no ser el primero en atacar, ya que así perdía la capacidad de maniobra.

c) Batallas navales

Tampoco las grandes batallas eran frecuentes en el mar. Sí lo eran los enfrentamientos entre pequeñas agrupaciones de barcos en una labor de desgaste de los medios y efectivos rivales. La táctica más empleada era la de hacerse con las embarcaciones contrarias. No obstante, hubo batallas navales de gran calado dentro del contexto bélico del bloqueo a ciertos puertos y también por el control de rutas sobre el mar. Estos fueron los casos predominantes en el entorno del Estrecho.

Como el combate entre barcos se iniciaba a corta distancia con el lanzamiento de proyectiles, era normal que previamente se desmontara y guardara el velamen de las galeras —no de las naves, porque éstas debían ganar el lado de barlovento para maniobrar—, instalar las protecciones de los remeros colocando paveses en las bordas, preparar a los ballesteros sobre castillos y puentes, al tiempo que se disponían las catapultas para lanzar piedras y recipientes de barro conteniendo brea, aceite, resina y cal viva.

El que maniobraba a la defensiva también se protegía de los lanzamientos con redes de cuerda instaladas sobre las cubiertas y, lo que era más importante, formando conjuntos de galeras atadas entre sí con cabos entre proa y proa, además de ligar los remos. Se constituía así una plataforma casi continua que limitaba la zona de contacto a defender, necesitando con ello menos gente y permitía el desplazamiento del resto de los combatientes, sobre todo de los ballesteros, que barrían las cubiertas enemigas con sus saetas. Estos enfrentamientos navales terminaban casi siempre en un abordaje del rival y el consiguiente enfrentamiento sobre cubiertas.

Ya a finales de la Edad Media la presencia de las armas de fuego se incrementó considerablemente, pero seguían siendo ar-

mas de corto alcance, con más efecto sobre el personal que sobre las embarcaciones.

d) Asedios

La guerra en la Edad Media se caracterizó por una sucesión de cercos sobre puntos fuertes más que por grandiosas batallas en campo abierto. Estos puntos fuertes, ya fuesen castillos, villas o ciudades, eran normalmente la base de operaciones de una guarnición, desde la cual se dominaba territorio circundante. La conquista de un punto fuerte significaba todo un avance territorial, pero obligaba a la movilización de numerosos efectivos ya que los sitiados contaban con la ayuda de las propias fortificaciones arquitectónicas.

Las técnicas de asedio no fueron muy diferentes a las utilizadas en la Antigüedad. Se comenzaba con un acercamiento hasta bloquear la ayuda exterior a los sitiados y luego se intentaba escalar sus muros, o bien derribar uno de sus sectores para entrar por fuerza. No obstante, fue mayor el número de fortalezas que se tomaron por acuerdos entre sitiadores y sitiados. En el éxito o fracaso frente a una fortaleza el factor tiempo jugaba un papel esencial tanto para los defensores como para los atacantes.

II. EL INICIO DE LA INTERVENCIÓN CASTELLANA EN EL ESTRECHO Y SU ENTORNO (1250-1286)

1. Los comienzos de la Marina de Castilla

La necesidad de controlar las aguas entre África y la Península fue una vieja aspiración de los reyes de Castilla desde mediados del siglo XII. Por esta razón, Alfonso VII sitia y se apodera de Almería con ayuda naval genovesa cuando decae el poder de los almorávides. Sin embargo, los castellanos no pudieron mantener aquel puerto mucho tiempo al carecer de flota propia; así que Almería no tardó en caer en manos de los almohades en cuanto éstos, dueños de una potente flota, presionaron desde el norte de África. Hasta los tiempos de Fernando III, casi a mediados del siglo XIII, Castilla no tuvo la oportunidad de asomarse al Mediterráneo por Cartagena. En la primavera de 1245, una flota cantábrica pagada por la corona castellana cruzó el Estrecho para bloquear el puerto de Cartagena de manera que nadie pudiera ayudar por mar a la sitiada villa.

Aquella flota regresó a sus puertos de partida una vez conseguido el objetivo y la Corona no volvería a reunir otro contingente naval de la misma procedencia hasta el bloqueo de la vía de comunicación fluvial entre Sevilla y el Atlántico. A principios de 1247, Fernando III y Ramón Bonifaz planearon la intervención de otra flota que habría de armarse en puertos cantábricos

y que, a mediados de agosto, remontó las aguas del Guadalquivir camino de Sevilla. Según la Primera Crónica General, su intervención fue decisiva en el cerco sevillano, ya que no sólo bloqueó el río cortando los suministros, sino que a primeros de mayo de 1248 rompió el puente de barcas existente entre Sevilla y Triana. Finalmente, Sevilla capituló el 23 de noviembre y luego Fernando III llegó con sus conquistas hasta el mar. Después de mediado el siglo XIII no cesará la presencia de embarcaciones castellanas en el Guadalquivir y, lo que todavía es más sorprendente, aquellas naves disputaron las aguas del Estrecho a la flota tunecino-ceutí, frente a la cual Bonifaz no tardó en obtener una importante victoria; gracias a ésta la flota castellana bloqueó el puerto de Ceuta obligando a sus gobernantes a pagar tributo a Castilla, según defiende M^a del Carmen Mosquera.

El objetivo de la Corona de Castilla era imponerse en aguas del Estrecho para dar continuidad a su política norteafricana, región ésta en la que se estaba interviniendo desde 1229 aprovechando la descomposición del imperio almohade. Por tal razón dicen fuentes castellanas que Fernando III se apresuró en construir galeras y otras embarcaciones auxiliares para su empresa africana cuando le sorprendió la muerte en mayo de 1252. Fue su hijo y sucesor, Alfonso X, el que dio continuidad a los planes del Rey Santo, terminando las atarazanas iniciadas en el reinado de su padre, al tiempo que organizaba una flota propia y permanente con base en Sevilla. Para afrontar los gastos que podían originarse como consecuencia de la creación de esta flota, el rey reservó muchas alquerías y propiedades en el repartimiento de tierras sevillanas, asignando rentas a los cómitres que habían de gobernar tales embarcaciones. Firmó acuerdos con la Orden de Santiago y con diferentes cómitres a título personal en 1253, pero hasta el año siguiente no eligió para almirante de aquella flota a Ruy López de

Mendoza, al que puso al frente de un total de 19 galeras, es decir, una flota de tipo medio para la época.

Sin embargo, aquellas pretensiones fernandinas de intervenir en el norte de África quedaron pospuestas a un segundo plano debido al interés personal de Alfonso X por la corona del Imperio Romano, aunque no por eso olvidó ampliar su dominio sobre el litoral conquistando Cádiz en mayo de 1260. Esta conquista parece relacionada directamente con la primera intervención de la flota castellana en África ya que en septiembre del mismo año se intentó el asalto a Salé, cerca de Rabat, bajo el mando de Juan García de Villamayor, aunque el almirante de la flota fue Pedro Martínez de Fe. La intención era conquistar la villa y hacerse fuerte en ella, pero los resultados no fueron los buscados, debiendo los castellanos abandonar la plaza unas semanas después. Y es que para esa fecha la situación política había cambiado mucho en el Magreb ya que la debilidad almohade, a quienes apoyaban los castellanos, fue sustituida por la fortaleza militar de una confederación tribal conocida con el nombre de benimerines o meriníes que acudieron a recuperar Salé.

Después de este relativo fracaso, porque también se obtuvo un cuantioso botín, Alfonso X se hizo con toda la fachada marítima onubense, y creyendo necesario potenciar su flota recurrió a Génova para construir allí más galeras y nombrar a un hombre de esta república, Hugo Vento, como nuevo almirante de Castilla. Por entonces, primavera de 1264, se inició una rebelión de los mudéjares que vivían en Castilla al ser apoyados por el rey de Granada, quien contaba con la ayuda de los primeros contingentes benimerines pasados a la Península. La guerra abierta duró dos años y en el transcurso de la misma el rey de Castilla llegó a conquistar por la fuerza de las armas, no mediante pactos como las había tenido hasta entonces, plazas tales como Jerez, Arcos, Vejer,

Alcalá de los Gazules y Medina Sidonia. La frontera con Granada quedó definitivamente fijada en la cuenca del río Barbate.

Los años que siguieron a esta guerra fueron extremadamente complejos para Castilla y Granada, tanto por sus conflictos internos como por sus relaciones con el exterior. Por lo que a esta última se refiere, no podemos omitir, dada su trascendencia política, la rebelión de los Banu Asqiluya contra Muhammad I. Los gobernadores malagueños contaban con el apoyo del rey de Castilla, afectado éste a su vez por otra rebelión nobiliaria de altos vuelos que buscó refugio en Granada a finales de 1272. Como consecuencia de esta rebelión, Alfonso X envió a su hijo y heredero, el infante don Fernando, a la Andalucía castellana con el fin de detener cualquier intento de agresión procedente de Granada. Por entonces debían ser muy intensos los rumores de alianza entre los granadinos y la nueva potencia norteafricana, los benimerines. En el contexto de esa situación se produjo un ataque musulmán a Vejer después de un desembarco benimerín en la Península. Con posterioridad a tal incursión, en la primavera de 1273, se tienen noticias de la primera incursión castellana que por tierra llegó hasta Algeciras, dirigida por el infante Fernando de la Cerda, posiblemente entre abril y mayo, terminando con una retirada rápida de los castellanos sin consecuencias de ningún tipo. Tal vez por esta circunstancia, la única fuente de información sea una carta que el mismo rey de Castilla escribió a su hijo en junio de dicho año en respuesta a otra de don Fernando en la que éste le informaba de la situación en la Frontera. Alfonso aconsejaba a su hijo que lo primero que debía preocuparle era armar la flota para evitar que el sultán de los benimerines pudiera cruzar el Estrecho. El consejo viene justificado por los negativos resultados de la expedición terrestre del Infante hasta Algeciras, cuando a criterio del rey lo más razonable era controlar el Estrecho para evitar cualquier desembarco de los norteafricanos.

Aquella confusa situación política entre Castilla y Granada terminó momentáneamente a finales de 1273 con la firma de un acuerdo que perjudicó seriamente a Muhammad II, nuevo soberano granadino. Éste siguió pagando parias a Castilla mientras veía que no por ello disminuía el apoyo interesado de los castellanos a los arráeces malagueños.

2. Las consecuencias del dominio benimerín en el Estrecho

Tanto Muhammad II como los gobernadores malagueños no tardaron en pedir ayuda a Abu Yusuf, sultán de los benimerines. Éstos ya dominaban Marrakech, la antigua capital almohade, desde 1269, y habían conseguido asomarse al Estrecho cuando se apoderaron de Tánger en septiembre de 1273, aunque fracasaron al intentar hacerse con la independiente ciudad de Ceuta. Entre los planes políticos del sultán de Fez posiblemente se contemplara una pronta intervención militar en la Península, pero necesitaba puertos en los que apoyarse en una y otra orilla del Estrecho así como barcos suficientes para transportar efectivos bélicos y vituallas. Esta precariedad naval de los benimerines era a la que se refería Alfonso X cuando escribía a su hijo Fernando, a finales de la primavera anterior, tratando de tranquilizarlo ante el rumoreado pero improbable salto de los benimerines a la Península.

La respuesta le llegaría a Alfonso X a finales de 1274 de la manera más insospechada. En 1273 el rey de Castilla estaba muy lejos de pensar que su consuegro, Jaime I de Aragón, facilitaría a los benimerines la labor de controlar Ceuta y hacerse aquí con embarcaciones para su salto a la Península. Para el rey de Aragón parecía prioritario asegurarse las buenas relaciones con la creciente potencia, que controlaba ya las rutas comerciales del Magreb, y

no se resistió a colaborar con Abu Yusuf cuando éste le envió una embajada para solicitarle ayuda naval frente a Ceuta. El acuerdo se llevó a efecto en Barcelona en noviembre de 1274, por el cual una potente flota catalana vino al Estrecho bajo el mando de Pedro Fernández de Híjar, hijo de Jaime I. Pero los sitiadores, tanto musulmanes como cristianos, no contaban con la reacción de los gobernadores ceutíes, los Banu al-Azafi, quienes al verse incapaces de mantener la defensa de Ceuta decidieron negociar la entrega de la ciudad a los benimerines que la sitiaban por tierra.

La capitulación debió de producirse en el invierno de 1275. No obstante, en las negociaciones preliminares se acordaría que los Banu al-Azafi se mantuvieran al frente del gobierno de la ciudad colaborando con hombres y barcos en la campaña que Abu Yusuf planeaba para intervenir en la Península, donde ya buscaba hacerse con Algeciras y Tarifa por medios diplomáticos. Sin embargo, antes de que se ultimaran las negociaciones con los granadinos, Abu Yusuf comenzó a embarcar tropas en Alcazarseguer y siguiendo las pautas marcadas por los desembarcos almohades puso un primer contingente en las proximidades de Tarifa a mediados de mayo. Desde el campamento instalado en la Peña del Ciervo, los benimerines realizaron algunas incursiones sobre la comarca inmediata a la Laguna de la Janda y atacaron Vejer. Días después de su llegada a Tarifa, a finales de mayo, el gobernador de Algeciras se declaró independiente de Granada y decidió entregar la ciudad al sultán de Fez.

La suerte estaba echada. Mientras Abu Yusuf se apresuraba en pasar efectivos de una orilla a otra del Estrecho, el rey de Castilla estaba en Francia tratando de ganarse el apoyo del papa Gregorio X en la pugna por sus derechos a la corona imperial. Como adelantado de la Frontera estaba don Nuño González de Lara y como regente del reino el infante don Fernando de la Cerda. Ni uno ni otro estaban en Andalucía, y no debieron de

darle mucha importancia a este desembarco inicial a juzgar por el tiempo que tardaron en reaccionar, pues fueron informados con bastante rapidez de todo cuanto acontecía en el Estrecho y en sus proximidades. Sin embargo, ni las fuentes castellanas ni las musulmanas recogen intervención alguna de la flota con base en Sevilla durante todo aquel verano para impedir el trasiego de hombres y efectivos desde África. Debemos pensar que la flota no estaba operativa al faltarle las rentas asignadas, tal vez como consecuencia del parcial fracaso de la repoblación del área sevillana, y también por la expulsión masiva de mudéjares después de la rebelión de 1264.

Lo anterior puede justificar la recomendación de Alfonso X a su hijo Fernando para que se preocupara en preparar la flota en 1273, y también que el Infante se encaminara desde el reino de León a la frontera de Aragón cuando tuvo noticias del desembarco norteafricano en Tarifa. Cabe sospechar que se acercara a pedir ayuda naval a su abuelo Jaime, mientras ordenaba a don Nuño que se aprestara a defender la Frontera. El caso es que Abu Yusuf estuvo enviando efectivos a la Península durante tres meses y, finalmente, el 16 de agosto, llegó a Tarifa el propio sultán, dirigiéndose posteriormente hacia Algeciras, donde le esperaban el rey de Granada y los Banu Asqiluya. El 22 de agosto el ejército benimerín salió de Algeciras y con una celeridad sorprendente llegó hasta el Guadalquivir, saqueando toda la comarca próxima a Córdoba. Después emprendió el camino de regreso hacia su base de partida por las inmediaciones de Écija, donde derrotaron a don Nuño González de Lara a primeros de septiembre, aunque no pudieron hacerse con la villa. Finalmente llegaron a Algeciras unos 10 días más tarde, repartiendo aquí el impresionante botín capturado.

Dado el éxito de aquella operación, el sultán y su ejército se pusieron en marcha hacia Sevilla el 23 de octubre. Llegaron

hasta sus murallas, saquearon cuanto pudieron y se volvieron contra Jerez, a la que tuvieron sitiada tres días; luego regresó a Algeciras, donde entró el 16 de noviembre. Tan rápida vuelta del sultán cuando la situación militar le era favorable se explica por una reacción de los dirigentes del reino encabezada ahora por el segundo hijo de Alfonso X, es decir, el infante don Sancho. Éste, a pesar de ser un muchacho de 17 años, había asumido la regencia después de la inesperada muerte del infante Fernando de la Cerda en Villa Real (Ciudad Real) el 25 de julio, cuando esperaba aquí a los señores castellanos con sus mesnadas para dirigirse a la Frontera.

Sin poder evitar el descalabro de don Nuño González en Écija, distribuyó los efectivos castellanos a lo largo de la línea fronteriza y él se dirigió a Sevilla para armar la flota y enviarla al Estrecho, cuya vigilancia estaba muy descuidada. Una vez más nos encontramos con la importancia que tenía el dominio de las aguas del Estrecho tanto para los norteafricanos como para Castilla. Parece evidente que en este último reino se había descuidado la cuestión naval en beneficio de otros proyectos, entre los cuales destacamos la cuestión relacionada con la corona del Imperio, del que Alfonso X decía a su hijo Fernando que era lo más importante para él.

La reactivación de la flota resultó decisiva en aquellos momentos porque cuando Abu Yusuf tuvo noticias de ella, sabiendo que buena parte del ejército castellano estaba en Écija y Córdoba, retrocedió hacia Jerez y luego hasta Algeciras por temor a que le cortaran la retirada. La salida de la flota influyó en el rápido regreso de Abu Yusuf a las proximidades del Estrecho, y en la presencia aquí de las galeras castellanas a lo largo de varios meses. No creemos que otra razón impulsara al sultán a permanecer en su campamento de Guadalmequí hasta mediados de enero, cuando embarcó para Alcazarseguer. Sin embargo, Abu Yusuf no tardó

en volver a la Península por su propia iniciativa a primeros de julio de 1277, aunque la presencia de los contingentes que le precedieron ya se hacía notar en mayo frente a las plazas fronterizas. El sultán desembarcó en Tarifa y luego se llegó hasta Algeciras, que de nuevo utilizó como base de partida para las tres incursiones que realizó sobre suelo cristiano. La primera de esas algaradas la efectuó sobre Sevilla, partiendo de Ronda y volviendo luego a Algeciras; la segunda, sobre la comarca de Jerez, con rápida vuelta a Algeciras; la tercera y última la ejecutó sobre Córdoba a finales de octubre, para regresar de nuevo a Algeciras a primeros de diciembre.

Mientras tanto, Alfonso X se mantenía a la defensiva, aunque en estas incursiones benimerines no colaboraron los granadinos. Los concejos castellanos fronterizos estaban agotados por el esfuerzo bélico y aconsejaron al rey que pidiera tregua a los musulmanes, lo que se logró a finales de febrero de 1278, entrando en el acuerdo los castellanos, granadinos y benimerines. El sultán recibió entonces Málaga de manos del arráez de la ciudad porque éste temía que durante la tregua le fuera arrebatada por el rey de Granada. Abu Yusuf, que había estado enfermo en Algeciras más de dos meses, de diciembre de 1277 a febrero de 1278, fue a visitar su nuevo dominio cuando se recuperó y luego regresó al Magreb.

3. El fracaso castellano ante Algeciras

Para esas fechas Alfonso X tenía decidido pasar a la ofensiva frente a los norteafricanos, a pesar de las treguas recientemente firmadas. En la primavera del año anterior había reunido Cortes en Burgos y conseguido los subsidios para hacer frente a las incursiones de Abu Yusuf. En marzo de 1278 Alfonso ya había

hecho planes para apoderarse de Algeciras, base de operaciones de todas las incursiones de los benimerines en 1275 y 1277. Alfonso X movió sus fichas diplomáticas para atraerse la voluntad política de los rivales de Abu Yusuf, buscando la colaboración de Muhammad II de Granada, muy dolido con el sultán por el asunto de Málaga, y también del rey de Tremecén, descontento de los benimerines.

Una de las primeras medidas que tomó el rey de Castilla fue la construcción de una gran flota para intervenir en el Estrecho y bloquear Algeciras, compuesta por 80 galeras y 24 naves sin contar otras embarcaciones más pequeñas, por lo que no toda se construiría en Sevilla. Al frente de la flota iría Pedro Martínez de Fe, el mismo que intervino en Salé. En octubre se comenzó ya a intervenir en el Estrecho cercando Algeciras por mar. Por estas fechas convocó Alfonso X a los ricoshombres, maestros de las órdenes militares y concejos del reino para que colaboraran por tierra con sus efectivos en el cerco de Algeciras. Al parecer, el ejército se concentró en Sevilla, y a mediados de marzo saldría al mando del infante don Pedro siguiendo un camino que no señalan las crónicas, para asentarse frente a su objetivo en los primeros días de abril de 1279.

El bloqueo marítimo de Algeciras originó cambios en el bando musulmán, pues, al poco de iniciarse, el rey de Granada consiguió que el gobernador de Málaga le entregara la ciudad a cambio de otras apetecibles posesiones en el reino granadino. La situación en la Península irritó al sultán Abu Yusuf, pero cuando ya estaba camino del Estrecho le sorprendió en su reino una rebelión interna a la que hubo de hacer frente. Por tal motivo el sultán envió a su hijo, el emir Abu Yacub, para resolver la cuestión que le afectaba en la Península, llegando a Tánger en junio de 1279. El emir fue reuniendo aquí la flota construida en los diferentes puertos del litoral norteafricano y, en vez de enemistarse, pidió

colaboración al rey de Granada, al que prometió además la entrega de Algeciras en cuanto los castellanos levantaran el sitio. La colaboración granadina no se hizo esperar, así que cuando todos estuvieron dispuestos a pasar a la ofensiva no hubo problemas para poner en Gibraltar, en julio, un número de naves similar al que tenían los castellanos, pero en mejores condiciones.

Los hombres de la flota castellana llevaban allí casi diez meses sin haber sido relevados ni recibir pagas, escaseando el alimento y sin esperanza de que la situación mejorara. Algunos de ellos desertaron y otros estaban enfermos en la isla cercana a Algeciras o en los campamentos que hicieron donde luego se construiría la Villa Nueva. Las tripulaciones estaban bastantes disminuidas y desmoralizadas hasta el punto de sentirse abandonados por el rey de Castilla. El problema dinástico afectó negativamente al cerco de Algeciras; el infante Sancho había conseguido hacerse con los fondos que su padre tenía asignados a la flota y se los había dado a su madre, la reina doña Violante, para atraerse la voluntad política de ésta en la discordia familiar que el infante mantenía por sus derechos al trono de Castilla, en contraposición a los que ostentaban los hijos del difunto infante Fernando de la Cerda.

Las crónicas castellanas hacen pecar de ingenuidad al infante don Pedro al admitir en su campamento una comisión para proponer una tregua; mientras que las meriníes exageran en su laudatoria hacia los vencedores. El caso es que el 25 de julio los musulmanes decidieron atacar concentrando su esfuerzo sobre el flanco meridional del despliegue naval castellano, concretamente sobre la Isla Verde y sobre los campamentos situados donde más tarde se levantó la Villa Nueva de Algeciras. El ataque se produciría sobre el punto más débil del despliegue y el descalabro fue de tal magnitud que en poco tiempo la mayor parte de las embarcaciones castellanas que estaban en aquel sector fueron hundidas o quemadas sin apenas resistencia.

De esa manera se rompió el bloqueo marítimo y al día siguiente Algeciras fue abastecida por mar, mientras entre las naves y galeras de uno y otro bando continuaban la lucha por el dominio de las aguas. Aparte de otros muchos incidentes, fueron hechos prisioneros el almirante de Castilla y otras personalidades que le acompañaban, pero lo más importante es que cuando el infante don Pedro vio que Algeciras era abastecida por mar, levantó el campo y se retiró hacia Sevilla.

Cuando los musulmanes liberaron Algeciras, no tardó en cruzar el Estrecho el emir Abu Yacub, quien había esperado el desarrollo de los acontecimientos en la otra orilla. Una vez en Algeciras, en agosto de 1279, no emprendió acción alguna contra los cristianos ni tampoco entregó la plaza a los granadinos, como había prometido. Se abrió entonces una etapa de disensiones entre granadinos y benimerines llegando Abu Yacub a ofrecer al rey de Castilla una alianza contra Granada, aunque no fue refrendada por Abu Yusuf, que no se había movido de su reino ni volvería a la Península hasta 1282. Éste ordenaría la construcción de la Villa Nueva de Algeciras al pasar a la Península tras el cerco. No obstante, habrá que reconsiderar tal supuesto ya que —según Ibn Ibi Zar, contemporáneo de aquellos acontecimientos— no fue el sultán sino su hijo Abu Yacub el que vino entonces a Algeciras. Como este autor parece mejor enterado que el cronista de Alfonso X —la crónica alfonsina se escribe después de 1340—, parece más creíble la fecha que da sobre la fundación de la Villa Nueva de Algeciras. Por esta razón, la fundación de “Almanzora” —como la llama un cautivo cristiano citado en los *Miráculos romanzados*—, corresponde más al año 1277, cuando estuvo enfermo Abu Yusuf en Algeciras, que a 1279. En esta última fecha se debió de potenciar su fortificación y facilitar a la población las casas ya construidas, pretendiendo que en el futuro esa elevación al sur del

río de la Miel no se convirtiera en un padastro incómodo para la Villa Vieja o villa grande, situada al norte del río.

4. La situación posterior al desastre de Algeciras

Tras la derrota naval de Algeciras, Castilla quedó sin flota momentáneamente, y el rey se temía lo peor después del rechazo de Abu Yusuf a la alianza castellano-meriní contra Granada. Tan apremiante era la situación naval que Alfonso X pidió a Pedro III, su cuñado y nuevo rey de Aragón, que le permitiera construir galeras en este reino. Ya tenía la autorización para construir entre 10 y 15 embarcaciones de guerra a principios de octubre de 1279. Sin embargo, quien le libró esta vez de otro mal golpe fue su aliado norteafricano, el rey de Tremecén, debido a que en noviembre de ese año inició una serie de incursiones contra el reino de Fez que hicieron renunciar al sultán de su intención de pasar a la Península.

La situación se complicó en el Magreb durante algún tiempo y Abu Yusuf permaneció en su reino esperando una mejor ocasión para atacar a los cristianos. No podía esperar el sultán de Fez que tal ocasión le llegara en forma de petición por parte del propio rey castellano en la primavera de 1282. Y es que la situación dinástica se había complicado tanto en Castilla que Alfonso X se vio solo y abandonado por buena parte de la nobleza, la cual había hecho causa común con el infante don Sancho. Éste seguía creyéndose con derecho al trono castellano a pesar de que su padre considerara que el heredero era el hijo mayor del infante Fernando de la Cerda, llamado también Alfonso. El rey castellano no encontró apoyo en los reyes que habían sido sus aliados, así que para aumentar su fuerza militar en aquella guerra entre padre e hijo pidió ayuda al sultán de Marruecos. Abu Yusuf envió por

delante un ejército al mando de sus hijos y familiares, pasando él en persona a la Península con mucha más caballería y con suficientes medios económicos para ayudar al monarca castellano.

Ibn Abi Zar dice que Alfonso X se presentó en la Peña del Ciervo para entrevistarse con el sultán cuando éste se movía entre Algeciras y Tarifa a primeros de agosto de 1282; aunque las fuentes castellanas sitúan esta reunión cerca de Zahara, al noroeste de la provincia de Cádiz. El objetivo del rey de Castilla era apoderarse de Córdoba, fiel al infante don Sancho, así que desde Algeciras los benimerines salieron con dirección a Osuna y Écija, donde se reunieron con los cristianos que salieron de Sevilla. No consiguieron los expedicionarios domeñar a los cordobeses, y de vuelta a Algeciras, ya en noviembre, permanecieron aquí hasta finales de marzo del año siguiente. Abu Yusuf inició entonces la guerra contra los granadinos y luego siguió hacia el reino de Jaén, llegando hasta La Mancha, desde donde volvió de nuevo a Algeciras en octubre de 1283, regresando al Magreb al mes siguiente.



Sobre un plano del siglo XVIII hemos remarcado en negro el trazado de las murallas de Algeciras. La llamada Villa Nueva estaba situada al sur del río de la Miel y los lugareños la conocían como “Almanzora”.

La quinta y última expedición de Abu Yusuf en la Península se dio en tiempos de Sancho IV. El sultán estaba ya en Tarifa a mediados de abril de 1285 para responder militarmente a la desairada respuesta que Sancho IV había dado a sus embajadores el verano del año anterior, cuando Abu Yusuf los envió a Sevilla para pulsar la opinión del rey castellano con respecto a sus relaciones con Fez. Entonces Sancho les respondió con la famosa frase del “pan y el palo”, dándoles a entender que golpearía a quien tratara de atacar su reino. En respuesta, los benimerines comenzaron sus algaras contra las plazas fronterizas y Sancho mandó potenciar la armada recurriendo al genovés Micer Benito Zacarías, a quien contrató para que trajera doce galeras, y al que entregó también el señorío de El Puerto de Santa María a cambio de que tuviera allí una galera armada para proteger la desembocadura del Guadalete.

Abu Yusuf estuvo pasando efectivos norteafricanos desde primeros de 1285, poniéndose en duda la construcción de aquellas galeras en Aragón en 1279, y que las genovesas de Benito Zacarías llegaran al Estrecho para aquellas fechas; a menos que la flota musulmana fuese mucho mayor y más efectiva, permitiéndole el paso continuado de norteafricanos hasta mediados del mes de abril, cuando finalmente llegó el sultán. Después de pasar unos días en Algeciras, éste atacó la comarca de Jerez a finales de abril aprovechando que las cosechas estaban a punto de recogerse. Con sus sucesivas algaras pretendía hacerse con Jerez, mientras las incursiones llegaron hasta la misma Sevilla, e incluso alcanzaron el Aljarafe y Carmona a lo largo de la primavera y verano de 1285. La libertad de movimientos del ejército norteafricano era total a lo largo del curso del Guadalquivir. También su flota se movía por el río sin impedimento alguno, y hubo un momento en que ya dueños de la Isla Menor, el 21 de junio, volvieron algunas naves musulmanas hasta Algeciras con el fin de cargar pertrechos y máquinas para sitiar Jerez; en lo que ni siquiera hubieran pensa-

do caso de estar Benito Zacarías protegiendo la desembocadura del río Guadalete.

La situación en la franja fronteriza al sur de Sevilla era muy crítica a finales de la primavera de 1285 y Sancho IV decidió venir personalmente a Sevilla, donde parece que estaba en los primeros días de julio. Abu Yusuf envió un contingente hasta las puertas de Sevilla con la intención de ver cómo respondía el rey de Castilla, pero éste no salió de la ciudad a la espera de los refuerzos que venían en camino desde el interior del reino. Estos refuerzos llegaron un par de semanas más tarde, y en la última semana de julio Sancho IV abandonó Sevilla, marchando hacia Jerez. Cuando llegó a Lebrija, Abu Yusuf había levantado el cerco que mantenía sobre Jerez. El sultán cruzó el Guadalete y retrocedió hacia Tarifa temiendo que la flota de Castilla le cortara la comunicación con África. De nuevo resulta decisiva la intervención de la flota castellana en los momentos en que el ejército de tierra no tenía capacidad para detener a los norteafricanos, para quienes era fundamental mantener libres sus líneas de abastecimiento a través del Estrecho. El dominio de este brazo de mar era fundamental en la situación que se estaba dando, de aquí que antes de venir a Sevilla, Sancho IV mandara preparar una importante flota en los puertos del Cantábrico y en Galicia.

Pero una flota de guerra no se organiza de la noche a la mañana y menos cuando hay que contar con la colaboración de instituciones que tenían otros intereses prioritarios, como eran la de los diferentes concejos portuarios. Para conseguir estos fines se hacía necesaria la presencia en el Norte de un representante del rey de Castilla, y en este caso no parece que fuera el nuevo almirante, Payo Gómez Chariño, sino Fernán Pérez Maimón, considerado el organizador de aquella flota compuesta por más de 100 embarcaciones de distintos tipos, y que llegó a la desembocadura del Guadalete a finales de julio. Su presencia obligó a que los mu-

sulmanes levantara el cerco a Jerez y retrocedieran hasta Tarifa, evitando también un enfrentamiento a campo abierto con unas fuerzas claramente superiores en número.

Esta desigualdad de efectivos parece que frenaba al infante don Juan y a don Lope Díaz de Haro a que Sancho IV persiguiera a los benimerines en su regreso a Tarifa. Acabaría imponiéndose la voluntad de los ricoshombres, aunque el rey de Castilla permaneció en Jerez hasta finales de agosto ordenando que se abastecieran los castillos de Vejer, Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules. Luego volvió a Sevilla, donde recibió a los emisarios de Abu Yusuf proponiéndole poner fin a las hostilidades. A Sancho IV también le interesaba una tregua para atender el compromiso de ayuda que tenía con el rey de Aragón, que se encontraba entonces en un aprieto frente a Francia, así que aceptó la propuesta. De Sevilla volvió a Jerez para entrevistarse con Abu Yacub primero y luego con el padre de éste en un lugar llamado Peña Ferrada, cercano al río Guadalete. El 21 de octubre de 1285 se alcanzó la concordia entre los dos gobernantes, que se intercambiaron numerosos y excelentes regalos. Después de establecido el acuerdo, Sancho IV regresó a Sevilla y Abu Yusuf se dirigió hacia Algeciras, terminando aquí sus días en marzo de 1286, precisamente en el alcázar que había construido en la Villa Nueva.

III. LA CONQUISTA DE TARIFA Y SU CONSOLIDACIÓN PARA CASTILLA (1291-1303)

1. La ruptura de treguas y la toma de Tarifa

A finales de 1290 no se renovaron las treguas acordadas dos años antes, tal y como se había venido haciendo desde 1285, así que la tensión fue en aumento entre benimerines y castellanos en la Península. El rearme por ambas partes y las circunstancias políticas del momento hacían presagiar que la guerra aparecería de nuevo. No podemos decir de dónde procedió exactamente el primer golpe, pero sí que el año 1291 fue de intensa actividad militar en la zona del Estrecho. A comienzos de este año, Sancho IV ya había nombrado adelantado mayor de la Frontera a Fernán Pérez Ponce, y a finales de marzo o primeros de abril llegaba a Sevilla el marino genovés Benito Zacarías con siete galeras pagadas por Castilla. Por su parte, el nuevo sultán de Marruecos, Abu Yacub, ordenaba a sus fuerzas establecidas en Algeciras que atacaran Jerez y su entorno en abril de 1291 mientras que él movilizaba su ejército al mes siguiente con la intención de cruzar el Estrecho en el verano.

Pero la concentración de la flota y del ejército musulmán en la orilla norteafricana fue advertida por los castellanos, y éstos trataron de evitar por todos los medios que aquella operación se llevara a cabo. Según relata la crónica de Sancho IV, el almirante



África desde las murallas de Tarifa. La proximidad entre ambos márgenes del Estrecho explica que en tiempos medievales su travesía no resultara difícil.

Benito Zacarías se presentó en Tánger con doce galeras, de las cuales cinco debían de ser castellanas, para enfrentarse a la flota de los benimerines, más numerosa, aunque las galeras de Zacarías se impusieron en el combate en los primeros días de agosto. Los cristianos apresaron trece galeras y pusieron en fuga otras doce, retirándose después del Estrecho, mientras que Abu Yacub reconstruyó su flota tan aprisa como pudo y desembarcó en Tarifa a mediados de septiembre. Los benimerines iniciaron entonces una serie de incursiones, alcanzando Jerez y Sevilla para terminar cercando Vejer, a la que tuvieron sitiada hasta finales de 1291.

Para entonces, Castilla había logrado una serie de favorables tratados. En abril de 1290 Sancho IV había conseguido un interesante pacto con Francia, y en mayo de 1291 llegó a un tratado de paz con el rey de Granada, aviniéndose éste a ser vasallo del monarca castellano. En septiembre se acordó la boda del infante heredero, Fernando, con la infanta Constanza de Portugal. Finalmente, entre noviembre y diciembre se concertó otro

acuerdo con el nuevo rey de Aragón, Jaime II, terminando con ello la tensa situación política existente entre Castilla y Aragón. De todos estos acuerdos, los conseguidos con Granada y Aragón influyeron directamente en los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes en el propio Estrecho y también en la zona terrestre próxima. Nos detendremos en algunos de los detalles acordados en Monteagudo y en Soria, donde se celebraron las conversaciones entre Sancho IV y Jaime II.

La actitud del nuevo rey de Aragón frente a Castilla nada tenía que ver con la que hasta su muerte había mostrado su hermano Alfonso III, fallecido en junio de 1291. Nada más llegar al trono, Jaime II se mostró dispuesto al acercamiento a Castilla cuando precisamente se habían reanudado las hostilidades entre benimerines y castellanos. Una vez en paz con Francia y Granada, a Sancho IV se le presentaba una ocasión favorable para centrar su atención en la lucha contra los benimerines, así que acogió con los brazos abiertos el cambio de actitud de Aragón, máxime cuando aquellos acuerdos se reafirmaban con la propuesta de matrimonio entre su hija Isabel, de ocho años, con Jaime II de Aragón, que tenía entonces 32.

La concordia entre ambos reinos no podía ser mejor, y con este optimismo, aparte de fijar el río Muluya como frontera entre las zonas de influencia de Aragón y Castilla en el norte de África, se llegó a un compromiso de ayuda mutua en materia militar. Castilla se comprometió a ayudar con un contingente de 500 hombres a caballo durante cuatro meses en caso de que Aragón fuese atacado. Recíprocamente, este reino se obligaba a ayudar a Castilla costeando igual cuantía en hombres y por el mismo tiempo, o bien con veinte galeras debidamente armadas y pagadas por los cuatro meses, según se dice en el tratado.

Tras el cerco a Vejer por los benimerines, Sancho IV pasó a la ofensiva, preparando una expedición armada en la primavera

de 1292 con la intención de apoderarse del puerto de Algeciras, objetivo que no había logrado alcanzar su padre. Como la ofensiva sería por tierra y mar, se fijó en Sevilla el centro de operaciones y allí fueron llegando hombres, provisiones y armamento, desde Castilla y también desde Aragón. A Sevilla llegaron las 10 galeras aragonesas al mando del vicealmirante Berenguer de Montolíu, colaborando con las castellananas y genovesas que mandaba Micer Benito Zacarías. Sancho IV llegó el 24 de mayo, cuando los preparativos bélicos estaban bastante avanzados, y en alguno de los muchos consejos que reunió aquí se determinó ir sobre Tarifa en vez de cercar Algeciras. Los motivos de este cambio estratégico se explicitan en la crónica de Sancho IV cuando hace referencia a la facilidad de paso que tenían los norteafricanos hacia las tierras de Tarifa (“Era la mar más estrecha allí, e que avían allí mejor salida para los caballos cuando los moros pasasen aquende, que en otro lugar ninguno”).

El rey permaneció en Sevilla hasta pasado el día de San Juan, pero parte del ejército ya estaba sobre Tarifa, y también debía de estar la flota, pues era la primera en intervenir en estas ocasiones. Se conocen pocos detalles del cerco a Tarifa —Mercedes Gaibrois es quien más datos ha aportado al respecto— pero podemos decir que la villa fue cercada a la redonda y que frente a ella situaron los castellanos 11 ingenios neurobalísticos (máquinas de guerra), mientras que el ejército granadino, aliado con los castellanos, taponaba cualquier incursión por la parte de Estepona, al tiempo que la flota al mando del almirante Zacarías impedía la ayuda desde el norte de África.

La situación fue de mal en peor para los defensores; no obstante, soportaron el asedio de los castellanos a lo largo de casi todo el verano, aunque fuentes genovesas nos informan de la pérdida del arrabal hacia el 20 agosto. Este arrabal debía de ser la Aljaranda, y en ella se entró por el portillo de Santiago, se-

gún la tradición tarifeña. Si hemos de creer la Crónica de 1344, esta entrada se hizo por el lado donde estaba asentado el infante don Juan, hermano de Sancho IV, cuya actuación en el cerco fue muy honrosa. Sin embargo, con el paso del tiempo este hombre terminaría siendo de nefasto recuerdo en la historia de Tarifa, y también en la de Castilla, por su ambición personal.

La lucha por la posesión de Tarifa continuó todavía un mes, y según las crónicas castellanas, el 21 de septiembre, festividad de San Mateo, se dio un decisivo combate que hizo capitular a los defensores. La entrada de los cristianos no se hizo hasta mediados de octubre, después de salir de Tarifa 8.864 personas, de las que más de tres mil pertenecían a la guarnición. Este dato nos da una idea de la entidad poblacional de Tarifa.

Tarifa quedó, pues, en manos de Castilla; pero una cosa era su conquista y otra mantenerse en ella siendo una avanzada de los cristianos frente a las posesiones musulmanas. Su defensa requería un apoyo naval permanente y la presencia de un elevado número de hombres y pertrechos que no todos podían aportar y mantener. En estos menesteres fronterizos quizá fueran las órdenes militares las que tenían más experiencia y posibilidades, así que la guardia de Tarifa quedó en manos de la Orden de Calatrava, comprometiéndose el rey de Castilla a mantener galeras en el Estrecho y a pagar una "retenencia" de dos millones de maravedíes anuales. Sin embargo, en julio de 1293 don Alfonso Pérez de Guzmán presentó a la Corona una oferta irrechazable al comprometerse a defender la villa por 600.000 maravedíes anuales. Sancho IV no lo dudaría mucho, y por tal razón Pérez de Guzmán sustituyó como "tenente" de Tarifa al comendador calatravo Rodrigo Ordóñez en octubre de 1293.

2. Alfonso Pérez de Guzmán y el cerco a Tarifa en 1294

Alfonso Pérez de Guzmán fue uno de los hombres que destacó en las acciones militares y repobladoras de aquellos tiempos. Su figura histórica aparece íntimamente relacionada con las fricciones fronterizas y su biografía merecería un capítulo aparte. Su bautizo guerrero parece que tuvo lugar en 1275, cuando se intentó frenar la primera incursión de los benimerines. Después, enemistado con sus familiares y con el rey de Castilla, pasó a Marruecos al servicio del sultán Abu Yusuf, llegando a ser el mediador entre éste y Alfonso X cuando el infante don Sancho se rebeló contra su padre por la cuestión dinástica. En compensación a tales servicios, el rey de Castilla le entregó en tenencia Alcalá de los Gazules en 1283. No obstante, volvió a Marruecos, y a la muerte de Abu Yusuf regresó a Castilla definitivamente, pasando al servicio de Sancho IV, a cuyo lado estuvo en la conquista de Tarifa.

Los hechos y posesiones personales de Pérez de Guzmán se conocen con más detalle a partir de su implicación en la defensa de Tarifa, aunque tenía importantes posesiones territoriales en las cercanías de Sevilla y Jerez. Probablemente también era el “teniente” de otras fortalezas fronterizas y gozaría de la confianza de Sancho IV para la defensa de Tarifa en julio de 1293. Puede que a Sancho IV no sólo le pareciera más económica la propuesta de Pérez de Guzmán, sino también más eficaz que la de la Orden de Calatrava ante la presión granadina, que pedía la entrega de Tarifa alegando que así se había acordado previamente a su colaboración para conquistarla, aunque los tratadistas coinciden en que no existió tal promesa. Los granadinos enviaron una embajada a Castilla a finales de 1292 para negociar el canje de Tarifa por seis fortaleza fronterizas, pero Sancho IV no quiso entregarla, por lo que se distanciaron de Castilla, acercándose a sus correligionarios marroquíes.

A comienzos de 1293 una delegación granadina se desplazó al Magreb, aunque regresó sin resultados prometedores, lo que indujo al monarca a desplazarse personalmente a Tánger, donde se reunió con Abu Yacub en noviembre, pactando ambos un reordenamiento de su zona de influencia. Así se acordó que los benimerines devolverían a los granadinos las plazas de Algeciras y Ronda a cambio de la posesión de Tarifa una vez reconquistada. Para entonces Pérez de Guzmán ya tenía aprovisionada la plaza, y Sancho IV había pedido ayuda naval a Jaime II. Pero esta ayuda se retrasó más de lo deseado porque las relaciones entre Castilla y Aragón habían dado un significativo paso atrás en las infructuosas vistas de Logroño. Se había roto aquí el espíritu de colaboración entre los dos reinos, y Jaime II, alegando que andaba corto de dinero, pidió en enero de 1294 que Castilla adelantara las cuantías necesarias para armar las galeras que necesitaba.

El inicio de la construcción de aquella flota requerida por Sancho IV para intervenir en el Estrecho se fue retrasando y no comenzó hasta que Fernán Pérez Maimón llegó a Barcelona, en febrero de 1294, con dinero suficiente como para construir 15 galeras. El rey de Aragón dispuso entonces que cuatro de ellas se armaran en Barcelona, una en Mallorca y 10 en Valencia. Como esta ciudad estaba más cerca de Castilla, Fernán Pérez se desplazó a ella, dándose la coincidencia de que por entonces vivía allí la hija de Sancho IV, considerada todavía reina de Aragón. En el séquito castellano que acompañada a la infanta Isabel, destacaba doña María Fernández Coronel, ama de la reina y familiar de la esposa de Alfonso Pérez de Guzmán, el "tenente" de Tarifa, quien hacía ya unos meses que se había trasladado a vivir a la plaza del Estrecho con casi toda su familia.

A finales del invierno de 1294 las pocas galeras de Castilla se mostraban ineficaces para evitar el paso de los norteafricanos hacia la Península cuando éstos luchaban por pasar, según escribe

el propio rey de Castilla a primeros de marzo. La situación se agravó por la presencia en Tánger del infante don Juan, hermano del rey castellano, que estaba por entonces enfrentado a Sancho IV y buscó refugio en Portugal temiendo las represalias del rey. Al no poder capturarlo, el monarca pidió a don Dionís de Portugal que lo expulsara de su reino, y así fue como el infante don Juan, que llevaba con él al hijo mayor de Pérez de Guzmán, salió de Lisboa con rumbo a Francia, siendo llevado por vientos contrarios hasta Tánger, donde se puso al servicio del sultán de Fez. Abu Yacub confió en don Juan el asedio de Tarifa, poniendo a su disposición nuevos efectivos, cruzando este último el Estrecho muy probablemente en mayo.



Estatua de Alonso Pérez de Guzmán en Tarifa.

Hasta finales de este mes no estuvieron listas en Barcelona las galeras que habían de salir hacia el Estrecho. Jaime II dio entonces orden de que todas las galeras se reunieran en Valencia para zarpar con rumbo a Tarifa. La salida de la flota se produciría a finales de junio o primeros de julio, y llegaría al Estrecho hacia mediados de este mes. Entre tanto, se produjo un importante apresamiento que daría pie a discrepancias entre aragoneses y castellanos, ya que Pérez Maimón consideraba que el botín apresado correspondía a los castellanos porque aque-

llas galeras venían pagadas por Castilla; mientras que los aragoneses no lo aceptaron así.

Cuando las quince galeras aragonesas llegaron a operar en las cercanías de Tarifa, junto a las diez castellanas que Juan Mathe había traído de Sevilla, se había dado entre sitiadores y sitiados el triste acontecimiento del que fue víctima el hijo de Alfonso Pérez de Guzmán que tenía como rehén el infante don Juan. Éste llegó a Tarifa exigiendo a Pérez de Guzmán que le entregara la plaza a cambio de la vida de su hijo, pero no contaba con una negativa, y como represalia ordenó dar muerte al niño ante los defensores de la ciudad. Cuando los atacantes vieron las dificultades que tenían en tierra y también la llegada de la flota aliada al Estrecho para cortarles los canales de abastecimiento, levantaron el sitio a finales de agosto y se retiraron a Algeciras y a Gibraltar.

3. El fallido proyecto de conquistar Algeciras

Además de Alonso Pérez de Guzmán, intervinieron en este asunto otros dos hombres que no le fueron a la zaga por el empeño y diligencia que pusieron en la cuestión de Tarifa: Juan Mathe de Luna y Fernán Pérez Maimón. Aunque éstos no sufrieran en lo personal las consecuencias de lo ocurrido en el Estrecho, sobresale su intervención y experiencia adquirida en cuestiones económicas y militares, siendo nombrados almirantes de Castilla por Sancho IV. Elaboraron y presentaron al rey un proyecto para conquistar Algeciras en la primavera de 1295, convencidos ambos de la posibilidad de su éxito si se mantenía la flota en el Estrecho aquel otoño de 1294.

Según el documento entregado a la reina doña María en Palenzuela (Palencia), el 17 de septiembre de 1294, Castilla dominaba entonces las aguas del Estrecho. Ambos consejeros reco-

mendaban al rey que emprendiera la conquista de Algeciras. La clave para tomarla estaba en mantener el bloqueo del Estrecho durante el otoño y el invierno para asestar el golpe definitivo por tierra en primavera. Era necesaria la presencia de al menos 30 galeras en la zona, solicitándose al rey de Aragón la continuidad de las 15 que todavía estaban en el Estrecho. Mientras tanto, había que construir galeras en Sevilla para sustituir a las aragonesas en caso de necesidad.

Era necesario procurar el bloqueo por mar sobre Algeciras, y hasta el comienzo del asedio por tierra había que seguir interviniendo en el Estrecho con las 15 galeras de Aragón y con las 10 de Castilla. Pensaban ellos que la falta de provisiones llevaría a la gente a abandonar Algeciras, quedando allí sólo la guarnición. En este sentido señalan a Sancho IV que si la fanega de cebada estaba allí a veinte maravedíes cuando se recolectaba la cosecha, el precio de los cereales podría dispararse si conseguían mantener el bloqueo hasta abril.

Los dos prohombres aconsejaron al rey preparar el ejército en la primavera para sitiar Algeciras a primeros de mayo, cuando el hambre hubiera hecho mella, y la resistencia habría de vencerse con las muchas máquinas de guerra que tenían hechas y con la gente que había de traer por tierra proporcionada por los ricoshombres y por los concejos. Y con Algeciras en su poder, decían estos consejeros al Rey, podría hacerse la cuenta de estar protegido de cualquier intento que hicieran los norteafricanos para pasar a la Península. Tal era la importancia de conseguir Algeciras después de contar con Tarifa. Ese dominio del Estrecho era fundamental para Juan Mathe y Fernán Pérez Maimón, que trataron de convencer a Sancho IV de mantenerse en esa empresa para darle buen fin. Su entusiasmo por la ejecución de la operación militar proyectada es tal que dicen al rey que con los dos puertos en su poder no necesitaría más galeras que las que quisiera para

atacar a los musulmanes, pues a partir de entonces quedaría libre del peligro de cualquier invasión procedente de Africa.

Hacerse con Algeciras era para ellos más importante que tener una flota permanente y operativa en la zona a lo largo del año para dominar los mares, dando por supuesto lo costoso que resultaba su mantenimiento. Y le dejan claro que aunque tenga el dominio de los mares la mayor parte del año, con cuatro días que los musulmanes llegaran a imponerse en el Estrecho le harían gastar una fortuna.

El importe del asedio de Algeciras a lo largo de seis meses, entre abril y septiembre, podía ascender a 1.440.000 maravedíes, a lo que habría que sumar los 250.000 maravedíes de las máquinas de guerra y el material para las cavas. El gasto de cada galera podía ascender a unos ocho mil maravedíes al mes. También se relaciona todo el material que había de enviarse a la flota, desde hombres entendidos en la mar hasta escudos y armas, sin olvidar unas 10.000 arrobas de bizcocho cada mes, es decir, unos 110.000 kilos de pan.

Aquel proyecto fue aprobado por las Cortes y Sancho IV pretendía continuar la guerra con los musulmanes; pero su salud fue decayendo hasta que finalmente murió en Toledo en abril de 1295, dejando a su heredero con sólo 10 años de edad. Por tanto, el proyecto de conquistar Algeciras hubo de posponerse hasta la mayoría de Fernando IV.

4. Castilla consolida su dominio sobre Tarifa

A la muerte de Sancho IV Castilla atravesó una de sus etapas más críticas. Los herederos de Fernando de la Cerda aprovecharon la minoría de edad de Fernando IV y la ilegalidad católica del matrimonio entre Sancho IV y María de Molina, por

ser primos hermanos. Sólo la firme voluntad de María de Molina hizo que el reino no se dividiera, aunque no pudo evitar que los monarcas vecinos, cristianos o musulmanes, sacaran provecho territorial. Pero las dificultades no vinieron sólo del exterior. Los grandes señores de Castilla vieron la oportunidad de acrecentar sus privilegios y señoríos a expensas del realengo por prestar su apoyo a la reina madre.

Entre 1295 y 1303 Alfonso Pérez de Guzmán tenía encomendada la defensa de Tarifa, así como otras fortalezas fronterizas. Castilla consolidó su presencia en el Estrecho durante estos años gracias a la lealtad y tenacidad de este hombre, apoyado por María de Molina, y contra la política del infante don Enrique, hermano de Alfonso X, que quería entregarla a los granadinos.

En la primavera de 1296 Castilla fue atacada en varios frentes por sus vecinos. Portugal intentó recuperar tierras perdidas en tiempos de Alfonso X; Aragón, con el pretexto de defender la causa de los desheredados infantes de la Cerda, invadió Castilla y trató de anexionarse el reino de Murcia; Granada, aliada con Aragón, quiso recuperar las últimas anexiones castellanas, y muy especialmente Tarifa. Pero Alfonso Pérez de Guzmán no se encastilló en Tarifa como en 1294, sino que colaboró con los otros señores de la Andalucía castellana en frenar los ataques granadinos. Entonces, el infante don Enrique, tutor del rey, se desplazó a Granada en junio para negociar el cese de la ofensiva granadina a cambio de entregarles Tarifa. Esto debió de llegar a oídos de Alfonso Pérez de Guzmán, que se oponía abiertamente a la entrega de Tarifa, por lo que recurrió al rey de Aragón para que le ayudara a mantener la plaza para Fernando IV.

Jaime II le respondió en septiembre desde Valencia que no podía romper su alianza con el granadino, pero que si éste se confederaba con don Fernando en contra de Aragón, le ayudaría contra Granada. No fue mucho lo conseguido, pero por fortuna



Vista del castillo de Tarifa
por el lado de poniente.

Tarifa no fue cercada a pesar de que la guerra continuó y el infante don Enrique mantuvo su postura de entregarla; todo a cambio de una tregua con Granada y de 200.000 mil doblas. Aunque las acometidas granadinas irían perdiendo fuerza, en la primavera de 1299 el infante don Enrique, adelantado de la Frontera, se dirigió hacia Andalucía con la pretensión de entregar Tarifa a los granadinos.

En 1301 Granada y Aragón ratificaron alianzas. Castilla y Granada alcanzarían un acuerdo de paz en el verano de 1303, volviéndose a la situación previa a la muerte de Sancho IV, con lo que lo peor había pasado para Tarifa. Pérez de Guzmán había recibido Sanlúcar en 1297, y dos años más tarde le fue donada la almadraba de Conil. En 1303 la Corona le entregó el despoblado de Chiclana en agradecimiento por el amparo que había proporcionado a la gente de la frontera y para que la repoblara. Sin duda, Pérez de Guzmán había apostado fuerte por aquella zona lindante con el mar y tuvo la grandeza de constituir y organizar en ella un señorío que, por estar en la misma frontera, quizá otros no hubieran sabido mantener.

IV. SEGUNDO CERCO DE ALGECIRAS Y LA CONQUISTA DE GIBRALTAR (1306-1310)

1. Cambios políticos en la zona del Estrecho

En 1306 se produjo un cambio en la situación de equilibrio político-militar entre los reinos que dominaban las riberas del Estrecho como consecuencia de la caída bajo el dominio granadino de Ceuta, que bajo el gobierno de los Banu al-Azafi había logrado liberarse del vasallaje de Fez. Al trono de Granada había llegado en 1302 el emir Muhammad III, quien no tardó en firmar treguas con Castilla y se avino a pagar las parias en reconocimiento a su vasallaje. Esta circunstancia lo alejó de su alianza con los benimerines, que atravesaban un difícil momento en el Magreb. Aprovechando estas dificultades y contando con la traición del caid ceutí, Ibn al-Mukhlis, la flota granadina al mando del arráez de Málaga se hizo con Ceuta el 12 de mayo de 1306.

Así, Granada se convertía en la potencia hegemónica en la zona porque también señoreaba Algeciras, con anterioridad a 1301, y Gibraltar. Para demostrar su poderío, los nazaríes intervinieron en el norte de Marruecos a la muerte del sultán Abu Yaqub (1307) apoyando a un príncipe disidente que se hizo con Tánger, Arcila y Larache, favorecido por una circunstancial descomposición política en Marruecos. Sin embargo, esta situación de inestabilidad terminó con la llegada del sultán Abu l-Rabí al

trono en 1308. Poco después, con el norte de Marruecos pacificado, el nuevo sultán pensaba en recuperar Ceuta, renovando la paz con el sultán de Tremecén y buscando el aislamiento político de Granada por parte de Castilla y Aragón.

Para Castilla, la actuación del rey de Granada resultaba amenazadora y peligrosa, mientras que para los intereses comerciales de Aragón era contraproducente que Granada dominase los puertos de Almería, Málaga, Gibraltar, Algeciras y Ceuta. Castilla y Aragón llevaban unos años de buenas relaciones una vez superadas las diferencias por la cuestión murciana. Para tratar sobre las bodas de sus hijos, estudiar la situación que se presentaba frente a Granada y solucionar algunos flecos del heredamiento del infante Alfonso de la Cerda, se reunieron Jaime I y Fernando IV en el monasterio de Santa María de Huerta (Soria) en 1308. El rey de Aragón estaba dispuesto a colaborar con Castilla frente a Granada porque también veía en esta intervención la posibilidad de expansionar su reino, y en compensación por la ayuda militar a Castilla pedía la cesión del derecho a conquistar la sexta parte del reino granadino.

El 19 de diciembre firmaron el Tratado de Alcalá de Henares por el que Fernando IV se comprometía a emprender la guerra contra Granada por tierra y mar. Aragón pondría en el Estrecho 10 galeras y cinco leños, junto a otras 10 galeras y tres leños que aportaría Castilla. Las operaciones se iniciarían el 24 de junio, debiendo los castellanos sitiar Algeciras por tierra, mientras los aragoneses harían lo propio con Almería, reino del que Castilla les había cedido sus derechos de conquista en compensación a la sexta parte del reino de Granada que ellos demandaban. Comenzaron los preparativos militares al tiempo que Jaime II negociaba con los benimerines su ayuda naval para recuperar Ceuta. Envío a sus embajadores a Fez con la propuesta de una sustanciosa canti-

dad por la utilización de las galeras y la entrega de todos los bienes muebles de la ciudad una vez conquistada.

Mientras tanto, en Granada se dio una revuelta política que vino a derrocar a Muhammad III y llevó al trono a su hermano Nasr, en marzo de 1309. No obstante, el proyecto castellano-aragonés siguió adelante y las dos flotas se reunieron en Ibiza a finales de abril. Aquella flota destinada a operar en el Estrecho fue puesta bajo el mando del vicealmirante Eymerych de Belvey, a quien se le ordenó llevar a bordo al vizconde de Castellnou, para dar continuidad a las negociaciones con Fez. La flota zarpó de Barcelona el 2 de mayo de 1309 y se dirigió hacia Valencia para retomar luego el camino hacia el Estrecho. Esta flota estaba compuesta de 16 embarcaciones entre galeras y leños, llevando instrucciones de bloquear el paso de efectivos norteafricanos hacia Granada al tiempo que debía impedir la ayuda granadina a Ceuta. Todo ello mientras se ultimaban los aspectos económicos de la colaboración con el sultán de Fez, a cuyo servicio parecía estar.

Aragón actuaba entonces de una manera ambigua, pero el sultán de los benimerines no le iba a la zaga porque no hacía más que retrasar el acuerdo, razón por la que el mismo vizconde de Castellnou se desplazó finalmente a Fez para negociar la colaboración naval en la toma de Ceuta. El sultán de Fez no estaba dispuesto a entregar más que los bienes muebles de Ceuta y algunas ventajas comerciales, pero no quería otro tipo de compromiso militar con Aragón, por lo que las galeras que operaban en el Estrecho deberían alejarse de la zona una vez entregada Ceuta a los benimerines.

La plaza estaba siendo cercada por tierra desde mayo, así que a los pocos días de regresar el vizconde de Castellnou de Fez, los granadinos que defendían la ciudad decidieron entregarse en julio de 1309 a sus correligionarios antes que sufrir las consecuencias de un asalto. Castellnou reclamó a continuación la parte

que había convenido con el sultán, mostrando los documentos pertinentes al jefe de las fuerza benimerines; pero éste se negó alegando que debía recibir instrucciones directas del sultán. Poco después, dado que Fernando IV había iniciado el cerco a Algeciras, la flota aragonesa tuvo que colaborar en el bloqueo marítimo a esta plaza, con lo que el doble juego quedó al descubierto.

Nada positivo sacó Jaime II de esta operación ya que en Fez se negaron a entregar lo prometido, y en septiembre, cuando ya Aragón colaboraba abiertamente con Castilla, sólo recibió las quejas del sultán por la actitud de Castellnou. Por entonces, al igual que hacían los cristianos, era ya manifiesto el cambio de rumbo político entre Granada y Marruecos; una hermana del emir granadino se casaba con el sultán de Marruecos llevando en dote Ronda y Algeciras.

2. El inicio del segundo cerco de Algeciras

Por el tratado de Alcalá de Henares, Fernando IV se había comprometido a emprender la guerra contra Granada, pero Castilla pasaba entonces por un mal momento económico y político. El rey envió embajadores a la Santa Sede para pedir el rango de cruzada a la empresa que pensaba acometer junto con Aragón, lo que supondría el respaldo de la Iglesia y también una importante ayuda económica. Convocó Cortes en Madrid para febrero, y en ellas manifestó su interés en iniciar la guerra contra Granada.

En las negociaciones con Aragón, muchos pensaron que se había entregado a este reino el derecho de conquistar Almería, de lo que culparon al almirante castellano, Diego García de Toledo. Entre los nobles que no querían el sitio de Algeciras estaban el infante don Juan y don Juan Manuel, tío y primo del rey. El primero se resistía a colaborar con Fernando IV porque éste había entre-

gado Ponferrada a su hermano Felipe; el segundo, adelantado del reino de Murcia, no estaba de acuerdo con Fernando IV porque prefería dirigir personalmente la campaña contra Granada.

El rey vino a Toledo cuando finalizaron las Cortes en Madrid y nombró a doña María de Molina gobernadora general de sus reinos mientras él estuviera en tierras de musulmanes. En la guerra contra Granada cabe destacar la concesión de la Santa Sede de una bula por la que se le autorizaba disponer durante tres años de la décima de todas las rentas eclesiásticas de sus reinos. Fernando IV esperaba reunir para la guerra entre 7.000 y 10.000 hombres de a caballo, a los que habrían de unirse los de a pie.

A fines de mayo emprendió el rey el camino hacia Córdoba, y ya estaba en esta ciudad el 14 de junio, donde recibía noticias de los preparativos de guerra en Aragón. Según la crónica, entre los nobles que se reunieron allí con el rey de Castilla estaban su hermano el infante don Pedro, su tío el infante don Juan, don Diego López de Haro y don Juan Manuel, este último con unos 250 caballeros acompañados de ballesteros y gente de a pie hasta un total de 2.000 hombres.

Para finales de junio ya debían haber llegado a Córdoba casi todos los señores —arzobispos, obispos y maestros de las órdenes militares, entre ellos— y los concejos situados al norte de esta ciudad, así que Fernando IV decidió desplazarse hasta Sevilla, donde se le unieron los caballeros provenientes de Portugal. En Sevilla se hizo acopio de viandas y material de guerra, enviando los pertrechos por mar hasta Algeciras. En esta operación debieron de intervenir los comerciantes genoveses establecidos en Sevilla, a los que el rey agradece su ayuda tanto en provisiones como en dinero.

El ejército llegaría a Algeciras a finales de julio, y según cuenta Alfonso Pérez de Guzmán, hubo un cierto desconcierto entre los sitiadores a la hora de iniciar el cerco de Algeciras, lo que

hubiera terminado en fracaso si no hubiesen llegado las galeras del reino de Aragón. Algeciras se componía ya de dos núcleos fortificados, dado que en 1285 se había terminado de construir y fortificar la Villa Nueva. Esto suponía extender el cerco con respecto al perímetro existente en 1278, y como no llegó la flota los musulmanes algecireños sólo atendieron a defenderse inicialmente de las acometidas cristianas por tierra.

También puede que en ese primer momento no se evaluara bien la potencia militar de Algeciras, pero lo que sí parece seguro es que el primer intento falló y luego se cercó definitivamente cuando se presentó allí la flota. Pérez de Guzmán continúa diciendo que cuando el rey supo que las galeras estaban allí “movió para allá et cercóla”. Con ese significativa sentencia, parece como si Fernando IV hubiera acampado a cierta distancia de Algeciras con el grueso de su ejército y hubiera enviado parte del mismo a probar la resistencia de Algeciras, mientras esperaba en algún lugar —que bien podría ser Getares— la llegada de la flota que ya estaba al mando del vizconde de Castellnou.

3. Conquista de Gibraltar y muerte de Guzmán “el Bueno”

Una vez establecido el cerco sobre las dos villas que conformaban Algeciras, los sitiadores comenzaron a preocuparse por los ataques provenientes de la retaguardia, e incluso pasar a la ofensiva, como fue el caso de Gibraltar. La crónica de Fernando IV dice que una vez cercada Algeciras, el rey envió a don Juan Núñez, a don Alfonso Pérez de Guzmán y al arzobispo y concejo de Sevilla a Gibraltar, la cercaron a la redonda y con dos máquinas de guerra lucharon de tal manera que los gibraltareños tuvieron que pedir un aplazamiento en el combate.

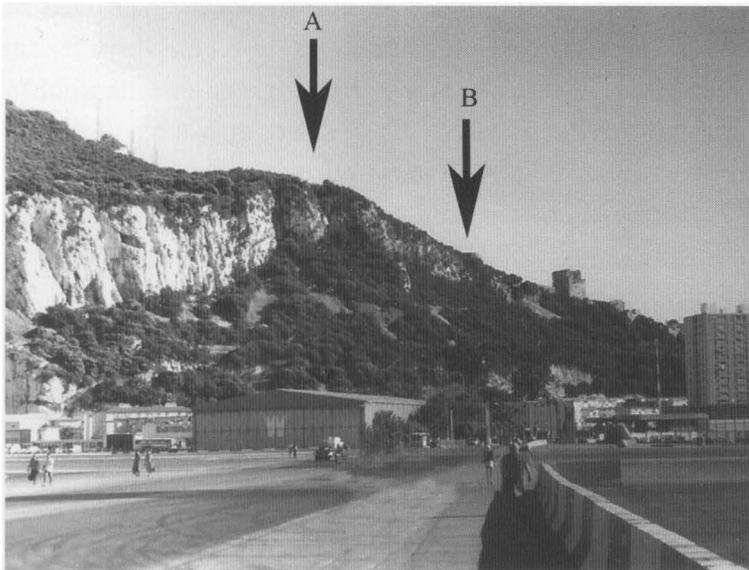
En realidad, a los pocos días de tener sitiada Algeciras se presentaron al rey de Castilla don Alfonso Pérez de Guzmán y Guisbert de Castellnou para solicitarle que los dejara acercarse a Gibraltar con objeto de evaluar las posibilidades de hacerse con ella. Desde el mar y a primera vista, la plaza les pareció un lugar fuerte que presentaba ciertas dificultades para su conquista. Tenía una muralla que corría a lo largo de un escarpe rocoso por su cara norteña y por la que mira a poniente, y con sus puertas de entrada en difícil acceso sobre esos escarpes. Sin embargo, por el lado que mira al este, hacia las alturas de Gibraltar, la cerca que defendía la Alcazaba y la Villa Vieja no presentaba tantas dificultades. Por tanto, atacar por el istmo era difícil, pero no lo sería tanto si conseguían desembarcar en las playas que miraban a la bahía, al sur de la villa, y ponían algunas máquinas de guerra en la parte alta que dominaba la alcazaba.

Los encargados de ejecutarlo fueron Pérez de Guzmán y el vizconde de Castellnou, además del arzobispo y concejo de Sevilla y don Juan Núñez de Lara, uno de los más leales servidores del rey. El ataque debió ser coordinado y simultáneo en el contorno de la plaza; pero el golpe de mayor eficacia le debió llegar proveniente de la gente que transportaban las galeras y que se situaron en las alturas que dominaban la alcazaba. Desde allí, esta gente pudo subir las máquinas de guerra por la pared que daba al istmo, causando destrozos en la cerca hasta el punto que los de Gibraltar pidieron un aplazamiento.

Gibraltar no debió resistir más de una semana el ataque a que fue sometida. El 12 de septiembre el rey de Castilla se presentó para recibir la entrega de la plaza. De ella salieron 1.125 personas, que fueron puestas en África con los bienes personales que pudieron llevarse. Consciente de que había que asegurar la plaza, el rey mandó reparar los muros dañados, y también mandaría

entonces la construcción de una torre encima de la parte alta de la villa, tratando de remediar la debilidad defensiva de aquella zona.

Pero además de esta conquista, las operaciones militares continuaron en el entorno sin desentenderse del cerco de Algeciras. Una semana después de la caída de Gibraltar se producía la muerte de Alfonso Pérez de Guzmán en las cercanías de Gaucín. Parece que pretendía entrar en una algará por tierra de moros, más que asaltar la fortaleza de este lugar. El caso es que Alfonso Pérez de Guzmán, Fernán Pérez Ponce y el arzobispo de Sevilla se adentraron por el valle del Guadiaro y estando en las inmediaciones de Gaucín se encontraron con fuerzas del arráez de Málaga; los cristianos fueron derrotados por éste muriendo en el combate Alfonso Pérez de Guzmán.



Gibraltar desde el istmo. "A" señala el lugar por donde se subieron las máquinas de guerra; "B", su lugar de emplazamiento.

4. El fracaso del segundo cerco a Algeciras

El proyecto de Fernando IV para conquistar Algeciras salió adelante gracias al impulso que la Corona de Aragón le contagió inicialmente, pues el monarca castellano no contaba con medios económicos suficientes para afrontar una operación militar de tal envergadura. Pero al hacerse públicas las condiciones en que Aragón contribuiría a la campaña, a muchos de los nobles castellanos no pareció agradales la idea, formándose dos tendencias: los más próximos al rey, capitaneados por Diego López de Haro y Juan Núñez de Lara; y otro grupo opositor, a cuyo frente estaba el infante don Juan y don Juan Manuel. Con estas tensiones entre los grandes y la falta de medios económicos por parte de la Corona se inició el cerco de Algeciras.

Mal visto en su reino, el almirante de Castilla estaba acompañando a Jaime II frente a Almería, así que Fernando IV carecía por entonces de almirante para su flota. El rey castellano nombraría para el cargo a Guisbert de Castellnou, que había llevado todas las negociaciones de Jaime II con el sultán de Marruecos y luego había colaborado eficazmente en la toma de Gibraltar, lo que debió de influir en su nombramiento. En el cerco de Algeciras se encontraron con una situación inesperada: el infante don Juan y don Juan Manuel querían abandonar al rey de Castilla. Al parecer, el infante don Juan no podía sufrir más las afrentas y desaires del rey, aparte de temer por su vida; y don Juan Manuel se quejaba de que el rey le debía una gran cantidad de dinero. A mediados de octubre ambos abandonaron el cerco de Algeciras, protagonizando uno de los actos más indignos de la historia de Castilla.

Fernando IV decidió seguir frente a Algeciras porque la información que tenía era que en la villa quedaban pocas provisiones y esperaba su pronta rendición. Pero también para el rey la situación económica era lamentable, pues en el mismo cerco tuvo

que vender posesiones de realengo, y la reina Constanza llegó incluso a empeñar sus joyas personales para pagar al vicealmirante de Aragón los gastos de la flota durante un mes.

En cuanto a los efectivos castellanos la crónica dice que quedaron reducidos a unos 600 caballeros, al retirarse los 500 que se fueron con el infante y don Juan Manuel. Aunque la tropa aumentaría con la llegada del infante don Felipe, hermano de Fernando IV, y la del arzobispo de Santiago de Compostela, con unos 400 hombres de a caballo y bastantes más de a pie. Pero ni siquiera así se pudo tomar Algeciras, pues comenzó por entonces un temporal de lluvias que dificultó los movimientos de los sitiadores y la cerca se estabilizó. En diciembre enfermó gravemente Diego López de Haro, lo que resultó otro serio contratiempo.

Fernando IV se vio obligado a llegar a un acuerdo de paz con Granada y a levantar el sitio, recuperando a cambio las villas de Quesada y Bedmar así como otros castillos que había perdido durante su reinado. También obtuvo una indemnización de 50.000 doblas y el vasallaje de Granada, que se comprometió a pagar 15.000 doblas anuales en concepto de parias.

El 25 de enero se había levantado el sitio de Algeciras, por aquellos días el rey de Castilla entregará Tarifa a su nuevo almirante. Por carta fechada en Sevilla en marzo de aquel año, Fernando IV informaba al rey de Aragón de la indefensión en que quedaba Tarifa a causa de la sospechosa actuación de un vasallo del rey aragonés llamado Gonzalo Zapata. Éste había sido designado por el almirante Castellnou para transportar a Tarifa cuatro máquinas de las que Castilla había tenido en el cerco de Algeciras. Con tal fin le había dejado cuatro galeras a su disposición, pero Zapata dejó los ingenios en Algeciras, por lo que Fernando IV sospechó que había cobrado algún dinero de los musulmanes. En Tarifa no que-

daban ingenios, y los cuatro dejados en Algeciras podían sumarlos los musulmanes a los otros 14 que ya tenían allí.

El 31 de enero ya estaba Fernando IV en Jerez, desde donde concedería a Gibraltar un fuero muy beneficioso que contribuyera a su repoblación. La conquista de esta plaza fue lo único positivo que Castilla sacó de toda aquella situación, provocada por las ambiciones del granadino Muhammad III, que había perdido Ceuta en beneficio de Marruecos, al tiempo que Aragón se retiraba de Almería sin conseguir tomarla.

V. LA PÉRDIDA DE GIBRALTAR Y EL INTENTO DE RECUPERARLO (1310-1333)

1. Una aproximación al Gibraltar castellano

Fernando IV trató de potenciar la defensa de Gibraltar desde que la tuvo en sus manos; para ello mandó reparar los portillos que los ingenios neurobalísticos habían abierto en los muros y levantar una torre en la cota más alta de las murallas que cerraban la villa. Esto indica que en Gibraltar no existía con antelación una torre con entidad suficiente para proteger aquel lado. Y cuando el monarca castellano levantó el cerco a Algeciras como consecuencia de la paz acordada con Granada, mandó trasladar a Gibraltar todas las máquinas utilizadas en el cerco de aquélla. Asimismo, el rey dispuso la permanencia allí de una guarnición, pero también quería repoblarlo con cristianos, para lo cual, en enero de 1310, le otorgó un fuero con ciertos privilegios para los nuevos pobladores y para el concejo.

Los términos del nuevo concejo eran los que había tenido en tiempos de moros, que coincidirían con los que hoy incluyen San Roque, La Línea y el mismo Gibraltar, delimitados por los ríos Guadiaro al este y Guadarranque a poniente. El rey concedía al concejo el tercio de las salinas, una dehesa para su ganado, la dispensa del pago de los diezmos eclesiásticos, del portazgo, de la alcabala, del montazgo, del servicio de castillería y de otros. El rey

pretendía poblarla hasta con 300 vecinos, unos 1.500 habitantes, además del personal de la guarnición y de los forasteros. Se admitiría por vecino a cualquiera, sin importar su pasado, ya fuesen malhechores o mujeres casadas que quisieran huir de sus maridos. Se ampararía a los que tuvieran problemas con la justicia si vivían en la villa un año y un día, aunque se exceptuaban de tal privilegio los que hubieran traicionado a su señor.

Los vecinos que quisieran participar en las guardias nocturnas cobrarían 10 maravedíes, y si alguno tenía ballesta o desempeñaba algún cargo militar cobraría por ello: los peones, 35 maravedíes, los ballesteros, hasta 45, y los almocadenes 50. Además, si los vecinos lograban algún apresamiento, ya fuese por mar o por tierra, podrían quedarse con gran parte del importe de la presa.

Por entonces ejercería como “tenente” de Gibraltar Alfonso Fernández de Mendoza, que podía pertenecer a la familia de ese linaje asentada en Sevilla, pero no sabemos cuándo recibió el cargo ni el tiempo que lo mantuvo. El primer alcaide fue Lope Ordóñez, el primer alguacil mayor, Miguel Martín, y los dos jurados del concejo, Gonzalo Pérez y Juan Pérez de Jaén.

En el privilegio se contempla la concesión de diez mil maravedíes sobre la explotación de las almadrabas, cantidad que el concejo podía utilizar para pagar mensajeros o para cualquier otro destino. Las embarcaciones que arribaran a Gibraltar, descargaran o no sus mercancías, debían pagar derechos de anclaje al concejo en igual cuantía que se pagaba en el puerto de Sevilla, exceptuando de tal gravamen a las galeras y leños que navegasen en defensa de los cristianos o se enfrentasen con los musulmanes.

Para cuestiones legales complejas, Fernando IV concedía a Gibraltar el fuero de Toledo, al igual que lo tenía Sevilla y otras ciudades y villas importantes de Andalucía. El rey quería potenciar y mantener la plaza, por lo que ordenaba construir unas

atarazanas en el espacio existente entre la villa y el mar para que las galeras tuvieran cierta protección mientras estaban atracadas. Las atarazanas debieron de quedar protegidas por unas murallas que rodearían el contorno de estas últimas, con una salida por el lado más próximo al mar. Diversas fuentes y la misma arqueología han puesto al descubierto la ubicación de dichas atarazanas en la actual Casemates Square, por lo que las murallas protectoras se extenderían desde los escarpes rocosos de la Villa Vieja hasta el mar, terminando por la parte de poniente con otra muralla con su correspondiente puerta. Así pues, esas murallas vinieron a configurar la zona que en tiempos de Hernández del Portillo se conocía en Gibraltar como La Barcina. Este espacio comunicaba en tiempos medievales con el mar a través de un canal cuyo paso a través de las murallas dio lugar a una puerta que en el siglo XVI se llamaba "del Mar", por donde el jurado gibraltareño decía haber visto entrar agua sin ningún impedimento antes de la construcción del muelle y a pesar de estar defendida por un antemuro.

Hasta aquí parece coincidir lo que relatan las crónicas castellanas y lo que muestra la arqueología. Pero todavía no se ha evidenciado la presencia de fosos junto a estos muros que defendían las atarazanas por el istmo y por el lado de lo que luego fue La Turba; es decir, por los lados que miraban al norte y al mediodía de dichas atarazanas. Creemos que entre el mar y el escarpe rocoso de la Villa Vieja debió de cavarse un foso para impedir la instalación de escalas y el acercamiento de fuerzas atacantes. Ese foso circundaría también los arenales colorados hasta llegar a los acantilados más meridionales de Gibraltar, tratando de hacer más difícil la subida al monte desde la playa.

2. Castilla pierde Gibraltar

En esta primera etapa de la posesión castellana de Gibraltar el forcejeo entre cristianos y musulmanes por dominar el Peñón no cesaría. Ibn Marzuq, en *El Musnad*, viene a decir que crecieron las preocupaciones para los musulmanes cuando los cristianos lo ocuparon porque éstos estaban al corriente de todo cuanto ocurría en el Estrecho: “Nada podía emprenderse, ni embarcación alguna podía acercársele sin que se apercibieran de ello; y si veían que un barco iba solo lo atacaban”.

El entorno del Estrecho quedó bajo control del sultán de Fez al recibir Algeciras de los granadinos y hacerse con el gobierno de Ceuta, aunque ésta se devolviera a la familia de los Banu al-Azafi. Castilla había firmado una tregua con Granada pero no había alcanzado ningún tratado con Marruecos, y el sultán Abu Said Utman ordenaría un rearme naval hacia 1312 utilizando el puerto de Salé, según el historiador Ibn Abi Zar. En septiembre de ese año moría en Jaén Fernando IV. Su heredero, de un año de edad, Alfonso XI, quedó en manos de tutores que llevaron a Castilla a discordias y desgobierno. Se impuso la beligerancia contra el Islam, y en 1313 el infante don Pedro intervino en la política granadina apoderándose de Rute bajo pretexto de ayudar a Nars, depuesto emir que había sido vasallo de Castilla. Así que la guerra contra Granada se reavivó en tiempos de Ismail I, y según Ibn al-Jatib, en mayo de 1316 el infante don Pedro entró en la Vega de Granada e infligió una severa derrota a los granadinos. Después se retiró a Córdoba, y allí estaba todavía cuando le llegaron noticias de que los granadinos y norteafricanos se habían aliado y trataban de poner cerco a Gibraltar.

Dice Ibn Abi Zar que la operación militar la dirigía el gobernador de Ceuta, el caíd Yahya —quizá el Abu Zakariya Yahya de otras fuentes musulmanas—, quien además de sitiar Gibraltar

derrotó a la flota castellana en el Estrecho en el mismo año. Este Yahya, miembro de los Banu al-Azafi, después de derrotar a la flota castellana dirigió el asalto a Gibraltar, llegando a ocupar sus arrabales durante unos días para retirarse posteriormente. Las razones para no haber podido hacerse con la villa fueron varias. Las defensas de Gibraltar habían mejorado bastante; además, los atacantes tuvieron conocimiento de que la flota castellana se acercaba al Estrecho, y que el infante don Pedro se había puesto en marcha desde Córdoba para ayudar a los sitiados. De todas formas, este cerco de 1316 debió de durar más que el de 1309.

La derrota de la flota castellana por la ceutí posiblemente fuese de poco calado, pero algo grave le ocurría a la flota del Estrecho para que estuviera en su base de Sevilla y se hiciera necesaria allí la presencia del infante don Pedro para reunir fondos antes de rearmarla.

Después de este intento de los musulmanes por recuperar Gibraltar, habría una etapa de relativa tranquilidad en la zona y lo único reseñable fue que el sultán de Fez apartó del gobierno de Ceuta a los Banu al-Azafi en 1327. Alfonso XI de Castilla había sido declarado mayor de edad, y comenzó a presionar sobre el reino de Granada. Ese año se hizo con Olvera, Pruna, Ayamonte y la Torre del Alháuquime; y en 1330, con Teba, Cañete la Real, Las Cuevas y Ortejicar. Esta ofensiva castellana ponía en apuros al joven rey de Granada, Mohammad IV, incapaz de detener a los castellanos. Por ello, en septiembre de 1332 no dudó en pedir ayuda al sultán de Marruecos, Abu l-Hasan a quien no le faltaban deseos de intervenir en la Península con la intención de extender aquí sus dominios.

Teniendo bajo su control directo los dos mejores puertos del Estrecho, Ceuta y Algeciras, el sultán de Fez atendió la petición del rey granadino y un ejército de entre cuatro y siete mil hombres fue puesto en la orilla norte del Estrecho al mando

de su hijo Abu Malik. A finales de febrero de 1333 ya le llegaron noticias al rey de Castilla de que los benimerines habían puesto sitio a Gibraltar. Alfonso XI se encontraba entonces en Valladolid y ante la imposibilidad de acudir en persona ordenó al almirante Jofre Tenorio que socorriera a los sitiados mientras el maestre de la Orden de Santiago, que entonces ejercía también como adelantado de la Frontera, procuraba ayudarles por tierra.

Las galeras del almirante Jofre Tenorio llegaron al Estrecho, pero no las fuerzas de tierra ya que los musulmanes atacaron desde Granada por la frontera de Córdoba. El maestre de Santiago tuvo que acudir a esta ciudad y olvidarse de Gibraltar. La situación aquí se hizo entonces muy crítica, tanto que llegó a extenderse la voz por Andalucía de que Abu Malik tenía emplazado a Gibraltar y que su alcalde, Vasco Pérez de Meira, lo entregaría el 19 de marzo. Una carta del concejo de Sevilla a Alfonso XI le transmitía el malestar de la ciudad y le pedía que acudiera personalmente al Sur. El rey no se movió de Castilla, pero pidió ayuda naval a Aragón y Portugal. La situación se fue complicando ya que desde 1332 Granada tenía una alianza con Génova, rival de Aragón y Mallorca en el Mediterráneo, además de un pacto con los benimerines a espaldas de Castilla. Con ese respaldo, Granada atacó algunas poblaciones costeras en Valencia. Sabemos de la presencia de galeras de Aragón y Portugal junto a las castellanas en el Estrecho en mayo de 1333.

Por estas fechas se preparaba en Valencia una flota de diez galeras al mando de Francesh Carroz, cuya misión fundamental era traer trigo de Cerdeña y Sicilia hasta Valencia, pero antes deberían llegar al Estrecho y luchar contra la flota musulmano-genovesa. El 23 de mayo salía del puerto de Valencia la flota para hacer la vía del Estrecho y permanecer en aguas de Gibraltar no más de ocho días para intervenir en el levantamiento del cerco musulmán. No obstante, esta flota nunca llegó a aguas del Estrecho pues debió abandonar el itinerario fijado y dirigirse hacia

Cerdeña, donde ocho galeras genovesas estaban interfiriendo el paso de otras naves cargadas de trigo para los reinos de Aragón y Mallorca.

A finales de mayo el rey de Castilla tenía decidido personarse en Gibraltar y para dar confianza a su ejército pidió la cruz de las batallas del Cid que se guardaba en el monasterio de San Pedro de Cerdeña. Estuvo en Sevilla entre el 8 y el 16 de junio, y luego se encaminó hacia Jerez. El almirante de Castilla, viendo cómo en el Peñón no se combatía, había enviado una galera para enterarse por un moro de que Vasco Pérez estaba con el infante Abu Malik en su tienda, después de haberle entregado el castillo de Gibraltar. Al conocer aquellas noticias, Alfonso XI decidió continuar adelante, a pesar de las circunstancias adversas, con la intención de llegar a Gibraltar antes de que los musulmanes pudieran aprovisionar el castillo por tierra. Entonces llegó otro emisario al campamento del Guadalete para decir al rey que los moros estaban ya en el castillo, habiendo colocado sus pendones en lo alto de las torres y, lo que era peor, que abastecían el castillo por tierra desde Algeciras. Así fue como Castilla perdió Gibraltar en 1333 el día 21 de junio. Tras cuatro meses de sitio, los cristianos salieron con sus enseres personales para regresar a tierras de Castilla, excepto Vasco Pérez de Meira, que fue llevado a Marruecos.

3. El fallido intento de recuperar Gibraltar

Mientras, el rey de Castilla estaba decidido a continuar hacia Gibraltar, viniendo a asentar su campamento junto a la margen derecha del río Guadarranque el día 26 de junio. A la mañana siguiente comenzaron las complicaciones para vadear el Guadarranque porque hicieron acto de presencia los musulmanes algeci-

reños, aunque en principio fueron simples refriegas. Sin embargo, cuando la vanguardia castellana ya llegaba a las proximidades de Gibraltar y la retaguardia dejaba atrás las últimas estribaciones de Sierra Carbonera, entre Campamento y La Línea, los musulmanes aprovecharon la ventaja de la ligera pendiente del terreno y atacaron más decididamente. Este ataque fue pronto repelido y con una hábil maniobra los castellanos envolvieron a los musulmanes obligando a éstos a retirarse hacia Algeciras, persiguiéndolos hasta el río Palmones.

Al día siguiente comenzaron las maniobras de aproximación y cerco a Gibraltar, intentando sitiario a la redonda, con la ayuda de la flota, trasportando efectivos desde el istmo a las playas que miraban a la Bahía. Las crónicas castellanas nos hablan de la existencia de una isla, en el costado meridional de la villa, con la mayor importancia estratégica. El primer desembarco en esta isla lo hicieron sin apoyo de ballesteros ni caballería, y acabó en un rotundo fracaso. Aquel día no pudieron ayudar a los que habían subido a las alturas de Gibraltar, unos 1.500 hombres, que quedaron abandonados a su suerte. La penuria de alimentos debido a que no llegaban las naves, hizo que decidieran levantar el campamento y emprender el camino de vuelta, pero estando a una legua de Gibraltar, a la altura de Torre Cartagena, aparecieron las primeras naves castellanas cargadas de provisiones.

De inmediato dieron la vuelta y acamparon frente a Gibraltar, donde antes lo habían hecho. Los castellanos fueron ganando posiciones, y una vez hechos con el dominio de la isla asentaron su real en la base del monte, en la "tierra bermeja", adonde bajaron a refugiarse los que días antes habían sido abandonados. Los castellanos trajeron seis máquinas, tres de las cuales fueron subidas por la pared norte del Peñón y situadas en una cota que dominaba la villa, para combatir la torre del homenaje y las atarazanas.

Gibraltar estaba cercada a la redonda a mediados de julio, sufriendo los ataques más intensos la torre del homenaje. Entonces se presentaron dos inconvenientes: un prologado e intenso viento de Levante; y luego que el rey de Granada y Abu Malik llegaron por la retaguardia de los sitiadores con un importante ejército. El rey de Granada, llamado por el infante Abu Malik al comprobar que no podía detener a los castellanos, venía de Córdoba, a la que había atacado aprovechando la concentración de efectivos castellanos frente a Gibraltar. Así, en los primeros días de agosto, el ejército acampado en el istmo pasó de sitiador a sitiado, quedando en clara desventaja frente a los musulmanes. Entonces, el rey de Castilla mandó hacer una cava que cruzó el istmo de costa a costa, y se mantuvo a la defensiva esperando un ataque de los musulmanes, que no se atrevieron a asaltar aquellas defensas. El ejército castellano no se aventuró a un encuentro armado estando en desventaja numérica, prefiriendo quedarse detrás de aquella cava y preocupado por el peligro que tenía en Sierra Carbonera cejó en sus ataques a Gibraltar, teniendo el mar como única vía de comunicación con el exterior.

Aquella situación se prolongó durante varias semanas. Entonces un granadino desafió personalmente a Alfonso Fernández Coronel. Esta excusa sirvió al rey de Castilla y al de Granada para iniciar conversaciones con el fin de obtener un acuerdo que conviniera a todas las partes. Alfonso XI no tenía buenas noticias de lo que ocurría en Castilla. Don Juan Manuel y don Juan Núñez se apoderaban de villas de realengo pensando que el rey no saldría vivo de aquella aventura. Además, el infante don Fernando, su hijo primero y heredero, había muerto en Toro. Por todo esto, convenía llegar a un acuerdo con los musulmanes, y consistió éste en una vuelta al pacto firmado entre Castilla y Granada después de la conquista castellana de Teba, por lo que el rey granadino se declaraba vasallo del castellano pagándole las parias corres-



Sobre un dibujo del siglo XVII señalamos las diferentes partes de la villa y la ubicación de la isla que señalan las crónicas.

pondientes. La tregua duraría cuatro años y se hacía extensiva al infante Abu Malik, llamado por entonces rey de Algeciras, que retendría Gibraltar en su poder.

Finalmente, hacia el día 24 de agosto, todos abandonaron sus campamentos. Abu Malik se fue para Algeciras y Muhhamad IV acampó en el Guadiaro. Alfonso XI levantó el real, mandó llevar los ingenios a Tarifa y emprendió el camino de vuelta hacia Alcalá de los Gazules, haciendo noche en un lugar que su crónica llama “Puerto llano”. Allí estaba cuando le llegaron noticias que el rey de Granada había sido asesinado por arráeces de su ejército que no veían con buenos ojos la paz con Castilla.

No obstante, esta tregua fue respetada por todas las partes implicadas. Abu Malik, dejando el gobierno de Gibraltar en manos de Yahya ibn Talha, uno de los visires de su padre, volvió a Marruecos llevando como trofeo la campana que los cristianos tenían en Gibraltar, siendo transformada luego en una lámpara para un oratorio situado frente a la mezquita *Qarawiyyin* de Fez.

VI. RESPUESTA CASTELLANA A LA ÚLTIMA OFENSIVA NORTEAFRICANA (1334-1340)

1. Desde la pérdida de Gibraltar a la muerte de Abu Malik

El tratado de agosto de 1333 entre Castilla, Granada y Marruecos fue ratificado en marzo del año siguiente con algunas modificaciones: Castilla renunció a cobrar las parias de Granada, ninguna de las partes reconstruiría las fortalezas destruidas, y los benimerines no reforzarían sus guarniciones en la Península. A estos acuerdos se adhirió el reino de Aragón en junio de 1335, después de llegar por separado a un pacto con Granada.

Abu l-Hasan aprovechó para extender sus dominios por el Magreb a costa del vecino reino de Tremecén, cuya capital cayó bajo las armas meriníes en abril de 1337. Entonces, el sultán de Fez planeó intervenir en la Península, tanteando primero la respuesta naval de Aragón al atacar algunos lugares costeros del reino de Valencia durante el otoño de ese año. En la primavera siguiente expiraba el acuerdo entre Castilla y Marruecos; Abu l-Hasan no parecía querer su renovación. Con la excusa de la embajada que había de negociar en Castilla, el sultán ordenó a su hijo Abu Malik que cruzara el Estrecho con un contingente tan numeroso que llamó la atención de los castellanos. Temiendo éstos que semejante operación se repitiera y los africanos pasaran con el propósito de reforzar sus guarniciones de la Península, ordenó Alfonso XI al almirante Alonso Jofre Tenorio que saliera con la flota a vigilar los puertos del Estrecho en poder de los benimerines, aunque esta la-

bor de vigilancia no la realizaría con efectividad la flota castellana hasta finales de abril de 1338.

Para esa fecha, Aragón tenía un nuevo rey en la persona de Pedro IV el Ceremonioso, surgiendo entonces serias desavenencias con Castilla a causa de las posturas encontradas con la esposa de su padre, la infanta Leonor de Castilla, hermana de Alfonso XI. Estas tensiones políticas no eran las más idóneas para llegar a un acuerdo entre ambos reinos y hacer frente común a las ambiciones territoriales de Abu l-Hasan. Parece que Pedro IV envió a Castilla a Pedro Ruiz de Azagra con la intención de buscar una aproximación entre los dos reinos, y en mayo de 1339 se llegó al tratado de Madrid. Los dos reinos se implicarían en la vigilancia conjunta de las aguas del Estrecho, comprometiéndose ambos a enviar galeras para tal misión, pero de manera que la aportación castellana duplicara a la de Aragón.

Así, serían 20 las galeras castellanas y 10 las aragonesas en los meses de mayor actividad naval, de mayo a septiembre, y la mitad en los restantes meses del año. A partir de junio la situación se fue complicando para Abu Malik, que debió enviar una algará por la zona de Medina Sidonia con el propósito de apoderarse de ganado. Al término de esta operación militar se enteraba Abu Malik de que el rey de Castilla no estaba en Sevilla y se aprestó para dirigir en persona una incursión por tierras jerezanas y del Bajo Guadalquivir. Un ejército formado por unos 6.000 hombres abandonó Algeciras a finales de septiembre y fue a sitiar la ciudad de Jerez. Parte de estas fuerzas quedaron en el cerco, mientras otras alcanzaron Lebrija y llegaron a las proximidades de Sevilla, ya que saquearon un lugar llamado "Bodegón de Pascual el Rubio", cerca de Dos Hermanas.

Los sevillanos, al tiempo que se concentraban en Utrera para contraatacar, enviaron aviso al maestre de la Orden de Alcántara que estaba en Écija ejerciendo las funciones de adelantado

mayor de la Frontera, quien a marchas forzadas dirigió sus fuerzas hacia Arcos, donde previamente habían acordado reunirse los que venían de Utrera. Al día siguiente este ejército castellano cortó el paso al contingente musulmán que venía con el ganado robado en las proximidades de Sevilla, derrotándolo sin muchas dificultades puesto que el grueso del ejército benimerín estaba con Abu Malik. Éste había levantado ya el cerco sobre Jerez y con todo el ganado apresado en aquella comarca se dirigía hacia Algeciras. El infante se dirigía a la “Vega de Pagana” avanzando lentamente a causa del ganado y de las intensas lluvias. Entonces los castellanos salieron de Arcos cruzando el río Álamo y situaron el campamento donde hoy está el santuario de Nuestra Señora de los Santos. Allí dejaron todo lo que pudiera estorbar para la lucha y se dirigieron al encuentro de los musulmanes.

El ataque sorpresa estuvo a punto de fracasar debido a que las voces de la gente de a pie, mientras tomaban posiciones, pusieron en alerta a los musulmanes antes de ser atacados. Pero los castellanos entraron en el campamento y Abu Malik terminó huyendo hacia los montes más cercanos después de recibir alguna herida en la refriega inicial. Luego, un grupo de sus perseguidores lo dejaron casi moribundo en la orilla de un arroyo en las proximidades de un monte cuyo nombre recuerda este hecho. El topónimo “Mata del tuerto”, en el término de Alcalá, hace referencia a un defecto físico de Abu Malik, quien finalmente fue llevado a Algeciras para darle sepultura.

2. La ofensiva meriní de 1340

Este encuentro entre castellanos y benimerines a finales de octubre de 1339, con la muerte de Abu Malik, abrió una etapa crucial en ambas orillas del Estrecho. Abu l-Hassan decidió

intervenir en la Península, intensificando los preparativos bélicos y pidiendo ayuda naval a sus aliados. Su intención era reunir una flota que superara a la que castellanos y aragoneses tenían por entonces en el Estrecho con objeto de vencer la oposición de éstos y transportar efectivos militares desde el norte de África. Su proyecto se vio favorecido por la muerte del almirante Gilabert de Cruilles, en septiembre de 1339 en Algeciras, con lo que seis de las diez galeras aragonesas abandonaron el Estrecho.

A principios de 1340 los benimerines consiguieron que algunos de sus efectivos cruzaran el Estrecho y realizaran otra expedición de castigo sobre la comarca en la que previamente había actuado Abu Malik, aunque terminó derrotada por los hombres de los concejos de Jerez y Arcos junto a otras fuerzas fronterizas. El sultán de Fez estaba ya en Ceuta, y a mediados de marzo inició el paso del Estrecho con una poderosa flota al mando del gobernador ceutí, Mohammed Ibn Ali l-Azefi, que se dirigió hacia el interior del Mediterráneo. Alonso Jofre Tenorio sólo tenía 28 galeras y poco podía hacer ante una flota que le cuadruplicaba en número, así que dejó seguir su rumbo a los musulmanes al ver que se alejaban del Estrecho. Sin embargo, al verse libre de la observación castellana, la flota de Abu l-Hasan se dirigió a las costas andaluzas, alcanzando el puerto de Gibraltar para sorpresa del almirante de Castilla. Este se mantuvo frente a su puerto varios días sin atreverse a atacar a la flota aliada musulmana. Entonces empezó un temporal de Levante que le obligó a buscar refugio en Tarifa, tardando unos días en regresar a las aguas próximas al Peñón, tiempo que aprovechó el almirante de Abu l-Hasan para llevar su flota desde Gibraltar al puerto de Algeciras.

El almirante Tenorio informó entonces al rey de Castilla, demandando más galeras para hacer frente a la situación. Alfonso XI se las envió junto a otras naves, alcanzando la flota castellana el número de 33 galeras y 19 naves de apoyo. Con esta flota Al-

fonso Jofre Tenorio salió de Tarifa y vino a echar las anclas frente al puerto de Algeciras, donde permaneció tres días a la espera de que los musulmanes salieran a darle batalla. Como eso no ocurría, el almirante retiró la totalidad de la flota al fondeadero de Getares, en las inmediaciones de Algeciras, para “refrescar” a su gente. Durante tres días dispuso cada mañana su flota en formación de combate, pero al cuarto día, 8 de abril de 1340, no lo hizo, y como los musulmanes debían estar vigilantes desde las alturas que dominan Getares, prepararon sus barcos para el combate a toda prisa y fueron en busca de la confiada flota cristiana. Así fue como una flota musulmana de 43 galeras y 35 leños, bien armada de arqueros y ballesteros, infligió una severa derrota a la flota cristiana que estaba en Getares. Fue un verdadero desastre naval, pues de la flota castellano-aragonesa sólo escaparon cinco galeras que fueron a Tarifa y otra que llegó a Cartagena acompañada de 10 naves que transportaban a los cinco o seis mil hombres que consiguieron escapar. El resto de las galeras y naves, junto a los prisioneros, fueron llevados al puerto de Ceuta. Mientras tanto, el alcaide de Tarifa, Martín Fernández de Portocarrero, salió hacia Sevilla para dar aviso de la derrota al rey de Castilla, al que encontró en Cabezas de San Juan, camino de Jerez.

A partir de la victoria de Getares, Abu l-Hasan dispuso de completa libertad en el Estrecho para trasladar su ejército hasta el puerto de Algeciras. Mientras tanto, Alfonso de Castilla llegaba a Jerez y disponía que Alonso Fernández Coronel se hiciera cargo de la defensa de Tarifa. Mandó aprovisionar esta villa y comenzó una campaña diplomática en los reinos vecinos para recabar las galeras con que frenar la libertad de movimientos de Abu l-Hasan. Alfonso XI recurrió a Portugal, que atendió su petición; pero Aragón le respondió que no tenían medios económicos para armar una flota tan rápido como quería el rey castellano. Alfonso XI debió adelantar el dinero, y gracias a esto se inició la construc-

ción de 20 galeras en Barcelona y Valencia. Los castellanos sólo contaban entonces con las 15 galeras portuguesas al mando del almirante Manuel Pezano, que tenía órdenes de no pasar de Cádiz por temor a que los musulmanes atacaran las costas del Algarve.

En Aragón surgieron problemas para armar las galeras a pesar de las apremiantes peticiones de Alfonso XI; finalmente le dijeron que sólo le enviarían 12 galeras y un leño cuando estuvieran listas y que no sería antes de septiembre. En Sevilla también se trabajaba apresuradamente para reorganizar la flota que debía intervenir en el Estrecho. Mientras, el sultán de los benimerines seguía trasladando efectivos a la Península. A primeros de septiembre llegó a pasar el mismo sultán para establecerse en Algeciras y recibir aquí poco más tarde al rey de Granada, según dice Ibn al-Jatib. Ambos gobernantes querían sus fuerzas para ganar el terreno perdido ante los castellanos, con la pretensión de reconquistar y establecerse de nuevo en lugares como Jerez, o llegar con sus algaras hasta la misma Sevilla.

Primero era necesario hacerse con Tarifa y luego progresar hacia el interior hasta Jerez. Dicen las crónicas que el 23 de septiembre Tarifa estaba cercada por tierra, aunque no completamente por el lado del mar, siendo ésta la vía por la que Juan Alfonso de Benavides, que tenía a su cargo la defensa de la villa, envió aviso al rey. Al tener Alfonso XI noticia de la situación, ordenó a fray Alfonso Ortiz de Calderón, prior de la Orden del Hospital, que zarpara hacia el Estrecho con una flota de 15 galeras, 12 naos y cuatro leños, al tiempo que pedía ayuda al rey de Portugal. La idea del rey era que la flota portuguesa colaborase con la de Ortiz Calderón, pero aquéllos se negaron a dejar las proximidades de Cádiz, por lo que la flota del prior del Hospital continuó sola su viaje hacia Tarifa. A pesar de su escasa entidad, ésta realizó una eficaz labor de bloqueo al aprovisionamiento que por vía marítima efectuaba el ejército sitiador, ya que Abu l-Hasan

sólo contaba en Algeciras con 12 galeras para apoyar a los barcos de carga. Gracias a la labor de la flota castellana, las naves de carga musulmanas dejaron de navegar con tanta facilidad por las aguas del Estrecho. Aunque se combatió duramente frente a los puntos más débiles de las murallas, los asaltantes no consiguieron entrar en ellas, y el sultán renunció finalmente a la ofensiva, esperando que Tarifa cayese por hambre.

Hacia mediados de octubre comenzó un fuerte temporal de Poniente que impulsó a las galeras y naves castellanas hacia el Estrecho, quedando algunas de ellas embarrancadas en sus costas y sus tripulaciones hechas prisioneras por los musulmanes. El resto de la flota se dejó arrastrar hasta el Mediterráneo y terminaron en el puerto de Cartagena. Según la documentación del reino de Valencia, llegaron 25 galeras y 25 naves, pero no sólo castellanas, sino también portuguesas. Así lo decía Nicolás Pérez, procurador del rey de Castilla, que llegó a Valencia procedente de Cartagena para pedir pertrechos navales y equipar las embarcaciones de las dos flotas, consiguiendo que las galeras castellanas estuvieran de vuelta frente a Tarifa a finales de octubre.

Por otra parte, la flota aragonesa que había de intervenir en el Estrecho con 12 galeras y un leño de 100 remos estaba preparada en Valencia, desde donde puso rumbo Tarifa en los primeros días de octubre. Iba bajo el mando del almirante Pedro de Moncada, y posiblemente también fuese afectada por el temporal mencionado antes. No obstante, debió cruzar el Estrecho el día 20 ó 21 de octubre, y cuando llegó frente a Tarifa no se detuvo, continuando su camino hacia Sevilla para recibir instrucciones del rey de Castilla. Al llegar al Puerto de Santa María el almirante de Aragón fue informado que el monarca castellano se encontraba con su ejército a la altura de Jerez, junto al río Guadalete. El almirante fue a verlo, y Alfonso XI le indicó que se dirigiera a Tarifa,

hacia donde él se encaminaba, junto al rey de Portugal, para tratar de romper el cerco al que la tenían sometida los benimerines.

Mientras tanto, en Tarifa las cosas se habían puesto muy mal para los sitiados, pues Abu l-Hasan, utilizando como rehenes a los prisioneros capturados en las embarcaciones embarrancadas por la tormenta, había intentado que los sitiados entregaran la plaza. Como la propuesta fue rechazada, los sitiadores mataron a los marinos e iniciaron un duro ataque. Pero los defensores, reforzada su esperanza por el paso de la flota aragonesa y seguros de que algo se preparaba para ayudarles, resistieron la acometida musulmana al tiempo que regresaban de Cartagena las primera galeras del prior del Hospital y también las portuguesas, aunque éstas volvieron pronto a sus puertos de origen. No mucho más tarde se presentó definitivamente frente a Tarifa la flota aragonesa, cuando ya estaba aquí el grueso de la flota que le quedaba al prior del Hospital. Coincidiendo con esto, el ejército castellano-portugués se presentaba en la ensenada de Valdevaqueros el 29 de octubre.

3. La batalla del Salado

El ejército castellano contaba con buena parte de sus efectivos en Sevilla cuando el rey envió al Estrecho las galeras bajo el mando de Alfonso Ortiz de Calderón. Sabiendo que no podría hacer frente con ciertas garantías a los reyes de Granada y Marruecos, buscó el apoyo militar de Portugal. Alfonso IV de Portugal se comprometió a colaborar y mandó llamar a sus vasallos para la empresa de Tarifa mientras él se dirigía hacia Sevilla con su séquito y algunos señores de la zona del Alentejo. Reunidos los efectivos de los dos ejércitos en Sevilla, se hizo alarde y encontra-

ron que disponían de unos ocho mil hombres de a caballo y unos doce mil de a pie.

Aquel ejército se puso en marcha el 16 de octubre, acampando la primera noche cerca de Alcalá de Guadaíra. Al día siguiente lo hicieron en la proximidades de Utrera; el 18, en Alocaz; el 20, en Cabezas de San Juan; y el 20, en la laguna de Tollos, llegando a las proximidades del río Guadalete el día 21. Acamparon en su margen izquierda durante los días 23 y 24 para tomar más provisiones y esperar a los que venían más rezagados, portugueses y castellanos. El día 25 se instalaron en el "Berrueco", en las proximidades de Medina Sidonia. El 26 acamparon junto al río Barbate, y el 27, junto al río Celemín, para llegar al curso del Almodóvar el sábado 28 de octubre. El domingo 29 se dirigió el ejército castellano-portugués hacia el puerto de Facinas, y bajaron hacia el mar, junto al curso del río del Valle, en medio de una espesa niebla. A mediodía estaba el grueso de los ejércitos acampando en las proximidades de la torre de los Vaqueros, mientras que la vanguardia se situaba detrás del paso que forma la peña del Ciervo y el mar.

En la vanguardia iban los hombres del concejo de Sevilla, que cegaron un foso que Abu l-Hasan había mandado abrir entre la peña del Ciervo y el mar cuando llegó a Tarifa la flota del prior del Hospital. Mientras se allanaban aquellos pasos, dicen las crónicas que el rey de Castilla hizo un reconocimiento del despliegue enemigo que se interponía entre su ejército y Tarifa en las lomas de la margen izquierda del arroyo del Salado. El sultán de Fez y el rey de Granada habían dejado el cerco de Tarifa y trasladaron sus campamentos y efectivos a las alturas que dominan el curso de este arroyo, cubriendo el granadino la parte más próxima a la sierra, mientras que los norteafricanos, que constituían el grueso del ejército musulmán, cubrían el centro del despliegue y la zona más cercana al mar.

Considerando que los musulmanes triplicaban en número a los cristianos y que ocupaban lugares favorables para la batalla, se dispuso que el rey de Portugal combatiera contra el rey de Granada, dirigiendo el ala izquierda del ataque, compuesto por los propios portugueses —unos mil caballeros— y efectivos de las órdenes militares castellanas, excepto la de Santiago, que formaría en la vanguardia. El ala derecha estaría dirigida por el rey de Castilla, con las fuerzas de los obispos, los concejos de realengo y los hombres de la casa real, junto a otros ricoshombres castellanos. La vanguardia la formarían los santiaguistas junto a los efectivos de casi todos los ricoshombres de Castilla. La retaguardia quedaba constituida por la mayor parte de la infantería a las órdenes de Pedro Núñez de Guzmán. No obstante, don Juan Manuel indicó la conveniencia de enviar un contingente de refuerzo a Tarifa, de manera que con sus defensores y los hombres de la flota formarían un grupo que atacaría por la retaguardia a los musulmanes. Así pues, unos mil hombres a caballo y cuatro mil de a pie fueron detraídos de los efectivos, pasando aquella noche a Tarifa sin que el sultán conociera de la maniobra.

El 30 de octubre se puso en marcha el ejército cristiano, compuesto por unos 13.000 hombres a caballo y 12.000 de a pie, cruzando el río Jara para desplegarse según lo planeado. El rey de Portugal se dirigió por la parte más cercana a la sierra mientras la vanguardia y el ala derecha avanzaron por el camino hacia Tarifa. La vanguardia, en tropes, se dirigió hacia el centro del despliegue musulmán; por su parte, el ala derecha siguió por el camino hacia Tarifa, algo más rezagada y seguida por buena parte de la gente de a pie. Los primeros en alcanzar el curso del Salado, los de la vanguardia, no se atrevieron a continuar el avance ante la barrera de hombres y caballos que ocupaban las laderas de la margen izquierda del río tratando de cortar la progresión del ejército castellano. El rey de Castilla continuó avanzando hasta tomar

posiciones en el lugar más llano y fue allí precisamente, al tratar de hacerse con el puente por donde pasaba el camino, donde se produjeron los primeros enfrentamientos.

La vanguardia continuaba sin avanzar, y el rey mandó a don Juan Manuel que iniciara el asalto a las lomas inmediatas, cosa que no hizo, según las crónicas. Pero en un momento dado, los tropeles del ala izquierda de la vanguardia cruzaron el Salado y con una facilidad sorprendente subieron por las pendientes de la margen opuesta, penetrando en las filas musulmanas y llegando hasta las primeras mesetas que forman el terreno. Entonces vieron que el campamento de los benimerines les caía a tiro de piedra, y sin más demora dirigieron la carga, sembrando allí la muerte y el principio del desconcierto musulmán.

Todo apunta a que se dieron un par de circunstancias favorables para los castellano-portugueses en dos de los sectores, alejados entre sí, donde se desarrollaba el enfrentamiento. El ala izquierda del ataque, aquella que dirigía el rey de Portugal, avanzaba contra los efectivos del rey de Granada por el lado más próximo a la sierra, donde no tardó en entablar combate con los granadinos, siéndole desfavorable el primer choque. El ala izquierda estaba a punto de sufrir un descalabro cuando entró en acción la infantería al mando de Pedro Núñez de Guzmán. Ante el impulso de esta gente y el temor a verse rodeados por su derecha, los granadinos desplazaron efectivos hacia aquel lado dejando debilitada la zona de solapamiento de los dos ejércitos musulmanes, frente a la que estaban situados los santiaguistas y la gente de don Juan Núñez, así que éstos penetraron en el despliegue musulmán con más facilidad de la prevista.

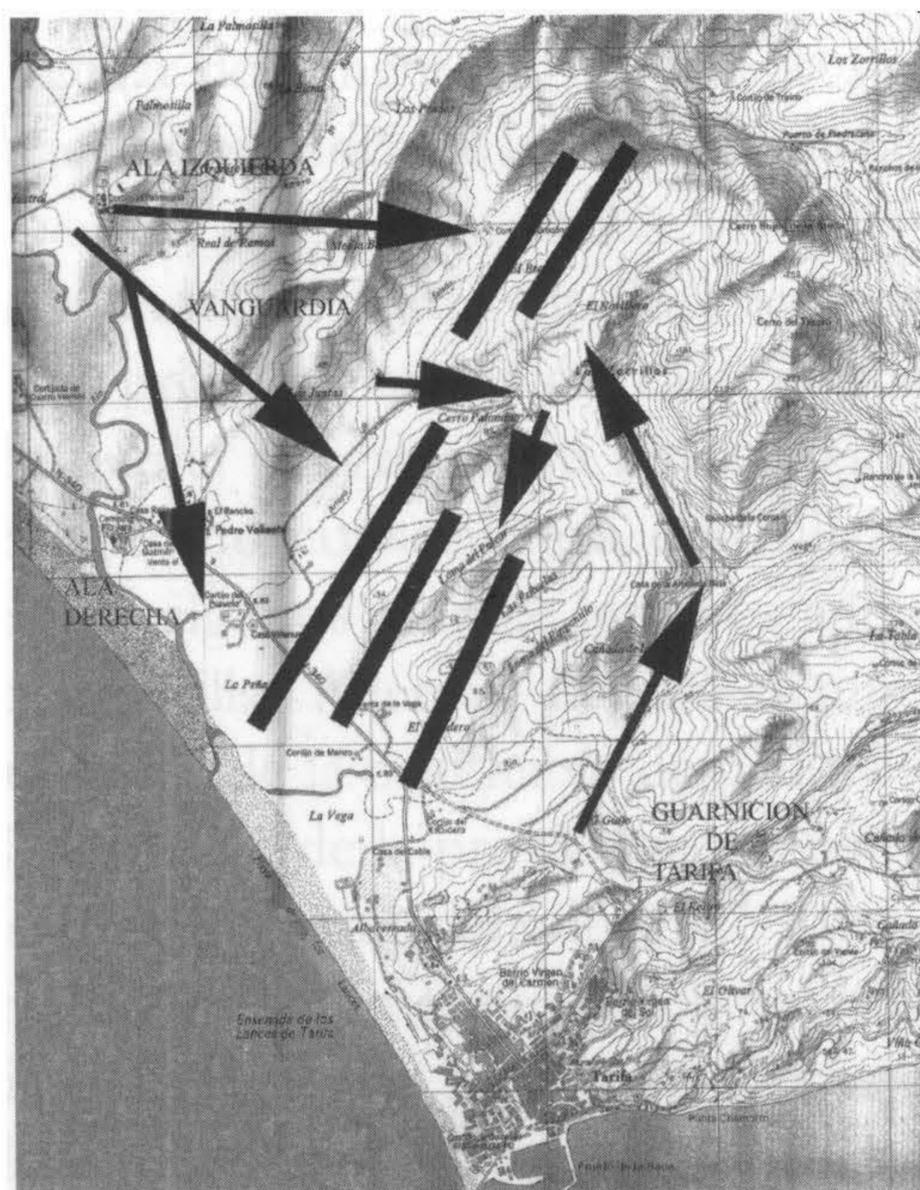
Eso explica que los tropeles cristianos subieran por aquellas pendientes sin oposición apenas. Lo llamativo es que luego llegaran éstos, ya en un segundo impulso, hasta el real de los benimerines desde las mesetas más bajas; este impulso estaba

relacionado sin duda con el avance de la gente que atacaba desde Tarifa. Éstos formaban un grupo muy numeroso, compuesto por todos los efectivos que habían pasado la noche anterior, por los hombres de la flota castellana y por los mismos defensores de Tarifa. Era un contingente con pocos caballos, por lo que evitaron enfrentarse con el grueso de la caballería musulmana que se movía por el lado más llano, más cercano al mar. Optaron por dirigirse hacia donde había menos caballería, aunque estuviera más lejos, y por tanto se dirigieron hacia el real de los benimerines, que era perfectamente visible desde las alturas cercanas a Tarifa, donde ellos se situaron inicialmente al salir de la villa. Cruzaron el río de la Vega y subieron por la vaguada que desde dicho río ascendía hasta el real benimerín. Los vigilantes del campamento musulmán intentaron frenarlos, dejando mal guarnecido el lado opuesto, por donde se produjo la acometida de la gente de don Juan Núñez y las huestes santiaguistas. Sin poder recibir ayuda de los granadinos, que estaban siendo derrotados en el lado de la sierra, ni de los suyos propios cuando frenaban a los castellanos en el Salado, los benimerines que guardaban el campamento se vieron desbordados y vencidos por los dos grupos cristianos que llegaron al real. En aquella zona, hoy denominada “El Novillero” y “Los Zorrillos”, se reagruparon los castellanos y atacaron luego a las fuerzas benimerines que peleaban más abajo.

Aquello alteró los planes iniciales del sultán al verse atacado por un flanco y desde las alturas dominantes, por lo que mandó detener a aquella gente que bajaba enfervorecida por las laderas amenazando con cortarle la retirada. Ordenó el sultán que sus banderas se volvieran hacia la retaguardia, y aquella disposición de los abanderados, al ser vista por los que se oponían al rey de Castilla y a los de la vanguardia que había quedado en el Salado, provocó una desbandada general de los benimerines, que tomaron el camino de Algeciras, al igual que un poco antes lo

habían hecho los granadinos por el lado de la sierra. El “alcance” de los perseguidores cristianos terminó al anochecer, cuando ya el sultán benimerín estaba en este último puerto, desde el que embarcó para Gibraltar, acompañado de muchos de los más altos dignatarios de su reino.

El resultado de la batalla del Salado sorprendió a los vencidos y también a los vencedores, y ni unos ni otros alcanzaban a comprender bien lo sucedido. En Castilla se tomó conciencia de la importancia de aquel hecho de armas al ordenar la Corona que se comenzara una crónica del reinado de Alfonso XI y se enlazara con los tiempos de Alfonso X, algo que hasta entonces estaba por hacer. No se tardó en comparar esta victoria con la alcanzada en Las Navas, e incluso a considerarla más importante. En cualquier caso, la batalla del Salado fue el último gran encuentro en tierras de la Península entre castellanos y norteafricanos. Los



Croquis de la batalla del Salado. Los movimientos cristianos se indican con flechas y el despliegue musulmán con barras.

benimerines no pudieron retomar la iniciativa y se mantuvieron a la defensiva en las plazas que dominaban. Por el contrario, Castilla continuó su expansión a costa de los norteafricanos y granadinos, aunque el progreso fue muy lento. De momento, el ejército castellano-portugués tuvo que emprender camino de regreso a Sevilla un par de días después de liberar Tarifa por falta de provisiones para mantenerse sobre el terreno y carecer de los medios de transporte necesarios para traerla. Alfonso XI había conseguido liberar Tarifa y no quiso llegar más allá porque intuía que hacerse con Algeciras requería más medios militares de los que entonces tenía disponibles.

VII. LAS VICTORIAS NAVALES CRISTIANAS Y SU REPERCUSIÓN (1340-1342)

1. El rearme naval en el Estrecho

La victoria del Salado tuvo repercusión contrapuesta en cristianos y musulmanes. En el norte de África sorprendió y dolió la derrota del poderoso ejército mandado por el sultán Abu l-Hasan, así que se trató de minimizar y olvidar. En Europa, las muestras de alegría se prodigaron, celebrando numerosos actos religiosos para agradecer la ayuda divina. En Castilla aquel hecho sirvió como referencia para fechar documentos y, lo que no fue menos importante, crear conciencia histórica de las circunstancias que se estaban viviendo.

Pero ésa fue una batalla en tierra firme, y la flota reunida y utilizada por el sultán en los primeros meses de 1340 estaba prácticamente intacta, por lo que el peligro de su intervención quedaba latente. Sin embargo, como consecuencia del Salado, Abu l-Hasan tuvo que solucionar algunos asuntos internos antes de iniciar la revancha contra Castilla. Además, llevaría tiempo organizar el ejército y la flota, parte de la cual había de pedirla a sus aliados. Por todo ello, el comienzo de la proyectada ofensiva sobre la Península se pospuso hasta la primavera de 1342. Mientras tanto, las naves de guerra de los benimerines prácticamente no hicieron acto de presencia en el Estrecho, quedando éste bajo el dominio de la flota castellano-aragonesa.

Para finales de 1340 eran aragonesas la mayoría de naves de guerra presentes en el Estrecho, donde siguieron operando las 12 galeras y el leño de 100 remos que llegaron en octubre al mando del almirante Pedro de Moncada. Esta flota continuaría aquí hasta finales de enero de 1341. Por parte de Castilla solo quedaron seis galeras de procedencia genovesa ya que los que estaban bajo el mando del prior de la Orden del Hospital quedaron en mal estado y se marcharon del Estrecho. Castilla contribuía con menos galeras de las que correspondía. A pesar de todo Alfonso XI pidió a Pedro IV que el almirante Moncada permaneciera en la guarda del Estrecho hasta finales de enero de 1341.

En la primavera de 1341 la flota castellana comenzó a aparecer por el Estrecho, cuando ya no estaba la aragonesa. Alfonso XI se quejaría a Pedro IV, a finales de abril de 1341, de que sus galeras todavía no habían llegado, y el rey de Aragón contestó que no lo había hecho porque quería enviar juntas las que se estaban armando en Barcelona y Valencia. Así, a principios de junio el almirante Pedro de Moncada salió de nuevo hacia el Estrecho con 20 galeras, uniéndosele un mes más tarde otras ocho procedentes de Mallorca. Por tanto, aquel verano el despliegue naval cristiano fue sorprendente: 28 galeras aragonesas y otras 27 pagadas por Castilla (siete propiamente de este reino, cinco de particulares genoveses y 15 que trajo el nuevo almirante de Castilla, el genovés Egidio Bocanegra).

La idea de la colaboración de Génova en la cuestión del Estrecho surgió a raíz del desastre naval de Getares, cuando Castilla se quedó sin flota y necesitó recurrir a todas las potencias navales del Mediterráneo. Pero la presencia oficial de Génova no se hizo patente hasta 1341, ya que las galeras que intervinieron anteriormente lo hacían a título particular, mediante contrato entre sus capitanes y Castilla. Este reino pagaría bien el servicio de 15 galeras, nombrando almirante de la flota castellana a Egidio Bocanegra,

hermano del duque de Génova. Pero como estas galeras tardarían en llegar, Castilla decidió adelantar dinero a Aragón en el verano de 1340 para contar con una flota lo antes posible. Finalmente, en junio de 1341 el almirante Bocanegra se presentaba en Sevilla. Se había necesitado un año para que la flota genovesa estuviera en aguas de Castilla. Alfonso XI, que estaba entonces sitiando Alcalá de Bensaid (Alcalá la Real), ordenó al almirante Bocanegra que se dirigiese de inmediato al Estrecho. Así que a partir de julio operaría aquí una flota de 55 galeras, además de embarcaciones de otro tipo, naves sobre todo, que siempre acompañaban a las galeras.

La escasa aportación castellana fue motivo de queja de los aragoneses, pero Castilla también se quejaba de que ellos no contribuían con las galeras prometidas. La situación se normalizaría en octubre cuando sólo 10 galeras aragonesas quedaron en aguas del Estrecho con otras 20 capitaneadas por el almirante Bocanegra. En la flota de Aragón debían de existir dificultades para continuar en servicio en noviembre 1341, aunque Pedro IV obligó a Moncada a permanecer con su dotación hasta enero de 1342.

El sultán Abu l-Hasan ya estaba reorganizando la flota y el ejército, por lo que en octubre Alfonso XI envió al vizconde Bernat de Cabrera a Valencia para que informara al rey de Aragón de que el sultán de los benimerines reunía una gran flota y se preparaba para pasar a la Península. Las fuentes castellanas nos informan de que después del verano de 1341 el rey de Castilla sabía de los aprestos del sultán, y que era necesario hacerse con el puerto de Algeciras para evitar la situación de abril de 1340. Pero Alfonso XI intuía que Algeciras era un hueso duro de roer y se necesitaba más dinero del que disponía si quería someterla a un cerco. Para conseguirlo dejó Andalucía y partió hacia el norte, dejando como adelantado de la Frontera al maestre de la Orden de Santiago, y en la mar al almirante Bocanegra con 40 galeras y 30 naves vigilando el Estrecho. En esto colaboraban además las 10 galeras de Aragón

al mando de Moncada. Para sustituirlas, otras 10 galeras salieron de Valencia a primeros de febrero, pero a finales de mes aún no habían llegado. Alfonso XI recrimina a Pedro IV que las galeras de Moncada se habían ido del Estrecho y que las de refresco no aparecían. Un mes más tarde, el rey de Aragón le contesta que por razones muy necesarias su almirante tuvo que venirse a Valencia, pero que tan rápido como pudo tomó el mando de la nueva flota y si no zarpó con ella inmediatamente fue porque el tiempo le fue adverso y se detuvo unos días en Valencia. Parece que las galeras aragonesas salieron hacia el Estrecho, aunque su misión no era permanecer aquí de manera continuada, pues tenían instrucciones de vigilar las costas de Berbería y luego dirigirse a Mallorca y Barcelona, donde Moncada debía hacerse cargo de las que zarparían en junio. En definitiva, las galeras aragonesas no llegaron a ser avistadas por las del almirante Bocanegra.

2. Las victorias navales cristianas

Dispuesto a estar cerca del teatro de operaciones, Abu l-Hasan llegó a Ceuta procedente de Fez en los primeros meses de 1342. Su intención era reunir aquí la flota aliada musulmana y preparar una ofensiva cuando las condiciones le resultaran favorables. Parte de su ejército consiguió cruzar el Estrecho y tomar posiciones en los dominios peninsulares de los benimerines.

Por su parte, el rey de Castilla conseguía el importe de la alcabala de todas las ventas que se hicieran en el reino mientras durara el cerco de Algeciras. En mayo de 1342 el almirante Bocanegra le informaba de una victoria naval obtenida en el puerto de Bullones, en las cercanías de Ceuta, donde se estaban armando 12 galeras de la flota benimerín, seis de las cuales se llevaron a la ensenada de Getares, donde fondeaba la castellana. Pero Abu

l-Hasan tenía 80 galeras y otras tantas naves, y no tardarían en enfrentarse a las de Castilla. Alfonso XI ordenó que se armaran más galeras en Sevilla. En Madrid recibió una carta de Alfonso IV de Portugal informándole del envío de 10 galeras al Estrecho al mando del almirante Carlos Pezano. Mientras tanto, el maestre de Santiago, su adelantado mayor de la Frontera, había caído enfermo, por lo que a mediados de mayo decidió emprender camino con dirección a Sevilla.

En El Pedroso le informaban de que la flota del Abu l-Hassan había cruzado el Estrecho y al parecer la castellano-portuguesa había bloqueado parte de los barcos en la desembocadura del río Guadalmesí. También le informaron que el almirante Bocanegra había pedido al maestre de Santiago que algunas fuerzas terrestres atacaran a las naves musulmanas desde tierra para provocar su salida a mar abierto.

Don Alfonso salió pronto de Sevilla en su ayuda, durmiendo una legua más allá de la torre de los Herberos, a la altura del actual Los Palacios-Villafranca. El día 24 de mayo la comitiva comía en Cabezas de San Juan, donde le llegó otra carta del almirante Bocanegra diciéndole que había destruido algunas galeras musulmanas en la ensenada del Guadalmesí. El rey abandonó Cabezas de San Juan a toda prisa para ir a dormir a las proximidades de Laguna de Tollos —límite Sevilla y Cádiz, cerca de El Cuervo—. Y estando todavía acampados en Laguna de Tollos vinieron a decirle que la flota castellano-portuguesa había vencido a los musulmanes, tomando un gran número de galeras. En una de ellas habían encontrado un abundante botín, consistente en la paga que traían los norteafricanos a las guarniciones benimerines de la Península.

Estando ya en Jerez conoció los detalles del enfrentamiento naval. Supo que algunas galeras musulmanas habían intentado salir pegadas a la costa para escapar del bloqueo, pero las castella-

nas le cortaron el paso. Así se inició el combate en el que algunas naves castellanas encallaron y fueron atacadas por los musulmanes desde la costa. Por ello los cristianos hubieron de incendiar aquellas embarcaciones propias que, a su vez, prendieron las galeras musulmanas que estaban más cerca. Entonces fue cuando los mandos musulmanes ordenaron salir a lo largo de la costa con dirección a Tarifa, trabándose una dura pelea que se prolongó gran parte del jueves día 23 de mayo.

El combate naval terminaría en las proximidades de Tarifa, ya que el viento desplazó las embarcaciones a una legua. La guarnición tarifeña debió acudir en ayuda de la flota, pues el teniente de la villa, Álvaro Pérez de Guzmán, había pedido ayuda al concejo de Jerez, aunque ésta nunca llegaría. La flota castellano-portuguesa sólo perdió tres naves, mientras que los musulmanes perdieron 26 entre capturadas, hundidas e incendiadas.

En esta batalla naval no participaron los aragoneses, ausentes del Estrecho hasta junio. La llegada de la flota aragonesa se dejó sentir por dos razones; primero porque los portugueses ya se habían retirado y, segundo, porque en su camino al Estrecho Pedro de Moncada se había enfrentado con 10 galeras a 13 galeras benimerines a la altura de Estepona, logrando poner en fuga a siete de ellas, embarrancar dos y apoderarse de otras cuatro cargadas de trigo. Al parecer, el combate ocurrió cuatro días después de la victoria del Guadalmesí, pero esto no pudo ser así ya que la documentación aragonesa dice que esta flota salió de Valencia a primeros de junio.

Según el estudio de J. A. Robson, la flota musulmana había quedado muy disminuida, pues en el combate de Bullones perdió 12 galeras, de las que salieron de Algeciras para ayudar a las bloqueadas en el Guadalmesí perdió 13, y de las que quedaron bloqueadas en esta ensenada llegó a perder 26, para quedarse finalmente sin otras seis frente a Estepona. Por tanto, los musulmanes



En estas aguas, inmediatas a la desembocadura del Guadalmesí, comenzó la batalla naval del mismo nombre.

llegaron a perder en un par de meses hasta 57 galeras de aquellas 80 que había conseguido reunir Abu l-Hasan a principios de año. Por el contrario, la flota cristiana había salido reforzada porque había conseguido apoderarse de más de 12 galeras en Guadalmesí; en Bullones se apoderaron de otras seis; y más tarde de dos de las procedentes de Algeciras, más las cuatro cargadas de trigo frente a Estepona. Por tanto, cuando llegó Alfonso XI a la ensenada de Getares a primeros de julio para visitar la flota, el número total de galeras que podían fondear allí se acercaba a la centena.

3. Los últimos preparativos para cercar Algeciras

Los preparativos para el cerco de Algeciras entretuvieron a Alfonso XI más tiempo del esperado. Primero decidió visitar la flota reunida en Getares; por ello, tras pasar por las proximidades de Medina Sidonia y de Tarifa, el quinto día de marcha llegaron a las vegas de los arroyos Lobo, Marchenilla y Pícaro, a primeros

de julio. En Getares estaba la flota más poderosa que hasta entonces reuniera el rey de Castilla, y éste pensó en iniciar entonces el cerco a Algeciras. No obstante, optó finalmente por retornar a Jerez, donde siguió recibiendo hombres y pertrechos. Luego viajó a Sevilla para agilizar el envío de material de guerra y viandas, al tiempo que disponía la construcción de puentes en lugares convenientes y arreglaba los caminos entre Jerez y Algeciras.

Finalmente, dispuso el rey la salida de Jerez para el 25 de julio de 1342. El ejército castellano emprendió la marcha realizando jornadas cortísimas ya que no llegó a la Laguna de Medina hasta el día 26, acampando allí dos noches. Mientras seguían incorporándose gente y provisiones, reemprendió la marcha para acampar algo más adelante de Medina Sidonia. *“Et dende adelante fue por sus jornadas que no se detuvo en lugar ninguno fasta que llevo a Tarifa et finco y un dia y dos noches”*.

Por tanto, el día 29 de julio llegó el ejército a Tarifa y el día 31 reemprendió el camino hacia Algeciras, cruzando el río Guadalmequí en su parte alta, y pernoctando en el puerto Bujeo. Tras el recuento de efectivos, 2.600 hombres de a caballo y 4.000 de a pie, llegaron a Getares el uno de agosto. El numeroso ejército allí concentrado se puso en marcha de nuevo el día tres hacia la torre de los Adalides, donde se instalaron para iniciar el cerco, y desde donde se podía cortar el aprovisionamiento de Algeciras proveniente de los castillos musulmanes del entorno.

VIII. LA CONQUISTA DE ALGECIRAS (1342-1344)

1. El despliegue militar hasta el cierre del cerco

Alfonso XI no traía efectivos terrestres suficientes para bloquear por tierra las dos villas que conformaban Algeciras, por lo que atendió primero a cortar cualquier tipo de ayuda que los musulmanes del entorno, o incluso provenientes de Granada, pudieran proporcionar a sus correligionarios algecireños. Para ello eligió el cerro donde se ubicaba la torre, que luego se llamó de Adalides, como primer campamento. Al mismo tiempo, situó la flota castellano-aragonesa protegiendo el flanco marítimo del despliegue de manera que pudieran prestarse ayuda entre los de tierra y los del mar en caso de necesitarlo. Desde el punto de vista militar, Adalides era un punto estratégico de suma importancia, pues controlaba todos los caminos que salían de Algeciras hacia el norte y este, y era la clave del sistema de alerta de Algeciras. Por tanto, a partir de entonces los algecireños sólo pudieron comunicarse con Gibraltar a través de ahumadas desde las torres del interior de la ciudad.

En su desplazamiento desde Getares a la torre de Adalides, las tropas castellanas se apoderaron de los molinos y de gran parte de las huertas que había sobre el río de la Miel, por lo que prácticamente cortaron el sistema de aprovisionamiento de la ciudad. Más que acercarse a los muros de la Villa Vieja —a unos

1.700 metros de Adalides— los castellanos prefirieron consolidar sus posiciones e informarse de la situación de los sitiados, provocando la salida de éstos mediante una trampa en las proximidades del camino de Tarifa. Los cautivos musulmanes que hicieron les informaron de que en la ciudad había unas 30.000 personas —cifra desmedida a nuestro juicio— y que contaban con alimentos hasta el verano siguiente.

Los castellanos intentaron acercarse a los muros de la Villa Nueva, siendo recibidos con disparos de artillería y ballestería. A los pocos días los algecireños salieron por la puerta del fonsario —cementerio— de la Villa Vieja y llegaron hasta el mismo real cristiano, aunque fueron rechazados. Entonces, el rey de Castilla mandó adelantar los campamentos, disponiendo que el suyo propio se instalara en un otero alto más próximo a Algeciras, en lo que hoy es el Cerro de las Monjas. Se hizo una cava o foso para proteger los campamentos siguiendo el actual trazado urbano entre el río de la Miel y el mar, dejando tres entradas convenientemente defendidas. Luego Alfonso XI ordenó que los vasallos de su hijo Tello, las fuerzas de la órdenes de Calatrava y Alcántara, así como la gente del concejo de Carmona, se instalaran en el cerro que estaba encima de la vega y frente a las dos villas, pero del río de la Miel hacia Tarifa. Este cerro debe corresponder al actual Cortijo de Vides, demostrándose así que la Villa Nueva era el núcleo urbano situado al sur del río de la Miel, en lo que hoy coinciden arqueólogos e historiadores.

A finales de agosto de 1342 se progresaba por tierra muy poco a poco, y la alianza naval con Aragón comenzó a complicarse. Alfonso XI había escrito a Pedro IV informándole del inicio del cerco y pidiéndole que permitiera a los comerciantes de sus reinos llevar suministros a Algeciras. Por su parte, Pedro IV informaba al monarca castellano de su confrontación con el rey de Mallorca y la necesidad que tenía de la flota que operaba en el Es-

trecho. El almirante Pedro de Moncada entonces se aprestó para salir hacia los puertos del reino de Aragón.

A mediados de septiembre, coincidiendo con la marcha de los marinos aragoneses, los castellanos trataron de poner las primeras máquinas sobre la cava ya trazada para atacar las dos torres mayores de la Villa Vieja, la que defendía la puerta de Jerez y la otra esquinera situada en la cota más alta de la muralla. También llegaron por entonces al cerco los vasallos del infante heredero, don Pedro, al mando de Juan Alfonso de Alburquerque, acampando sobre la Villa Nueva. Estas fuerzas fueron reforzadas con efectivos del obispado de Jaén. Además, se excavó un foso entre ellos y la Villa Nueva a fin de evitar una salida de los defensores.

Hasta finales de septiembre, después de casi dos meses sobre Algeciras, no se rodeó la ciudad por tierra, aunque todavía quedaba insuficientemente cercada.

2. El cierre del cerco y su consolidación

Por entonces apareció una intensa y pertinaz lluvia que se prolongó durante todo el otoño, deteriorando las tiendas. El rey ordenó traer madera de los pinares de Moya, a través del puerto de Valencia, al tiempo que él ocupó otro asentamiento con mejor suelo, cerca del mar y teniendo a la vista el río Palmones.

En ese mes de septiembre llegaron Juan Núñez de Lara y Pedro Fernández de Castro. El primero asentó frente al fonsario, junto a la Orden de Santiago, mientras el segundo lo hizo frente a la puerta de Jerez, cerca de los hombres del arzobispo de Toledo. Entre los nobles que llegaron en octubre destaca don Juan Manuel, uno de los señores más importantes de Castilla, vasallo además del rey de Aragón, que participaba por segunda vez en un cerco a Algeciras. Asentó frente a la Villa Nueva para reforzar

los efectivos del infante don Pedro y del obispado de Jaén, pero debido a las lluvias se trasladaron más cerca del mar buscando un suelo más arenoso.

En noviembre llegaron a Algeciras 10 galeras aragonesas al mando del vicealmirante Mateo Mercer. Esta concentración de efectivos junto a la orilla del mar provocó un distanciamiento entre los asentamientos de estos últimos y los que acampaban sobre el cerro que llamamos Cortijo de Vides; aquello facilitó la entrada y salida de los sitiados en la Villa Nueva. También por la puerta del cementerio hicieron los musulmanes de la Villa Vieja una sorpresiva salida, alcanzando las casas que tenían hechas don Juan Núñez y la Orden de Santiago.

En diciembre se instalaron en la zona del fonsario dos trabucos, fabricados por los genoveses en Sevilla, siendo estas armas de las más efectivas que tenían los sitiadores. Cuando los cristianos trataron de hacer un nuevo foso cerca de la muralla para colocar estos trabucos, fueron atacados con armas de largo alcance, como las ballestas de torno y las piezas de artillería. Para los sitiadores, las murallas de la zona del fonsario era la parte más débil de la Villa Vieja, así que en enero de 1343 se levantó una bastida alta de madera para proteger a los trabucos y a los otros tipos distintos de armas que colocaron más tarde. Viendo las ventajas que proporcionaba esta torre de madera, Alfonso XI mandó construir otra más en el mismo sector, con lo que dejaron de prodigarse las salidas de los sitiados.

En enero de 1343 llegó al cerco Ruy Ponce de León, acampando junto a su cuñado, Pedro de Castro, cuyo campamento se situaba frente a las dos torres mayores. Entonces, el rey decidió intensificar los combates sobre la Villa Nueva, destacando la labor de los donceles reales en la peligrosa tarea de acercarse a las murallas de la villa para provocar la salida de los sitiados.

De gran importancia fue la labor de los espías situados en terreno enemigo, entre los que destacó un tal Ruy Pavón, vasallo del maestre de la Orden de Santiago. Por este espía supo el rey de Castilla que Abu l-Hassan había llegado a Ceuta y que incrementaba su flota a pasos forzados. Alfonso XI decidió recabar más medios económicos en su reino con el fin de afrontar las dificultades venideras ya que estaba decidido a mantener el cerco sobre Algeciras.

Mientras, a comienzos de marzo, y aprovechando la llegada de la gente de los concejos de realengo, el rey mandó hacer de noche otra cava más próxima a las murallas, por el lado de la Villa Vieja. A pesar de las dificultades, se consiguió terminar, adelantándose así algunos campamentos. Ya habían cesado las lluvias, y Alfonso XI dejó el suyo de invierno y vino a asentarse más cerca de la ciudad, donde antes había acampado Pedro Fernández de Castro, cerca de la actual Avenida de la "Cañá".

Por entonces llegó al cerco Fernán Rodríguez de Villalobos, que acampó en la margen derecha del río de la Miel, cerca de su cuñado Juan Alfonso de la Cerda, que lo hacía en la margen izquierda, de manera que la vega quedó bajo el control de estos dos señores, reforzados a su vez por gente de varios concejos de realengo. Después de hacer los fosos pertinentes en la vega, el rey ordenó la apertura de otra cava grande y honda por el lado de la Villa Nueva, desde el mar hasta donde acampaba Fernán Rodríguez de Villalobos. Por último, llegó al cerco el vizconde Bernat de Cabrera, vasallo de los reyes de Aragón y Castilla, que acamparía cerca del mar por la parte de la Villa Nueva, donde estaban los integrantes de la flota aragonesa.

3. Las dificultades posteriores al incendio del real

Con aquellas últimas operaciones de marzo de 1343, después de ocho meses, consideraron los castellanos que Algeciras estaba definitivamente cercada. Pero entonces se presentó un gran temporal de Levante que afectó seriamente a la flota castellano-aragonesa hasta el punto de hacer chocar contra la costa a dos galeras aragonesas y otra castellana, además de dos naves grandes y otros bajeles más pequeños cargados de provisiones. Las galeras aragonesas se estrellaron contra la Villa Nueva, donde hubo un reñido combate entre sitiadores y sitiados por hacerse con las embarcaciones; las naves de carga lo hicieron contra la Villa Vieja, de donde salieron los sitiados dispuestos a pelear por los alimentos que se guardaban en las naves.

Temiendo Alfonso XI algunos ataques granadinos contra las cosechas de las villas fronterizas andaluzas, en abril, fueron enviados a las más importantes villas del interior algunos efectivos de los que estaban en el cerco, al tiempo que llegaron hasta aquí algunos señores provenientes de Francia y de Alemania. También se intensificaron los ataques contra las murallas de la zona del fonsario, donde se concentraron todos los ingenios del cerco para combatir la torre que defendía dicha puerta y la torre del Espolón, así como el lienzo de muralla que se extendía entre ambas. La intención era entrar a toda costa por allí y para ello se aumentaron los esfuerzos tratando de levantar otras dos bastidas más próximas a las murallas.

A principios de mayo, el espía Ruy Pavón informó de que el rey de Granada estaba en el río Guadiaro con importantes efectivos, junto a otros norteafricanos que le habían esperado en Estepona. Entonces, Alfonso XI mandó retirar las fuerzas que había enviado a guardar las cosechas en las villas del interior. Al mismo tiempo, Alfonso trató de negociar con el rey granadino y

disponía medidas para repeler un posible ataque y evitar que los algecireños salieran para ayudar a los de Granada. Pero el ataque de los granadinos no se producía, así que finalizando junio el rey pensó en pasar a la ofensiva atacando el campamento granadino de Guadiaro, aunque finalmente desistió de tal empeño debido a las dificultades que entrañaba la operación.

Durante el mes de julio destaca la llegada el rey de Navarra al sitio de Algeciras y la presión de los sitiadores por la parte del fonsario de la Villa Vieja, como sobre la puerta de Tarifa de la Villa Nueva. Un grave contratiempo fue el incendio producido en agosto en el campamento cristiano, quemándose los almacenes de cereales situados próximos a la llamada torre del Almirante, por lo que los alimentos empezaron a escasear entre los sitiadores. Además, faltaba el dinero al rey castellano a pesar de recibir entonces un préstamo del rey de Francia, con el que sólo alcanzó para pagar los sueldos atrasados del personal de la flota. El ejército de tierra se quedó sin cobrar, excepto el conde de Fox, a quien el rey se vio forzado a pagar por temor a que abandonara el asedio cuando le llegaban noticias de que los musulmanes asentados en el Guadiaro se movían hacia Gibraltar. Un hecho positivo para los castellanos fue la llegada a finales de julio de otras 10 galeras aragonesas al mando del vicealmirante Jaime Escrivá. El bizcocho o "pan biscuyt" que traían sirvió para remediar parcialmente la falta de trigo de los sitiadores.

Por otra parte, los granadinos acampados junto al Guadiaro vinieron finalmente a ocupar los arenales del istmo de Gibraltar en los días finales de agosto de 1343. Los cristianos no tardaron en recibir los primeros ataques por el lado del río Palmones, cuyo tramo final pasó a ser desde entonces el foso a defender por los que sitiaban Algeciras. Mientras tanto, la escasez de provisiones se acentuaba a consecuencia de los fuertes vientos de Levante, debiéndose transportar por tierra trigo y cebada desde Tarifa.

4. Un otoño decisivo

A lo largo del verano los musulmanes potenciaron su flota, que en septiembre se concentró en Ceuta. Para combatirla se desplazaron a este puerto hasta 20 galeras cristianas, pero los musulmanes partieron hacia Tigissas buscando mejor refugio. Allí estaban las dos flotas cuando una tormenta estrelló 20 galeras musulmanas contra las rocas, a pesar de lo cual los cristianos no se atrevieron a entrar en combate y los musulmanes abandonaron Tigissas dirigiéndose al puerto de Bedis, cerca del Peñón de Vélez de la Gomera. Los cristianos se dirigieron allí con todas las galeras restantes y 30 naves, suponiendo que estaría reunida toda la flota enemiga. Pero de nuevo un fuerte temporal obligó a las fuerzas navales cristianas a alejarse de la zona y buscar refugio en Cartagena, ocasión que aprovecharon los musulmanes para dirigirse hacia Gibraltar, adonde llegó a primeros de octubre, provocando una delicada situación para los cristianos.

Alfonso XI dispuso entonces que se potenciaran los efectivos de la flota en detrimento de los de tierra. Pero en ese momento los marinos genoveses aprovecharon para amenazar con abandonar el cerco si no se les abonaba la paga de cuatro meses. En consecuencia, el rey se vio en la necesidad de entregarles en pago toda su vajilla de plata, y también lo hicieron así los señores, obispos y oficiales, colaborando de este modo a que la flota genovesa permaneciera en el cerco de Algeciras.

Los granadinos trataban de negociar por entonces con los cristianos el fin del sitio sobre Algeciras. Los mercaderes, temiendo que se llegara a un pronto acuerdo, dejaron de traer provisiones al cerco. Tal situación, sumada a los continuos fuertes vientos de Levante y la precariedad de provisiones desde que se quemaron los almacenes, hizo que la fanega de cebada alcanzara los 50 maravedíes y el triple la de trigo. Por fortuna, aquellos

vientos de Levante facilitaron la llegada de barcos cargados de cereales procedentes de Cerdeña, circunstancia que de momento alivió la carestía.

A lo largo de todo noviembre de 1343 un numeroso contingente de moros fue llegando hasta el Palmones con la intención de cruzarlo por sus vados. Uno de los días se movilizaron la mayor parte de los efectivos musulmanes acampados cerca de Gibraltar, encabezados por el infante benimerín y el rey de Granada, haciendo retroceder a los cristianos de sus posiciones junto al río, aunque finalmente se retirarían.

El rey de Castilla decidió atacar la flota musulmana aprovechado en un momento determinado los vientos de Poniente. La intención era prender fuego a las embarcaciones enemigas utilizando barcas incendiadas que serían impulsadas por los vientos. Sin embargo, las medidas tomadas por los musulmanes hizo que el plan acabara en un rotundo fracaso, quedando su flota intacta. Entonces se planteó la inminente retirada de las galeras aragonesas por falta de paga y mantenimiento, situación que Alfonso XI solventó pidiendo dinero a los comerciantes asentados en el real.

A comienzos de diciembre los sitiados en Algeciras informaron de sus escasas reservas de alimentos a los de Gibraltar, que por segunda vez pretendieron acudir en su ayuda con un movimiento conjunto por tierra y mar. Pero los cristianos permanecieron alerta hasta que los musulmanes se retiraron.

Unos días después Alfonso XI dispuso que las naves estrecharan el cerco de Algeciras, y éstas se colocaron tan cerca de las murallas que fueron combatidas desde aquí con ballestas y culebrinas. Los musulmanes que estaban en Gibraltar, oyendo el ruido de los disparos y las señales de humo que enviaban los sitiados, acudieron en su ayuda sin más demora pensado que los cristianos habían iniciado un definitivo asalto sobre la ciudad. Esta vez se aproximaron más decididamente que en las ocasiones

anteriores y divididos en dos columnas. Así, mientras el infante de los benimerines atacaba por el vado más próximo a la desembocadura del Palmones —el vado de las Piedras—, el rey de Granada intentó pasar con los suyos por otro vado aguas arriba —el vado de la Grulla—, donde ya les esperaban los castellanos. Mientras se peleaba aquí, los benimerines pasaron el Palmones sin dificultad y colocaron a parte de sus efectivos en la margen derecha del río, frente a donde estaba el rey de Castilla. Teniendo éste conocimiento de las dificultades de los que combatían aguas arriba, les envió refuerzos al tiempo que ordenaba a su vanguardia, al mando de Juan Núñez de Lara, que atacara a los musulmanes que habían cruzado el Palmones.

Cuando granadinos y benimerines vieron a los cristianos dominando la margen izquierda del Palmones, se retiraron hasta unas lomas cercana situadas a su retaguardia y allí se aprestaron a la defensa. Pero cuando observaron que los cristianos se organizaban y dirigían hacia ellos, volvieron grupas y se dirigieron hacia Gibraltar y hacia Castellar, cada uno como mejor pudo, mientras eran perseguidos. Así terminó Alfonso XI, el 12 de diciembre de 1343, con el peligro que suponían aquellas fuerzas situadas a retaguardia de su despliegue.

5. Fase final del cerco y entrega de la plaza

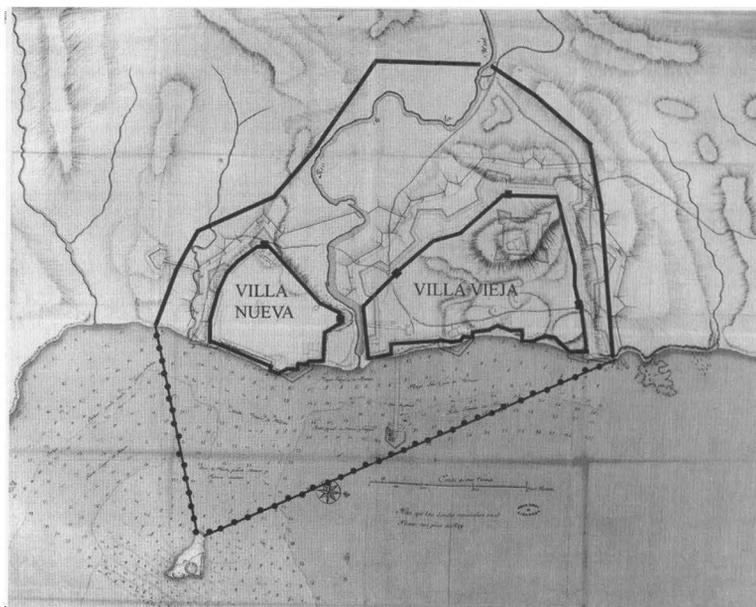
A partir de entonces, los sitiados en Algeciras sólo podían ser auxiliados por mar, lo que se hizo en repetidas ocasiones por los hábiles marineros musulmanes, que lograron burlar el bloqueo de las naves cristianas. Así, a primeros de enero de 1344 prepararon una galera cargada de harina, miel, pasas, higos y manteca, que se hizo a la mar aprovechando el fuerte levante, eludiendo el intento de abordaje de tres galeras cristianas; aunque la misma

fuerza del viento quebró sus dos mástiles y no tardó en ser alcanzada y reducida.

Por entonces, las galeras de Aragón estaban a punto de cumplir el tiempo de servicio estipulado y se preparaban para volver a sus puertos, dejando en las aguas de la Bahía cinco galeras al mando del vicealmirante Mateo Mercer. La falta de efectivos navales en ese sector fue una de las razones para que, en el trecho que separaba el embarcadero de los aragoneses y la Isla Verde —es decir, entre ésta y la ensenada del Saladillo— se dispusiera una barrera de mástiles, toneles y maromas para impedir el paso hacia Algeciras de pequeñas embarcaciones cargadas de provisiones. Los castellanos comenzaron después la construcción de otra barrera semejante entre la Isla Verde y las cavas hechas frente a la Villa Vieja.

En febrero la adversa climatología obligó a interrumpir la lucha, aunque los musulmanes intentaban pasar provisiones por mar. Así, el día 24 entraron en Algeciras cinco embarcaciones, entre zabras y saetías, cargadas de comida y pólvora. En la crónicas cristianas se cita el nombre de Micrés, un hábil marinero musulmán que al parecer burlaba la guardia de los cristianos entrando y saliendo de Algeciras con pequeñas embarcaciones. Para evitar esta situación, Alfonso XI aceleró la terminación de la barrera de toneles que rodeaba Algeciras por mar, la cual debía de estar terminada a primeros de marzo, pues entonces ya había indicios de que en la ciudad se terminaban las provisiones.

Por fin, el 22 de marzo el rey castellano recibió una propuesta de los granadinos de entregarle Algeciras si permitía que sus habitantes salieran libremente llevando sus enseres personales. Abu l-Hassan estaba dispuesto a firmar una tregua de 15 años y el rey de Granada se comprometía a volver al vasallaje de Castilla pagando 12.000 doblas anuales en concepto de parias. Alfonso XI aceptó, aunque la tregua sólo se firmó por diez años.



Trazado de cavas y barreras en el despliegue terrestre y naval de Alfonso XI frente a Algeciras.

Así pues, el 26 de marzo de 1344 entraban en la Villa Nueva los pendones de Castilla y Aragón, encargándose de su defensa don Juan Manuel. Al día siguiente, 27, entraron los castellanos en la Villa Vieja, seguramente a través de la puerta de Jerez. Por fin, Algeciras pasaba a manos de Castilla después de 20 meses de cerco, lo cual fue celebrado por la Cristiandad como un importante acontecimiento.

IX. CONSECUENCIAS DE LOS CAMBIOS POLÍTICOS (1344-1379)

1. El final del reinado de Alfonso XI

Desde un principio, los castellanos trataron de potenciar el papel de Algeciras, y para asegurar su defensa el rey permaneció aquí hasta el 8 de abril. La Corona repartió propiedades rústicas y urbanas entre los conquistadores, ya fuese a título colectivo —caso de las órdenes militares— o personal —situación de los grandes señores que participaron en el asedio—. De esta forma el monarca premiaba la colaboración de unos y otros, asegurándose además la participación de éstos en la defensa de la plaza; aunque probablemente se hiciera más tarde un repartimiento en toda regla. Sabemos que en noviembre de 1344 la Orden de Santiago tenía en Algeciras un comendador llamado Ruy Díaz. A esta encomienda debieron de pasar en julio de 1349 las propiedades donadas por Leonor de Guzmán consistentes en molinos, casas, tiendas, baños, huertas y otros bienes raíces que la señora tenía en Algeciras y su término para que los sacerdotes de la Orden rogaran a Dios por la vida y salud del rey don Alfonso “que me dio los dichos bienes”, según recoge un documento santiaguista de la época.

Otras donaciones documentadas son las hechas al almirante Egidio Bocanegra y a otro genovés llamado Micer Barto-

lomé Botafogo, o la concesión al prior de la Orden de San Juan. No obstante, la Corona se reservaría la mayor parte de las propiedades urbanas y rústicas, que constituyeron la base económica del concejo recién creado. Sus primeros cargos destacados fueron el de alcalde mayor, que desempeñó el sevillano Alvar García de Illas —vasallo del infante heredero don Pedro—, o el de alguacil mayor, que recayó en un doncel del rey llamado Juan Alfonso de Córdoba; mientras que la defensa del alcázar quedó en manos de un caballero jerezano apedillado Barroso. Poco más tarde, encontramos como “alcaide mayor” de Algeciras a Alonso Fernández Coronel, personaje muy cercano al rey.

En febrero de 1345 se concedió a la ciudad un ordenamiento elaborado por la Cancillería Real encaminado a controlar el gobierno municipal mediante hombres designados directamente por la Corona. Se acentuaba de esta manera el centralismo político en detrimento de las antiguas asambleas vecinales o concejos abiertos.

En el aspecto religioso destaca la determinación de Alfonso XI para trasladar a Algeciras la diócesis que antes residía en Cádiz. En este sentido, el 30 de abril de 1344 ya había obtenido de la Santa Sede la bula para la organización de la nueva diócesis que había de llevar el nombre de Gaditana e Isla Verde, como señala Ángel Sáez, y tener su sede en Algeciras. La iglesia de Santa María de la Palma quedaba constituida en catedral, y el rey exigió que el obispo y el cabildo vivieran en la villa. La nueva diócesis quedaba vinculada al arzobispado de Sevilla y, debido a que estaba muy mal dotada económicamente, el obispado Cádiz-Algeciras hubo de recurrir en 1346 a la ayuda del arzobispo sevillano.

En el orden económico, el incremento del comercio entre el Mediterráneo y Flandes benefició a la Algeciras cristiana, donde se instalaron comerciantes genoveses y catalanes. Se sabe que la ciudad tenía almadrabas y unas atarazanas donde se cons-

truían dos galeras cuando el rey armaba la flota en Sevilla. Esta vinculación con las atarazanas sevillanas pudo arrancar desde el momento de la conquista. Por un documento de 1360 sabemos que el alcalde de las atarazanas algecireñas era Martín Yánez, uno de los privados del rey Pedro I. Parte de la madera necesaria, especialmente los grandes troncos, procedían de los pinares de Moya (Cuenca), que llegaba a través del río Guadalaviar a Valencia, desde donde eran embarcados con destino a Algeciras y a otras atarazanas castellanas.

La recuperación y aprovechamiento de las tierras pertenecientes al término algecireño parece que fue cosa bien distinta. Durante el largo cerco se talaría el arbolado, se cortarían las viñas y se destruirían también acequias, molinos y casas de campo. Aunque el concejo se organizó pronto, atraer suficientes repobladores a Algeciras debió resultar un auténtico problema siendo frontera con los musulmanes, tanto por tierra como por mar. Por tales circunstancias, como se apunta en recientes investigaciones, es posible que Algeciras recibiera por entonces el privilegio de homicianos —como también lo recibirían Gibraltar, Tarifa, Antequera, Jímene, Teba y otros muchos lugares fronterizos— con el fin de facilitar su repoblamiento, al que acudieron hombres de la tierra de Niebla y algunos judíos.

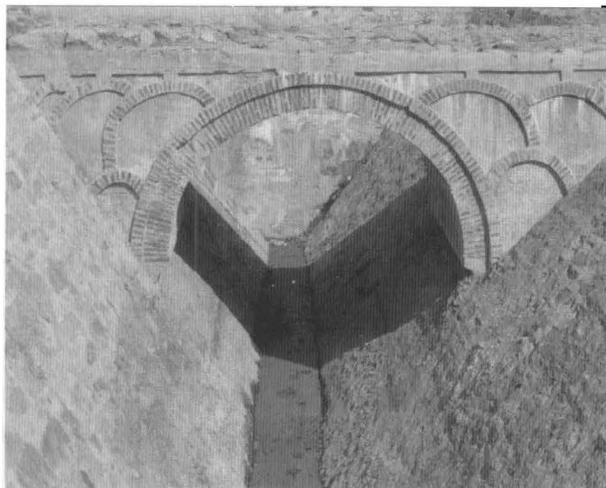
También debemos hacer mención a la labor constructiva que se debió llevar a cabo en sus defensas, y especialmente en las murallas del sector del fonsario musulmán, que era el sector más débil de la ciudad antes de comenzar el asedio. Aquellas murallas terminaron muy dañadas al concentrarse allí, en un momento dado, todo el efecto de los ingenios castellanos, que llegaron a utilizar las piedras arrancadas del foso para lanzarlas como proyectiles. Este sector sería reconstruido por los cristianos, pues Alfonso XI consiguió en las Cortes de 1345 que la Corona siguiera percibiendo todas las alcabalas del reino durante cinco años más,

para “*mantener Algeciras e a los otros castiellos fronteros*”, según recogen los cuadernillos de Cortes de ese año.

El antes débil sector del fonsario —los aledaños de la llamada puerta de Gibraltar en el siglo XVIII— así como el lienzo de muralla existente entre ésta y el mar, aparecen en las recientes excavaciones como uno de los puntos más consistentes. Alfonso XI reconstruiría ese sector de las murallas con posterioridad a la conquista de 1344, y de aquí que veamos en los sillares de sus torres tantas marcas de canteros que tienen su paralelismo en Castilla, como demuestra en sus estudios Antonio Torremocha. Sin ese reforzamiento, la villa grande de Algeciras —la Villa Vieja de tiempos medievales—, no hubiera resistido el primer ataque de las tropas de Muhammad V de Granada en 1369; es decir, que a los granadinos nos le hubiera sido necesario llegar a un acuerdo con los defensores de la Villa Vieja para conquistarla, como sí ocurrió en el caso de la Villa Nueva.

Por lo que se refiere a las obras de Gibraltar, historiadores musulmanes como Ibn Marzuq e Ibn Batuta dicen que Abu l-Hasan aprovecharía las treguas de 1333 y 1344 para reforzar las defensas estáticas de la villa. En la primera tregua levantaría la gran torre que dominaba la fortaleza —la Calahorra—, repararía los desperfectos ocasionados en los dos cercos consecutivos de dicho año, reconstruiría las atarazanas y reforzaría las murallas por los lugares más expuestos. Pero fue tras la pérdida de Algeciras en 1344 cuando se volcó en la construcción de una muralla en el flanco occidental del Peñón, a lo largo del litoral “para que al enemigo no pudiera volver a ocurrírsele atacar al no dejar la posibilidad de asedio”. La muralla discurría a lo largo del monte, “empezando en la dársena y llegando hasta el tejár”, y bajo su protección surgiría el barrio llamado “La Barcina” en tiempos de Hernández del Portillo.

Foso y puente construido por los castellanos en la entrada a Algeciras colindante al fonsario musulmán.



Pronto cambiarían la situación política en el norte de África. Después de colocar bajo su trono a los reinos de Tremecén y Túnez, el sultán Abu l-Hasan sufrió una clamorosa derrota en abril de 1348 al enfrentarse con las tribus árabes de Qayrawan. Fue el detonante de una crisis entre los benimerines, pues Abu Inan, hijo de Abu l-Hasan, aprovechó para proclamarse sultán en junio de ese año. No obstante, algunos levantamientos internos le hicieron perder posiciones en el Magreb al nuevo sultán, lo que sirvió a Alfonso XI para sitiar a Gibraltar, aunque en condiciones distintas a las de 1333, ya que tuvo tiempo suficiente, casi un año, para organizar un ejército del que formaron parte todos los señores del reino.

Este cerco se prolongó entre junio de 1349 y marzo del año siguiente; ahora el ejército castellano encontraría más dificultades que en 1333 para subir al monte. En consecuencia, parece que Alfonso XI decidió someter a los gibraltareños a un bloqueo y esperar su rendición cuando se terminaran las provisiones. Mientras, una terrible epidemia, la llamada Peste Negra, se extendía por la Península causando miles de muertos por todas partes. No

obstante, el rey se mantuvo firme en el sitio durante nueve meses a pesar de que la enfermedad afectaba seriamente a sus hombres y de que a él mismo se le aconsejó que dejara el lugar. Alfonso XI no hizo caso y cayó enfermo de peste, falleciendo en su campamento el 26 de marzo. Según cuenta Pedro López de Ayala, no se produjo una retirada desordenada del ejército castellano, aunque los restos mortales del rey sí fueron llevados rápidamente hasta Sevilla.

2. Los cambios políticos en Castilla y su influencia en el Estrecho

La muerte de Alfonso XI fue seguida en Castilla por una larga etapa de inestabilidad política. La comitiva fúnebre partió de Gibraltar, pasó por Algeciras, donde se sumó Leonor de Guzmán; después tomaron el camino de Tarifa y Medina Sidonia, pero al llegar a esta villa los hijos de doña Leonor optaron por no continuar el viaje hacia Sevilla. No estaban muy seguros de cómo serían recibidos por la reina viuda, doña María, y el nuevo rey de Castilla, Pedro I. Los hijos de doña Leonor y sus adeptos, temiendo por su seguridad, prefirieron dispersarse. Un grupo, encabezado por el mayor de los hijos bastardos, el conde Enrique de Trastámara, se dirigió hacia Morón, pero no permanecieron aquí mucho tiempo y se dirigieron hacia Algeciras, de la que era alcaide mayor Pero Ponce de León, afecto al sector trastamarista.

Mientras en Sevilla se repartían los distintos cargos de la Casa Real, Enrique de Trastámara y su gente se adueñaban de Algeciras creando con ello una peligrosa situación para la Corona, dada la proximidad de la ciudad a tierras musulmanas. Por esto se envió al teniente de torre Cartagena, Lope de Cañizares, para que investigara secretamente la situación que se vivía en Algeciras.

Tras pulsar la opinión de los que podían ser más fieles al nuevo rey, logró salir de Algeciras cuando ya se sabía de su presencia aquí gracias a la colaboración de los fieles a Pedro I. Transmitió en la Corte la petición de ayuda que hacían los algecireños fieles al monarca castellano, quien envió a Gutier Fernández de Toledo al mando de una flota, lo que hizo inclinar la voluntad de los algecireños a favor de la Corona en un momento tan crucial. Los nobles trastamaristas, incapaces de oponerse a los vecinos, salieron de Algeciras camino de Morón. A Fernández de Toledo se le ofreció la tenencia de la plaza, pero no aceptó el nombramiento para mantenerse cerca de la Corte.

Pedro I otorgó a Algeciras algunas concesiones que la eximían de cargas fiscales, así como franquicias comerciales a los concejos que la abastecieran. Las tensiones políticas no tardaron en llegar, y el año 1354 fue ya conflictivo y tumultuoso a causa de las desavenencias entre Pedro I y Juan Alfonso de Alburquerque, el primer privado del monarca y con quien rompió relativamente pronto. Fue manifiesta la desafección de muchos nobles hacia el nuevo rey castellano; uno de ellos sería el entonces alcaide de Algeciras, que vendió la ciudad a los benimerines. Al tener conocimiento de ello Juan de la Cerda —uno de los que participaron en el cerco algecireño y alguacil mayor de Sevilla desde el año anterior— se presentó en Algeciras con efectivos suficientes como para detener a los traidores y a tiempo para preparar una trampa a los musulmanes que habían de hacerse con la ciudad, a los que sustrajo 13 galeras.

El cargo de alcaide recayó luego en Alvar Pérez de Guzmán, señor de Olvera, según nos muestra un documento de 1355, donde también se recoge las dificultades de abastecimiento al necesitar la ciudad aprovisionarse de trigo proveniente de Jerez. Pero Alvar Pérez de Guzmán dejaría de servir a Pedro I para unirse a los trastamaristas a principios de 1357, cuando comba-

tían en la filas del rey de Aragón en la guerra que mantenía éste con Castilla desde el año anterior. Esta guerra con Aragón desvió la atención castellana sobre el Estrecho; además, los mercaderes catalanes asentados en Algeciras se vieron obligados a abandonar sus negocios.

En 1357 la alcaidía de Algeciras pasaría a manos de Garci Fernández Manrique. La crónica de Pedro I recoge que la ciudad estaba a su cargo cuando llegó el rey de Castilla con una potente flota a primeros de mayo de 1359. Durante 15 días estuvo esta flota esperando aquí a la portuguesa, antes de continuar sola hacia Cartagena para atacar luego los puertos del reino de Aragón. En esta campaña la flota castellana se hizo fortuitamente con una carraca veneciana cargada de mercancías y muchas joyas. Temiendo los castellanos que Venecia declarara la guerra, decidieron, desde Sevilla, y ya en agosto, dirigirse de nuevo al Estrecho con 20 galeas para cortar el paso a otras 12 venecianas que venían de Flandes. Uno de los mandos de la flota castellana era Martín Yáñez, alcalde de las atarazanas sevillanas y también de las de Algeciras.

Posteriormente, Pedro I ofreció la alcaidía de Algeciras a Gómez Carrillo, hombre que no gozaba de la confianza del rey debido a que algunos familiares suyos peleaban junto al conde de Trastámara en las filas del rey de Aragón. Sin sospechar la trampa, Gómez Carrillo emprendió el viaje hacia Algeciras en una galera, cuyo capitán le dio muerte siguiendo las órdenes del rey castellano.

El reino vivía entonces una gran inestabilidad política y una constante actividad bélica. Si en la zona del Estrecho la situación no fue peor se debió a los pactos de Pedro I con los granadinos y a la total inoperancia de los benimerines debido a sus propios conflictos internos. En cualquier caso, los vecinos y guarniciones de Algeciras y Tarifa atravesarían momentos difíciles, ya que en agosto de 1361 las autoridades sevillanas debieron tomar pres-

tados del cabildo y del arzobispo sevillano hasta 700 cahíces de trigo (8.400 fanegas) para socorrer a esas dos poblaciones.

La guerra con Aragón continuó, y llegó un momento en que Enrique de Trastámara decidió disputarle el trono a Pedro I pasando a Castilla y coronándose rey en Burgos en la primavera de 1366. Estalló la guerra civil en Castilla, y el intruso Enrique dominará Sevilla ya en junio de aquel año. Las plazas próximas al Estrecho, tan ligadas a Pedro I hasta entonces, cambiaron de gobernantes en esos momentos sin que la situación mejorara. En Cortes celebradas en Burgos en febrero de 1367 se quejarían los concejos de Medina y Jerez por los gastos que les suponían las guardas de las frecuentes recuas cargadas de trigo para Algeciras.

En resumen, los hijos de Alfonso XI se olvidaron del proyecto de su padre con respecto al Estrecho; preocupados por otras cuestiones políticas de mayor calado, como era el trono de Castilla, se involucraron en la guerra de los Cien Años. Pedro —ayudado por tropas inglesas— pudo así expulsar de Castilla a Enrique —apoyado por fuerzas francesas— después de derrotarlo en la batalla de Nájera en abril de 1367. En el verano de este año toda la Andalucía castellana volvió bajo el gobierno de Pedro I, mientras que la parte central del reino se inclinaba hacia Enrique. Las fuerzas del legítimo rey de Castilla fueron derrotadas en Montiel en marzo de 1369, y poco días después cayó asesinado a manos de su hermanastro Enrique.

3. Pérdida y destrucción de Algeciras

Con la guerra de los Cien Años, el interés político y militar del Estrecho se desplazó a otros lugares. Afortunadamente, los benimerines tampoco tenían entonces puestas sus miras en la Península, a lo que hay que añadir los pactos de Pedro I con Mo-

hammad V de Granada. Aunque durante la guerra civil llegó un momento en el que el rey granadino se vio obligado a reconocer a Enrique como rey de Castilla, este reconocimiento duró el tiempo justo que tardó Pedro I en recuperar el poder. Entonces Muhammad V volvió a colaborar con él entre 1367 y 1369, año en que muere Pedro I. Entonces se desencadenó sobre Castilla un ataque generalizado de los reinos vecinos. En el caso de Portugal estaba justificado porque su rey, Fernando I, se consideraba con tantos derechos al trono castellano como Enrique de Trastámara. Desde Granada se atacó a Castilla aprovechando el momento de debilidad interna con la finalidad de apoderarse de algunas plazas de la frontera norte, como Cambil y Rute. Apoderarse de Algeciras era una operación de más envergadura y el rey de Granada buscó la ayuda de los benimerines, quienes pusieron a su disposición la flota de Ceuta, según nos dice Ibn Jaldún.

En la primavera de 1369 se produciría una alianza entre Portugal y Granada; Enrique II dejó Andalucía a finales de mayo para dirigirse al Norte, ya que consideraba más peligroso al rey portugués que al granadino. Por lo que a Algeciras se refiere, parece que entregó la alcaidía a Alonso Fernández Portocarrero, señor de Moguer; aunque lo más probable es que éste delegara la defensa de la plaza en un lugarteniente para acudir a otras fortalezas más próximas a la frontera portuguesa.

Los musulmanes atacaron y reconquistaron Algeciras a finales de julio de 1369. Conocemos una versión de los hechos desde el punto de vista de Muhammad V en la "*risala*" que dirigió al jeque de La Meca. En esa carta se adivina la mano del gran visir granadino Ibn al-Jatib, al comenzar hablando de las victorias obtenidas por los granadinos en ciertas acciones fronterizas anteriores, para decir luego que "entonces nos dirigimos a Algeciras... y la bloqueamos estrechándola fuertemente". Así pues, resulta evidente la participación de una armada benimerín. Además, al

amparo del pacto lusitano-granadino firmado en la primavera anterior, a mediados de junio se hizo a la mar una potente flota en Lisboa que llegó a la desembocadura del Guadalquivir para bloquearlo y allí se mantuvo durante más de un año.

Las posibles galeras castellanas que hubieran en el Estrecho no acudirían al Guadalquivir para enfrentarse a los portugueses, aun sabiendo de la flota que se preparaba en Ceuta. La "risala" de Muhammad V deja entrever que hubo enfrentamiento naval entre cristianos y musulmanes, y más explícita resulta al hablar de las murallas de Algeciras, que "se levantan sobre las viviendas atravesando el mar desde una segunda restauración", observando que era "su foso de roca importada y el muro construido en sentido inverso". Sin duda, se refiere a la intensa labor constructiva en los años posteriores a 1344.

Algeciras fue atacada con toda intensidad por tierra y por mar. Los musulmanes tomaron primero el núcleo urbano más

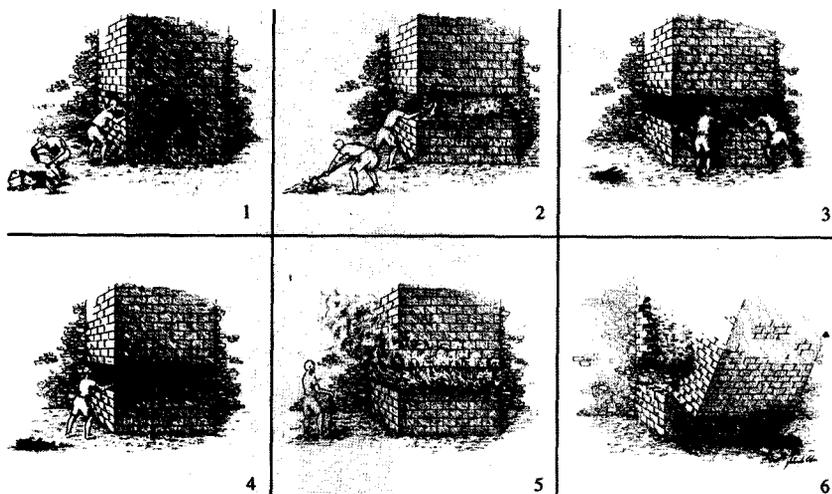
Aquí señalamos con flechas blancas el movimiento de Enrique II hacia Galicia y Portugal. Con flechas negras indicamos el ataque conjunto de portugueses y granadinos cuando éstos se hicieron con Algeciras en 1369.



pequeño, la Villa Nueva. En la Villa Vieja se encontraron con mayor resistencia a pesar del empleo de bastidas y catapultas. Sin embargo, los defensores, sin esperanzas en una pronta ayuda, decidieron negociar antes que perder la vida o quedar reducidos a la esclavitud. Entonces, según dice el rey de Granada, “fue solicitado el salvoconducto para tener libre la salida”. Así pues, una vez entregada, los defensores saldrían de la Villa Vieja para refugiarse en las poblaciones más cercanas.

Para cuando le llegaron estas noticias a Enrique II ya había detenido la ofensiva de Fernando I sobre Galicia, y la situación fue tomando un giro favorable para él en Andalucía, no sin que antes Muhammad V intentara hacerse en octubre con las villas de Osuna y Marchena. Pero en el invierno ya habían cesado estas agresiones fronterizas, y en la primavera de 1370 se alcanzó una tregua de ocho años entre Castilla y Granada, prorrogada hasta 1392. Para entonces, según las fuentes musulmanas, ya hacía tiempo que Algeciras había sido destruida.

Podemos conocer cómo fue la destrucción de Algeciras gracias al estudio de Antonio Torremocha apoyado en las recientes excavaciones del sector del fonsario. El desmantelamiento de las murallas de Algeciras sería lento y premeditado pues los granadinos procedieron a sacar cuatro hiladas de mampuestos de las paredes de las torres a un metro de altura sobre el suelo. Luego penetraban en el interior del orificio mediante una mina, a medida que entibaban con madera el hueco perforado. Cuando consideraban que éste podía ser lo suficientemente profundo como para amenazar la estabilidad de la torre introducían leña en las minas y le prendían fuego. Al quemarse las entibas, las paredes quedaban sin elementos sustentantes provocando la caída de las estructuras. Al parecer, semejante proceso abarcó todo el contorno de los dos núcleos que componían la fortificada plaza con el fin de que no se volviera a reedificar. Para Ortiz de Zúñiga, con este material de



Según Antonio Torremocha, éstas son las diferentes fases del procedimiento seguido por los granadinos para destruir las murallas de Algeciras.

derribo los granadinos cegaron el puerto con la intención de que nadie volviera a utilizarlo.

No resulta fácil saber cuándo se destruyó Algeciras debido a la contradicción entre las fuentes cristianas y musulmanas. Según Ibn Jaldún, esa destrucción se produjo entre 1379 y 1389. Al parecer, Granada destruyó la ciudad después de firmada una tregua con Castilla, y por esa razón Juan II exigiría más tarde al rey granadino una recompensa. Esa destrucción de Algeciras debió de ser lenta y provocada por la incapacidad de repoblarla y mantenerla, lo que también tendría repercusiones en los habitantes de Tarifa, adonde irían a refugiarse los algecireños que en 1369 escaparon con vida.

X. EL ESTRECHO DESDE FINALES DEL SIGLO XIV A MEDIADOS DEL XV (1379-1462)

1. El Estrecho después de la pérdida de Algeciras

Con la pérdida de Algeciras, Tarifa se constituye de nuevo en la punta de lanza de Castilla en aguas del Estrecho a lo largo de casi todo un siglo; su importancia estratégica para los castellanos fue compartida temporalmente con Gibraltar hasta 1333 y luego con Algeciras entre 1344 y 1369. El concejo realengo de Tarifa debió organizarse nada más terminar su conquista, y el cuatro de febrero de 1295 recibía un privilegio de Sancho IV otorgado por los muchos y buenos servicios que los tarifeños le había hecho y seguían haciéndole. El rey quería potenciar el concejo y favorecer el establecimiento de nuevos vecinos en Tarifa, eximiendo de gravámenes la entrada y salida de mercancías y liberando del pago del quinto real a corsarios y almogávares sobre los botines obtenidos en las cabalgadas contra los enemigos. Asimismo, se concedía el disfrute de todo el término que tenía antes de la conquista cristiana; además, autorizaba a los vecinos la construcción de hornos de pan, cal, tejas o ladrillos, sin pagar derecho alguno.

A pesar de las dificultades, Tarifa fue repoblándose, y muchos años más tarde sus habitantes participarían en el cerco a Algeciras. Así, en marzo de 1310 Fernando IV le confirmaba los

privilegios por el buen servicio que de ellos había recibido en el pasado cerco de Algeciras. Por aquellas fechas, el rey retiraba la tenencia de Tarifa a la familia de Alonso Pérez de Guzmán para entregarla al almirante de Castilla, vizconde de Castellnou, aunque no de manera definitiva.

En 1330 Alfonso XI confirmó a Tarifa los mismos privilegios, añadiéndole en octubre de 1333 el de “homicianos” —el mismo que su padre había otorgado a Gibraltar en 1309— por entender que la villa estaba muy cerca de tierra de moros y necesitaba mucha gente para su defensa. En noviembre de 1334, el concejo pedía que la exención jurídica tuviera valor desde el momento mismo en que se residiera en Tarifa, y no tras una estancia en la villa durante un año y un día, como inicialmente se había decretado. Además, para premiar al concejo por su actuación en la conquista de Algeciras, en mayo de 1344 le concedía la celebración de una feria anual en el mes de julio, quedando exentos del pago de los derechos correspondientes a la Corona todos los comerciantes que asistieran a dicha feria, excepto los musulmanes.

A finales del siglo XIV el poder naval de benimerines y granadinos había decaído, mientras Castilla era para entonces una potencia marítima. Pedro I se enfrentó en el mar, e incluso atacó, al reino de Aragón; aunque fue a partir de la llegada al trono de Enrique II, y el nombramiento de Ambrosio Bocanegra como almirante, cuando Castilla consolidó su fuerza naval e hizo frente con éxito a los ataques de otra potencia emergente como era Portugal, a cuya flota derrotó en un par de ocasiones. La colaboración castellana con Francia en la guerra de los Cien Años, con sucesivas victorias en el mar a lo largo de la década de los setenta de aquel siglo, colocaron a Castilla entre las potencias navales europeas hasta el punto de que Francia pidió ayuda de este tipo a Enrique III en 1405.

En esas fechas destacaba entre los marinos castellanos la figura de Pero Niño, quien antes de intervenir en el Atlántico ya se había curtido en el Mediterráneo frente a corsarios musulmanes y cristianos. A Pero Niño se le ordenó armar galeras en Sevilla y salió de este puerto rumbo al Estrecho a primeros de mayo de 1404. Poco después llegó a Tarifa, donde fue muy bien recibido por Martín Fernández de Portocarrero, alcaide de la villa, de la que a su vez era “tenente” el almirante Diego Hurtado de Mendoza. Según cuenta *El Victorial* (una obra sobre Pero Niño escrita por su escudero, Gutierre Díez de Games), la visita a Tarifa debió ser muy breve ya que llegaron el día siguiente ante las ruinas de Algeciras. Aquí se acercaron los musulmanes gibraltareños para ofrecerles ayuda, pues el Peñón estaba en manos granadinas desde 1374.

Por entonces Castilla estaba en tregua con Granada, pero no había de durar mucho ya que al consolidarse Enrique III en el trono castellano se pensó en la guerra contra Granada, aunque parece que los granadinos se adelantaron en la ofensiva. Así, después de diversos ataques y negociaciones a lo largo de 1405 y 1406, en octubre de este último año los granadinos atacaron Baeza y derrotaron al ejército castellano que acudía en su defensa. Enrique III quiso contraatacar, pero falleció en diciembre de 1406, siendo su hermano Fernando y la reina viuda —regentes del nuevo soberano, Juan II— los que prosiguieron con los preparativos de guerra, iniciándose la campaña por tierra a principios del año siguiente. El almirante Alonso Enríquez se encargaría en Sevilla de todo lo relativo a la flota, enviando hacia el Estrecho a su hijo bastardo, Juan Enríquez, al mando de las primeras galeras, llegando a completar más tarde una flota compuesta de 13 galeras, 4 leños y 22 barcos de apoyo.

Tales efectivos realizaban la vigilancia desde Tarifa a Málaga cuando el 22 de agosto se encontraron frente a Gibraltar con

una flota granadino-benimerín que venía de África, tras una escaramuza los castellanos se refugiaron en Algeciras. Aquí recibieron la acometida de seis galeras granadinas, que al ser rechazadas pusieron rumbo a Gibraltar. Finalmente, el viernes 27 de agosto, los castellanos observaron que la flota musulmana trataba de dar la vuelta al Peñón cuando soplabá un fuerte viento de Levante. Entonces, las naos fueron empujadas por el viento hacia Tarifa y las galeras llegaron a perder de vista a las musulmanas a causa de la densa niebla. Volvieron a verlas a la altura de Sierra Carbonera cuando avanzaban costeando hacia Málaga, protegidos desde tierra por caballeros y peones salidos de Gibraltar. Los cristianos atacaron a la flota musulmana, forzando que algunas de las galeras quedaran embarrancadas frente a la torre de Carbonera, mientras que otras escaparon hacia Málaga. Por la noche, al producirse un cambio de vientos, llegaron las naos castellanas hasta el lugar del combate, pero los musulmanes prendieron fuego a sus galeras para que los cristianos no pudieran utilizarlas.

Los granadinos atacaron Alcaudete en febrero de 1408, aunque en abril pactaron una tregua con Castilla hasta 1410; finalizada ésta, saquearon la fortaleza de Zahara mientras los castellanos preparaban el sitio de Antequera, iniciado el 26 de abril cuando ya se armaba en Sevilla la flota que había de intervenir en el Estrecho al mando del almirante Alonso Enríquez. Cinco galeras y dos leños fueron enviados inicialmente en mayo, mientras que la flota completa reuniría 15 galeras, cinco leños y 26 naves de apoyo entre naos y balleneres. Desde primeros de agosto, cuando ya disponía el almirante de toda la flota, atacaron tierras de Gibraltar causando destrozos en viñas y huertas a la altura de torre Cartagena, capturaron un cárabo que venía de Túnez cargado de trigo, se pelearon con cuatro galeras genovesas y llegaron a combatir directamente contra Gibraltar.

En septiembre, el almirante Alonso Enríquez y Martín Fernández de Portocarrero acordaron intervenir contra tierras de Gibraltar con gente de Tarifa, lo que se saldó con una exitosa operación. Tras ella, el almirante buscó refugio en la isla Verde de Algeciras hasta que volvió Portocarrero con la intención de repetir el ataque a torre Cartagena, aunque esta vez resultó un fracaso.

Portugal pretendía entonces participar en los beneficios que proporcionaban las rutas comerciales que coincidían en el Estrecho, aunque para conseguirlo debía conquistar una de las plazas musulmanas de la zona. Primero pensó en Gibraltar, pero finalmente conquistó Ceuta en 1415 y a partir de entonces fue extendiendo sus dominios por la orilla norteafricana del Estrecho.

2. Las dos conquistas de Jimena y la de Castellar

A la muerte de Enrique III, al comenzar la regencia de su hermano el infante don Fernando, se inició un nuevo modo de afrontar la cuestión granadina con acciones militares de mayor envergadura, como la campaña de 1407, que terminó para los castellanos con la conquista de Zahara. En febrero los granadinos atacaron Alcaudete e intentaron apoderarse de Castellar en abril de 1408. Según parece, Garci Fernández Manrique supo en Jerez que los granadinos querían entrar por Arcos, Medina Sidonia y Jerez. No se pudo evitar la incursión, pero recuperaron el botín obtenido por los musulmanes cuando éstos se retiraban. De vuelta en Jerez le informaron de cómo podía tomar Castellar, y fue a poner su campamento en la vega de Algeciras. Dividió sus efectivos en dos grupos de unos 250 hombres cada uno, que se escondieron a una legua de Castellar con la intención de escalar las murallas. Mientras tanto, Garci Fernández tomó posiciones

algo más alejado, pero fueron descubiertos por los de Castellar. Fracasado el efecto sorpresa, abandonaron la empresa.

Después de la toma de Antequera por los castellanos se vivió otra etapa en la que alternaron escaramuzas y treguas fronterizas hasta 1430. Este periodo destacó por los problemas dinásticos en Granada y la intromisión de Castilla en sus asuntos internos. Las pretensiones económicas de Castilla para alcanzar nuevas treguas llevó a la guerra. En ésta destaca la actuación de varios protagonistas, como fue el caso de Pedro García de Herrera en la toma de Jimena. De Jerez partió hacia Jimena acompañado de unos 300 jinetes y 250 hombres de a pie. El día 12 marzo de 1431 iniciaron el asalto y a la mañana siguiente ya se habían hecho con la fortaleza para posteriormente atacar la villa hasta que se acordó la rendición. Los defensores abandonaban sus posesiones pero salían con vida. La villa quedó despoblada y su guarda, así como la fortaleza, dependería de otras plazas del entorno, como Sevilla



Murallas del castillo de Castellar por su flanco meridional.

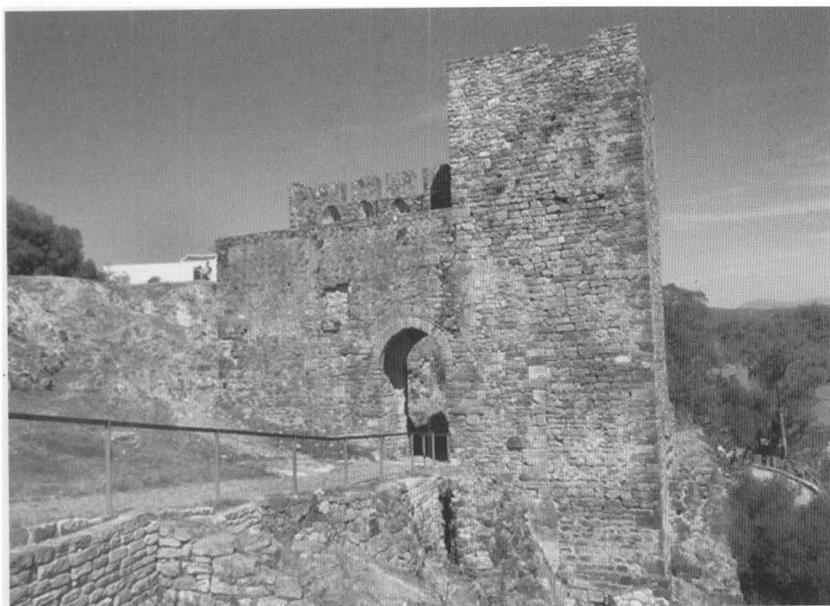
y Jerez, desde donde se le enviaría material bélico y aprovisionamientos.

En cuanto a Castellar, cayó en manos cristianas en marzo de 1434, una etapa de inestabilidad entre Castilla y Granada. El alcalde de Jimena, Juan de Saavedra, se apoderó de una recua que se dirigía de Castellar a Gibraltar; pudo enterarse así de la delicada situación que atravesaba Castellar y sin demora le puso sitio con las escasas fuerzas que tenía a sus órdenes, avisando a los concejos de Tarifa, Medina, Alcalá, Jerez, así como al adelantado de la Frontera, Diego Gómez de Ribera. Los jerezanos llegaron a Castellar el día 26 de marzo, y posteriormente llegaría también el Adelantado. A la vista de estas fuerzas los defensores prefirieron entregar la villa a cambio de que los dejaran salir libremente con sus pertenencias personales. La entrega se efectuó el 28 de marzo de 1434, quedando el aprovisionamiento de la plaza a expensas de Jerez.

En 1439 Castilla y Granada alcanzaron un acuerdo pacífico aunque de muy corta duración, dando paso a otra etapa de inestabilidad hasta 1445, cuando se volvió a la guerra abierta. Los granadinos aprovecharon los problemas internos de Castilla para recuperar algunas plazas perdidas con anterioridad. Después de derrotar en 1448 a Juan de Saavedra en la batalla de río Verde, cerca de Marbella, donde cayó mucha gente de los concejos de Jerez, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia, Vejer y Jimena, llegaron a reconquistar esta última plaza en septiembre de 1451, haciendo prisioneros a los que quedaron vivos. Al año siguiente hubo un intento de recuperarla para Castilla por parte del duque de Medina Sidonia, pero no tuvo éxito.

Parece que en abril de 1456 Enrique IV de Castilla volvió a entrar en tierras granadinas repitiendo la incursión del año anterior. Desde Antequera se dirigió esta vez hacia Málaga pasando por Álora y Cártama. En la vega de Málaga asentó su real durante

algunos días, luego pasó por Coín y se dirigió a Marbella, llegando finalmente a Estepona, lugar que tomó sin dificultad alguna porque sus habitantes la habían abandonado. Aquí dio por terminada la campaña y ordenó que el ejército regresara a Jerez, continuando él hacia tierras del Estrecho con unos 300 hombres a caballo. Llegó hasta las proximidades de Gibraltar, siendo atendido cortésmente por el alcaide de la fortaleza, Aben Comixa, y acampando en la inmediaciones de torre Cartagena. Allí fue a rendirle pleitesía el gobernador portugués de Ceuta, circunstancia que aprovechó el rey de Castilla para trasladarse al norte de África con la intención de conocer las tierras del reino de Fez. La hueste que le acompañaba fue a acampar al río de la Miel, junto a las ruinas de Algeciras, y allí estuvieron dos días hasta que recibieron la orden de esperar al rey en Tarifa. Enrique IV pasó en Ceuta cuatro días,



Puerta del castillo de Jimena y torreón que la defendía.

y el 17 de mayo desembarcó en Tarifa para encaminarse luego a Vejer, llegando a Jerez el 20 de mayo.

La comitiva real partió más tarde hacia Sevilla, donde planearon la toma de la fortaleza de Casares, tal vez para proteger la retaguardia de Estepona y consolidar así su dominio. Hacia mediados de junio de 1456 se pidió gente a todas las villas del entorno fronterizo a Casares, incluida Estepona, sin faltar Jerez en esta ocasión. Al parecer, en Jerez se recibió una orden real pidiendo 150 jinetes y 100 peones, los cuales fueron a Casares con la pretensión de ganarla rápidamente. Sin embargo, el plan fracasó por alguna razón y a la vuelta se pensó en atacar Jimena, a la que pusieron cerco con el desacuerdo de algunos. A pesar de los duros combates librados en el cerco, parece que la entrega de Jimena fue negociada con anterioridad al día 3 de julio de 1456, fecha en la que de nuevo se pide a Jerez otro importante contingente. Pero en esta conquista de Jimena también intervino la gente de Tarifa a las órdenes de su alcaide, Alfonso de Arcos, que fue uno de los encargados de llevar a Gibraltar los moros de la guarnición de Jimena. Esta villa quedó al mando del caballero jerezano Esteban de Villacreces, recibiendo poco después el fuero de Antequera, ya que la intención del rey era facilitar su repoblación.

3. Castilla conquista Gibraltar

Esta fortaleza con orígenes palatinos ha cambiado de manos con cierta frecuencia a lo largo de su historia: de granadinos a castellanos y luego de éstos a los meriníes en 1333, los cuales mejoraron sus defensas mediado el siglo XIV después de perder Algeciras. Como consecuencia de la política de fortalecimiento de Muhammad V de Granada frente a los meriníes en tierras peninsulares —ya se había hecho con Ronda en 1361—, Gibraltar

cayó bajo el poder de los nazaríes en 1374, pocos años después de Algeciras. Muhammad V comenzó sitiando Gibraltar —según una crónica portuguesa ya la tenía sitiada en la primavera de 1373—, pero antes de que cayera por la fuerza de las armas llegó a un acuerdo con altos dignatarios de Fez y la plaza le fue entregada antes de asaltarla. Granada se encontraba por entonces en un nuevo periodo de esplendor, razón más que suficiente para que Muhammad V iniciara la construcción de la llamada Puerta de la Victoria en la cerca gibraltareña.

Pero Granada no mantuvo su dominio sobre Gibraltar durante mucho tiempo debido a una política muy condicionada por sus relaciones con Castilla. Después de la toma de Antequera la situación debió empeorar para la guarnición granadina de Gibraltar, o quizá el alcaide fuera sobornado por los meriníes. El caso es que los gibraltareños se rebelaron contra Yusuf III de Granada y se acogieron al poder norteafricano a comienzos de 1411. Pronto llegaron efectivos desde el otro lado del Estrecho para reforzar la plaza y de esta forma pudieron resistir el duro cerco durante dos años (1412-1414), contando además con la ayuda que siguieron recibiendo desde África.

De nuevo bajo dominio granadino, parece que Gibraltar sufrió dos cercos antes de perderla definitivamente ante Castilla. Del primero de ellos, que terminó con éxito para los sitiadores, apenas se tienen datos aparte de que fue perdido por Granada en 1433; pero luego Gibraltar debió ser recuperado por los granadinos para que en el año 1436 fuera asediado nuevamente por don Enrique, segundo conde de Niebla. Por entonces, era mucho el interés de hacerse con Gibraltar por parte de sus vecinos, entre los que se encontraba Portugal. El conde de Niebla, enterado de las intenciones portuguesas, decidió apoderarse de Gibraltar planeando la operación militar a lo largo de la primavera y comienzos del verano. Pidió ayuda por Córdoba, Sevilla, Écija y Jerez,

al tiempo que organizaba una flota en los puertos de su señorío para sitiar la plaza a la redonda. Llegó a reunir 2.000 hombres de a caballo y 3.000 de a pie, lo cuales puso bajo las órdenes de su hijo Juan de Guzmán, que dirigiría el cerco por tierra mientras el propio conde lo haría por mar.

Gracias a las historias jerezanas sabemos que la petición de ayuda a Jerez llegó a finales de julio y que se solicitaba unos 500 hombres, mitad ballesteros y la otra mitad lanceros. El concejo jerezano acordó la intervención de caballeros, ballesteros y lanceros, equipados con talegas proporcionadas por el concejo para 12 días. La salida de Jerez se produjo el 22 de agosto, sumándose los jerezanos a los efectivos que por tierra acompañaban al hijo del conde de Niebla. Así que unos días más tarde el cerco quedaría establecido en torno a Gibraltar, tanto por mar como por tierra.

Un hecho desgraciado trastocó los planes iniciales de los sitiadores. Don Enrique desembarcó en el espacio que la bajamar le ofrecía en las playas gibraltareñas, entre las murallas y las aguas de la Bahía. Pero la lucha se alargó más de lo esperado y la mar amenazaba con ahogar a los asaltantes en la pleamar; estos emprendieron la retirada precipitadamente buscando las barcas que hasta allí los habían llevado sin poder evitar que algunos perecieron ahogados, entre ellos el mismo don Enrique. Cuando su hijo tuvo noticias del suceso levantó el cerco y emprendió la retirada hacia las tierras de su señorío. El cuerpo de don Enrique fue recuperado por los granadinos, quienes lo colocaron dentro de una caja de madera en lo alto de una torre de Gibraltar, cercana al mar, con la intención de intimidar a los cristianos que se acercaran por allí.

Pocos años después, en 1456, Enrique IV estuvo de paso en tierras de Gibraltar, siendo atendido cortésmente por su alcaide. Al poco tiempo el rey de Castilla se apoderaba de Jimena y seguía presionando en la frontera hasta conseguir breves y sucesi-

vas treguas, compradas por Granada mediante el pago de parias. Aquella situación alteró gravemente la estabilidad política del reino granadino porque su rey culpó de la gravosa situación económica al linaje de los Abencerrajes, a los que trató de eliminar mediante una emboscada en la Alhambra, de la que escaparon con vida algunos miembros de esta poderosa familia. Los fugitivos buscaron refugio en Málaga y desde allí proclamaron emir al infante Ismail —otro miembro de la dinastía nazarí refugiado en la corte castellana— con la consiguiente complacencia de Enrique IV. Vino el infante Ismail a Málaga y los Abencerrajes convocaron a sus adeptos —entre los que se encontraban los gibraltareños— para que fuesen a rendirle pleitesía en agosto de 1462.

Entonces, según cuentan las crónicas castellanas y portuguesas, un moro gibraltareño llamado Alí el Curro, descontento



La Calahorra de Gibraltar. Su fachada guarda todavía viejas “heridas” de guerra.

con el trato que le daba el alcaide de la plaza, y con la intención de convertirse al cristianismo, se desplazó hasta Tarifa informando a su alcaide lo fácil que resultaría hacerse con Gibraltar. Aunque Alfonso de Arcos no creyó inicialmente las indicaciones del converso, decidió probar su veracidad reuniendo 80 hombres de a caballo y 150 peones, que se pusieron camino a Gibraltar. No tardaron en hacer tres prisioneros, que por separado dijeron que la mayor parte de los personajes importantes se habían marchado a Málaga. Los asaltantes decidieron entonces poner sitio a la plaza al tiempo que pidieron ayuda a todos los concejos de la comarca, además de avisar al conde de Arcos, Juan Ponce de León, y al duque de Medina Sidonia, Juan de Guzmán. Los primeros en llegar a Gibraltar atendiendo la llamada de auxilio fueron los de los concejos de Arcos, Medina, Vejer, Alcalá de los Gazules y Castellar, que ya estaban allí el día 17 de agosto haciendo un primer intento de asalto, aunque sin resultados. Con la llegada de los numerosos hombres de Jerez, 400 a caballo y mucha infantería, fue más efectivo el intento y los gibraltareños decidieron negociar el día 20 de agosto.

Estando en este compás de espera llegó Rodrigo Ponce de León, hijo del conde de Arcos, con 300 hombres a caballo, con lo cual don Rodrigo reunió el mayor contingente de los allí presentes. Los representantes de los concejos que no pertenecían a su señorío fueron a explicarle cómo estaba la situación, y don Rodrigo se acercó después a inspeccionar las murallas. Entonces los gibraltareños quisieron hablar con él para concretar la entrega de la villa, pero no pudo prometerles nada porque las condiciones definitivas las habría de establecer su padre, que venía de camino. Esta circunstancia fue aprovechada por el corregidor de Jerez, Juan de Ávila, para decir a los gibraltareños que la demora era para tomar la villa por la fuerza. Juan de Ávila se ofrecía a guardarles las condiciones pactadas si Gibraltar le daba una puerta de la

villa y sus correspondientes torres. Pero Rodrigo Ponce de León fue avisado oportunamente y pudo entrar con su gente al mismo tiempo que lo hacían los de Jerez, aunque adelantándose a éstos a la hora de tomar posiciones en las torres y la puerta.

Ahí comenzaron entre los sitiadores las fricciones, que se agravaron cuando llegó el duque de Medina Sidonia al día siguiente, 21 de agosto; los concejos pasaron entonces a un segundo plano, pues prevalecieron las iniciativas del duque de Medina Sidonia y del hijo del conde de Arcos. Este último puso al corriente de todo al duque de Medina Sidonia y le pidió que esperara la llegada del conde de Arcos antes de tomar posesión del castillo. No obstante, el de Guzmán trató de negociar secretamente con los de la guarnición para que éstos le entregaran la fortaleza. Cuando se dio cuenta Rodrigo Ponce de León que los de Gibraltar preferían entregar la fortaleza al duque, volvió a pedir que se esperara la llegada de su padre. Se llegó al acuerdo que fuerzas conjuntas de las dos casas señoriales se hicieran cargo del castillo; sin embargo, la gente del duque fue más astuta y consiguieron apoderarse de las torres principales de la fortaleza. Al ver esto, Rodrigo Ponce de León ordenó a los suyos que retiraran el estandarte de su Casa y salieran de la fortaleza dejando al Guzmán dueño de la situación. Al día siguiente llegó el conde de Arcos y las cosas no fueron a mayores debido a su prudencia. No obstante, se retiró a las inmediaciones del río Guadiaro desafiando al duque, aunque éste no atendió al reto permaneciendo en Gibraltar y comenzando entonces una gran rivalidad entre ambas casas señoriales.

Al poco tiempo tuvo conocimiento el rey Enrique IV de la conquista de Gibraltar y de cuanto había ocurrido. Tomó las medidas oportunas para pasar la villa a realengo, otorgando la alcaidía a Pedro de Porras. Concedió a Gibraltar el término de Algeciras, tierras que hasta entonces estaban siendo aprovechadas por las otras villas limítrofes. Pero el interés de los Medina

Sidonia llevó a que en junio de 1469 obtuvieran de Enrique IV la donación de la plaza y al año siguiente la concesión de las mismas exenciones de que gozaba Antequera; esto último porque estaba en la frontera de “moros” y para que se pudiera repoblar con más facilidad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales

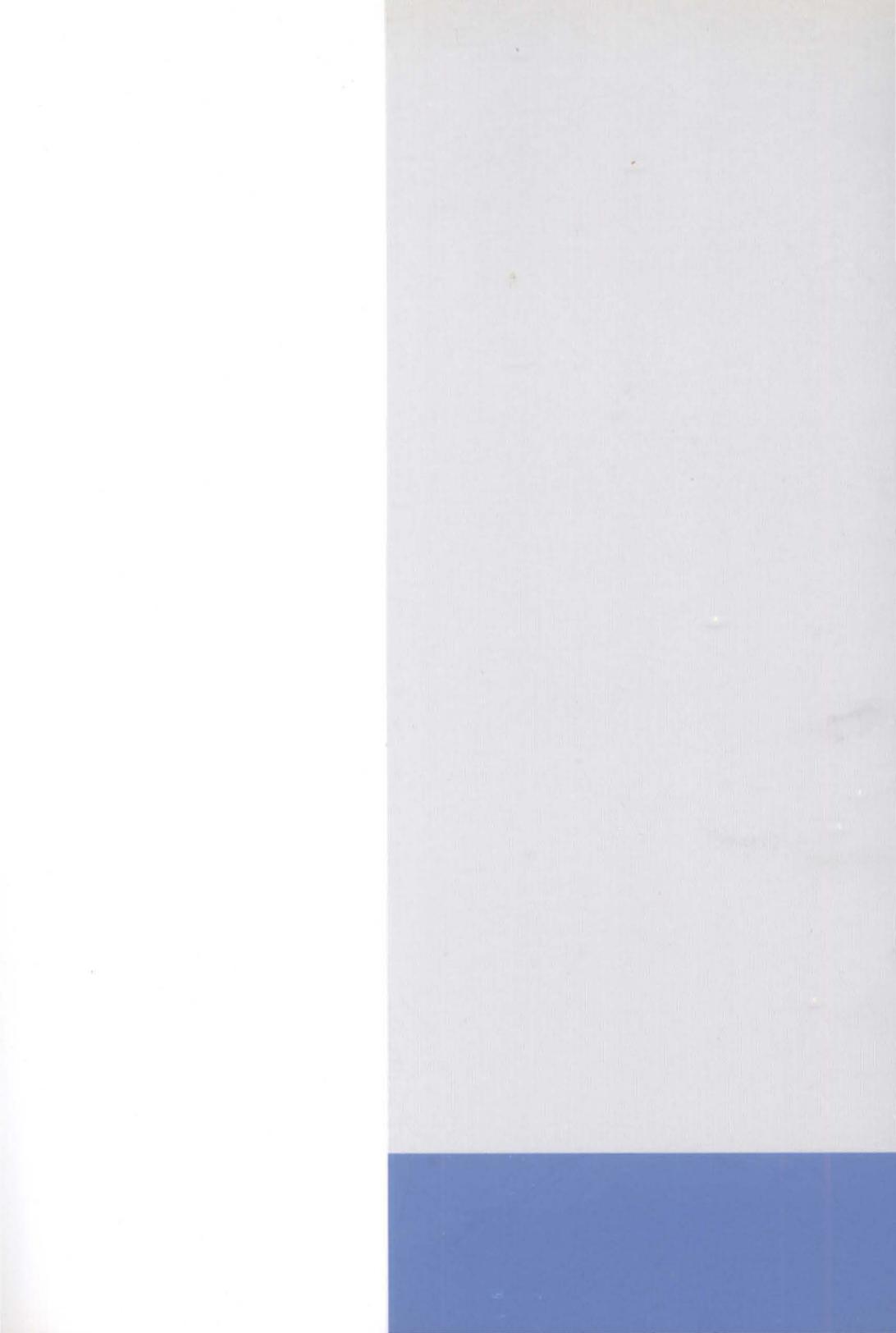
- Archivo de la Corona de Aragón. (Registros de Cancillería y Cartas Reales)
- Archivo Municipal de Valencia. (Manual del Consell, tomo IV).

Crónicas publicadas

- Primera Crónica General de España*. Editada por Ramón Menéndez Pidal. Editorial Gredos. Madrid, 1977.
 - Crónicas de los reyes de Castilla*.
- El volumen nº 66 de la Biblioteca de Autores Españoles, Ediciones Atlas, Madrid, 1953, contiene las siguientes crónicas: de Alfonso X, de Sancho IV, de Fernando IV, de Alfonso XI y de Pedro I.
- El volumen nº 68 de la Biblioteca de Autores Españoles, ediciones Atlas, Madrid, 1953, contiene las siguientes crónicas: de Enrique II, de Juan I, de Enrique III y de Juan II.
 - El volumen nº 70 de la Biblioteca de Autores Españoles, ediciones Atlas, Madrid, 1953, contiene las siguientes crónicas: Memorial de diversas hazañas y Crónica de Enrique IV.

Bibliografía

- Ibn, Abi Zar: *Rawd al Quirtas*. Traducido por Ambrosio Huici Miranda. Valencia 1964. 2 volúmenes.
- Ibn al-Jatib: *El resplendor de la luna llena (al-Lamba al-badryya)*. Traducción de José María Casciaro Ramírez. Granada, 1998.
- Ibn Kaldoun: *Histoire des Berberes*. Traducido del árabe por el Barón de Slane. París, 1978.
- Ibn Marzuq: *El Musnad: hechos memorables de Abu l-Hasan sultan de los benimerines*. Estudio, traducción, anotación e índices anotados de María Jesús Viguera. Madrid, 1977.
- MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel: *La intervención de los benimerines en la Península*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1992.
- SOLER DEL CAMPO, Álvaro: *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y al-Andalus (siglos XII-XIV)*. Colección Adalid. Servicio de Publicaciones del EME. Madrid, 1993.
- VV. AA.: *Historia de la guerra en la Edad Media*. Maurice Keen (editor) Antonio Machado Libros, S. A. Madrid, 2005.
- VV. AA.: *El reino nazarí de Granada (1232-1492)*. Coordinado por María Jesús Viguera. Tomo VIII-III de la Historia de España de Menéndez Pidal. Espasa Calpe, Madrid, 2000.



Desde el inicio de la intervención castellana en el Estrecho hasta la conquista de Gibraltar en 1462 transcurrieron más de doscientos años, lo que nos da idea del interés de castellanos, granadinos y benimerines por esta estratégica zona. Estos contendientes combatieron duramente por su dominio sin importarles el credo religioso del rival, porque eran muchos los intereses disputados. Los encuentros militares entre unos y otros, tanto en tierra como en mar, se recogen en este libro sin marginar algunos aspectos relacionados con las dificultades de la repoblación castellana en esta zona fronteriza.

Manuel López Fernández es militar en situación de reserva, doctor en Historia por la UNED, profesor tutor del Centro Asociado de esta Universidad en Algeciras y miembro del Instituto de Estudios Campogibraltares. Sus líneas de investigación están relacionadas con el estrecho de Gibraltar en la Edad Media y con la Orden de Santiago. Relacionados con ambos temas, es autor de múltiples trabajos publicados en España y Portugal.